

¿Te has preguntado por qué a la clase política no le importa tu bienestar?

*Jesús Oranday Salinas*

# COLAPSO 2025

— El Origen —



El thriller ficticio, pero tan real, que el gobierno  
y los grandes empresarios no quieren que leas



## INFORMACIÓN LEGAL

*Los personajes y/o nombres de empresas, partidos políticos u otros de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

**Primera Edición:**

ISBN: 9789888252701

© Copyright Edición original 2020 por Jesús Oranday Salinas

**Autor:**

Jesús Oranday Salinas

**Edición:**

© Luis Carlos Pérez

**Diseño Interior:**

© Jimena Rodríguez González

**Diseño Portada:**

© Jesús Oranday Salinas

**Imágenes de Portada:**

Diego Grandi © 123RF.com

Anna Om © 123RF.com

Weerachai Khumfu © 123RF.com

Pixelrobot © 123RF.com

Oxana Bernatskaya © 123RF.com

Surasaki © 123RF.com

**Imágenes de Interior:**

Sergey Panyushkin © 123RF.com

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.*

*La infracción de lo mencionado en el párrafo anterior puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual, de acuerdo con la Ley Federal del Derecho de Autor, el Código Penal vigente y los tratados internacionales suscritos por México.*

## INFORMACIÓN ESPECIAL

**Clasificación B-15.** Recomendado para público de 15 años en adelante, basado en la clasificación de la Dirección de Radio, Televisión y Cinematografía.

**Contiene:** Narrativa con lenguaje obsceno, contenido sexual, de

violencia y de consumo de drogas.

# COLAPSO 2025

El Origen

---



*Jesús Oranday Salinas*

*Dedicado a Rosy, Ana, Chuy y Rafa.*

*La familia es lo más importante:  
con ella, todo; sin ella, nada.*

(148721)

## **AGRADECIMIENTOS E INFORMACIÓN AL LECTOR**

---

La sociedad mexicana es muy compleja y puede mostrar marcados claroscuros; sin embargo, si algo he podido comprobar al elaborar esta obra es que los mexicanos somos personas nobles y dispuestas a compartir el conocimiento con generosidad, ayudando desinteresadamente a quien lo requiere. Estoy gratamente sorprendido

de la respuesta que obtuve de decenas de personas que decidieron compartir su tiempo y conocimiento, haciendo posible la elaboración de este libro; muchas de ellas me pidieron expresamente no ser mencionadas, lo cual respeto y entiendo debido a la temática propia del libro y al temor a poder ser señalados. A todos ellos les reafirmo que pueden estar seguros de que sabré acatar su voluntad, no sin antes agradecer su infinita ayuda, pues, sin la misma, muchos de los contenidos y diálogos no serían realistas.

Por otro lado, deseo agradecer a quienes me han permitido mencionar sus nombres y tanto me ayudaron. A Jimena Rodríguez, por matizar el tono de mis palabras; además, por ser la responsable del diseño interior. A Luis Carlos Pérez, de ST Ediciones, por ayudarme tanto en la recta final con la edición. A Giordana Filipic, de Naciones Unidas, por autorizar la mención de datos estadísticos que son propiedad de la Organización. Asimismo, agradezco a mi padre† por sus valiosas observaciones y consejos, y a quien lamentablemente no le dio tiempo de leer todo el libro corregido y los nuevos capítulos; a mi madre, por su guía en los temas relacionados con las adicciones; a Ildfonso Guajardo, por su valiosa colaboración en temas legales; a Sara Bertha Salinas, por ayudarme en la traducción de algunos textos al francés, y a Eli Andrés Moreno, por ser un magnífico apoyo en la clasificación y búsqueda de las bases teóricas de esta novela.

Agradezco también la participación indirecta de tantas personas, así como de estudiosos que menciono a lo largo del escrito, como el Dr. Thomas Piketty o el Dr. Miguel del Castillo, entre otros; sin su trabajo e investigación, algunos capítulos no hubieran tenido el mismo soporte. Asimismo, debo reconocer a decenas de personas que he conocido a lo largo de mi vida, a quienes respeto y aprecio, y me han servido como fuente de inspiración en la creación de personajes con características únicas, grandes en personalidad, que, sin duda, he querido ver reflejadas en algunas facetas de mis personajes.

Antes de concluir, y no por ello menos importante, quiero agradecer a mi mujer e hijos, a quienes, sobre todo en los últimos meses, no les presté la atención y el tiempo debidos, por la presión de terminar este libro. Sé que mi mujer lo entiende y me apoya en esta aventura, mas soy consciente que le compliqué las cosas; a mis hijos, porque cientos de noches no alcancé a verlos despiertos al llegar a casa; afortunadamente, son pequeños y tengo la ventaja de que en poco tiempo no lo recordarán. Solo espero que de grandes comprendan que para lograr algo en la vida, cualquier cosa que sea, deben estar dispuestos a hacer sacrificios, tener mucha fuerza de voluntad y fe en que todo saldrá bien, aun cuando las cosas no marchen en la dirección concebida.

Habermelanzado a esta aventura, y concluido la primera de tres partes, me ha producido una gran satisfacción en lo individual, cumpliendo parcialmente con un requerimiento que llegó inesperadamente a los 27 años, en una noche fría y solitaria, encontrándome ligeramente alcoholizado, mientras escuchaba Soda Stereo. Ahí surgió en mi mente una idea, como tantas que arriban, solo que esta echó raíz, y mi cerebro se encargó de recriminarme cada vez que eludía el tema.

Cinco años después, a los 32 años de edad, tras salir del trabajo, me dirigí a un café y comencé a escribir sobre un tema que me ha apasionado desde joven: la desigualdad mezclada con política. Debo reconocer que el resultado fue un absoluto fracaso, pues parecía un escrito educativo sin pies ni cabeza. Sin embargo, el intento no resultó del todo inútil, ya que, gracias a ese primer ensayo, encontré información y surgió la idea de dar conferencias sobre el tema.

Hace cuatro años tomé la decisión de intentarlo de nuevo, solo que, en esta ocasión, concebí la idea de cambiar el género literario a novela, pero manteniendo el tema, ya que, en lo personal, me fascina leer sobre Historia en este formato. El primer capítulo que inicié y concluí fue *Trasfondos*. Puedo decir que me sorprendí de la facilidad con que lo desarrollé, comparado con el primer intento; en esta ocasión, la inspiración llegó sola y, en cuestión de horas, concluí la idea general del capítulo, aunque, posteriormente, tardaría semanas en sustentarlo con base en investigación periodística, para finalmente pulirlo, amarrar el argumento y concluirlo.

Al leerlo me gustó tanto que sin tener idea de lo que seguiría continué con un siguiente capítulo, otro más y así sucesivamente, hasta terminarlos todos. Se escucha sencillo, pero debo admitir que no lo fue, pues no me dedico de lleno a escribir, y tengo un puesto directivo que requiere toda mi concentración; sin embargo, surgió una determinación y pasión que me llevaron a trabajar de madrugada, durante las dos horas que tengo de comida, en aeropuertos, vuelos, trayectos en Uber; incluso, después del trabajo, hasta entrada la noche. Aunque fue pesado,

jamás lo padecí, pues he llegado a comparar el escribir un libro con un recién nacido, ya que implica dedicarle tiempo, gastar dinero y sacrificar sueño, entre otras cosas; pero a pesar de todo, amé hacerlo.

Tuve días en que la inspiración fluía impresionantemente, pero también los hubo donde no podía avanzar, porque simplemente no llegaba. Aprendí a sobrellevar estos últimos, que en un inicio me resultaban frustrantes, para dedicarme a investigar o corregir; en cambio, aproveché los primeros para crear nuevos capítulos y/o desarrollar ideas.

Alguna vez escuché que para emprender algo, lo primero que uno debe hacer es iniciar, dando un salto de fe al adentrarse a un paraje oscuro, desconocido, donde no existe garantía alguna sobre si llegará a ver la luz. Confirmando que he llegado a ver un destello, mas todavía no salgo de ahí; sin embargo, he logrado el cometido de terminar un primer tomo y, al menos, a mi parecer, el resultado es de mi entera satisfacción; sin embargo, aún faltan dos.

Cuando pensé que llegaba al final, surgió algo del todo inesperado: daba inicio la fase de lectura crítica, pensando que vendrían cambios mínimos; para mi sorpresa, esta se extendió por más de un año. Cada vez que lo leía, encontraba errores o áreas de oportunidad, y hacía los cambios; parecían no tener fin, hasta que di con el editor Luis Carlos Pérez. Posteriormente, volví a leerlo cinco veces y, para colmo, realicé aún más modificaciones.

Algo que persigo con *Colapso 2025: El Origen*, es invitar al lector a la reflexión sobre temas tan serios que enfrenta no solo México, sino el mundo. El tema de la desigualdad y el mal uso del poder, en todas sus manifestaciones, no es algo menor y creo que hace falta explicarlo en forma simple, mas no por ello superflua. Pretendo que, después de leer la novela, pueda el lector, a través de los ojos de los personajes, palpar, vivir y entender perfectamente bien el origen de la desigualdad: el porqué unos cuantos lo tienen todo y muchos otros no tienen absolutamente nada; pero, sobre todo, lo peligroso que puede resultar dar por hecho que el actual *statu quo* se mantendrá intacto en las siguientes décadas, si no hacemos un cambio de fondo y ponemos la lupa en el tema. Menciono en el Prólogo a Centro y Sudamérica, porque ahí veo un foco rojo, aunque también pude haber mencionado África o algunos países de Asia, donde la desigualdad es abismal.

También pretendo profundizar en el concepto de que la vida no se reduce a bueno o malo, blanco o negro, y que, en cambio, el lector pueda aumentar su entendimiento “cuántico” de los hechos; es decir, este suceso es bueno por esto y al mismo tiempo es malo por aquello, todo dependiendo de la posición y el punto de vista del espectador. Algo que, creo, afecta terriblemente al país, además de los problemas existentes, es esta forma reduccionista de ver las cosas, que poco o nada contribuye a la sociedad ni fomenta la generación de nuevas ideas en el debate nacional. Criticar por criticar, sin hacer un análisis concienzudo, está haciendo mucho daño al país y polarizando a la sociedad.

No pretendo que el lector coincida conmigo, o con /x/ autoridad, en todos los planteamientos que hago/hace. Sé que cada individuo tiene puntos de vista; pero espero que, al menos, el lector pueda mostrarse receptivo y abierto a una perspectiva distinta y que, al mirar a su alrededor, observe nuevos detalles que antes no había contemplado, de tal forma que su percepción de las cosas se vea enriquecida.

Debo mencionar al lector que en las siguientes páginas encontrará una novela ficticia, pero a la vez muy real. Gran parte de los hechos presentados están basados en noticias o escándalos reales que no pertenecen al género de la ficción y están documentados, en su mayoría. Contados párrafos han sido producto de mi imaginación, otorgándome licencia para cuadrar la historia. Es importante hacer notar esto, dado que, de no haber sido así, muy seguramente se hubiera recortado el tiempo de la elaboración de esta obra en al menos la mitad; sin embargo, me llevó más de cuatro años.

Por otro lado, debo mencionarle al lector que este es un primer tomo de tres. En esta primera parte, el lector podrá conocer el origen de la historia, sus personajes, pero no la totalidad de la obra. Advierto esto con la finalidad de no defraudar a nadie, aunque espero conseguir que este tomo, en sí mismo, resulte interesante, valioso y sorprendente.

# DISFRUTE LA LECTURA.

*Colapso 2025: El Origen, inicia en el Prólogo y finaliza en el Epílogo.*

## PRÓLOGO



*Domingo 7 de septiembre de 2025  
Los Pinos, Ciudad de México*

*“Solo existen dos palancas que mueven a los hombres: el miedo y el interés”. Napoleón Bonaparte.*

—... Mr. President, I respectfully urge you...

—... Señor **Presidente**, le insto respetuosamente a reconsiderar —traducía Daliah, mientras el **Presidente** de Estados Unidos, Marco Rubio, hablaba enérgicamente—; su pueblo se ha manifestado contundentemente y no desea tenerlo al mando; le pido sea razonable y evite, a toda costa, un mayor derramamiento de sangre, que estoy seguro no desea. Soy su amigo, usted lo sabe y le consta, pero esta situación es insostenible. Le pido reconsidere su postura por el bien de su país —finalizó la asistente digital, dotada de una sobresaliente inteligencia artificial de patente israelí.

La situación por la que atravesaba el país era caótica; estaba por producirse algo que hasta hace unas semanas se antojaba realmente improbable. Era verdad que se tenían problemas y existía un justificado descontento social, pero esto era algo que se había salido de proporción, que nadie hubiera podido vislumbrar, planear o ejecutar; nadie, excepto Gustavo Madero Ruiz, quien de hecho lo hizo. En cuestión de días, un problema se había convertido en una de las peores crisis sociales registradas en la Historia de México. Con epicentro en Centro y Sudamérica, se le miraba distante, aislado; incluso, era algo que el mandatario mexicano en su momento había llegado a desestimar, pensando que los efectos de aquel terremoto jamás se harían presentes en el país; sin embargo y pese a todo, estaba ocurriendo. Se asomaba algo que no había acontecido desde la época de don Pascual Ortiz Rubio, en 1932; tan grave era, que implicaba la renuncia de un **Presidente** en funciones, en las peores condiciones.

A principios de mayo dio inicio lo que se denominó “*La Fiebre Latina*”, movimiento en esencia similar a La Primavera Árabe, donde, sin declarar una guerra, Estados Unidos y grupos opositores de poder locales, aliados con los intereses de aquella nación, agitaron las aguas del descontento social con la intención de hundir a ciertos gobiernos de la región que habían osado dirigir su mirada hacia otras latitudes del mundo más allá del norte. A la fecha, cinco **Presidentes** democráticamente electos habían sido derrocados o presentado su renuncia, quedando otros tres al borde del abismo.

*“La juventud, símbolo universal de la esperanza, se manifiesta contundentemente contra los malos y retrógrados gobiernos para exigir modernidad, crecimiento económico y salarios dignos...”*, exponía Gustavo Madero, en una entrevista para ZP Noticias. *“Y es que todo lo que se ha hecho, ¡está mal!...”*.

En México, todo inició a mediados de julio, con una serie de marchas sin la mayor trascendencia; conforme transcurrieron los días, la cantidad de manifestantes pasó de los cientos a los cientos de miles. El martes 2 de septiembre, las protestas se salieron de control, al ocurrir cruentos enfrentamientos entre manifestantes y elementos de la Guardia Nacional; las sangrientas imágenes dieron la vuelta al orbe. Ese día se contabilizaron ciento

veinticuatro heridos y murieron dieciséis personas, lo cual generó un sentimiento de luto que envolvió a la nación. Por la noche, el **Presidente** de México dio la cara, anunciando medidas radicales y cambios en su gabinete, para con ello pretender calmar los ánimos. Desafortunadamente, el mensaje, lejos de tranquilizar a la ciudadanía, la encendió aún más, al grado de que las marchas, que habían tenido lugar en la capital de la república, comenzaron a replicarse en otras ciudades para el día siguiente.

Durante la mañana de hoy, domingo 7 de septiembre de 2025, se produjo la mayor aglomeración registrada en la Historia de México, la cual, sin tener una cifra exacta, superó los seis millones de manifestantes, entre las ciento veinticinco ciudades participantes. Tan solo en Ciudad de México, la cantidad rebasó los tres millones.

El movimiento daba al **Presidente** un ultimato para que por la noche dimitiera; de lo contrario, al día siguiente, en punto de las 8:00 de la mañana, marcharía rumbo a Los Pinos a sacarlo por la fuerza, de ser necesario. De cumplir con su palabra, las fuerzas castrenses se verían rebasadas por los millones de ciudadanos apilados sobre la avenida Paseo de la Reforma. Los expertos, tanto en los medios digitales como convencionales, vislumbraban dos desenlaces: por un lado, estaba la dimisión, que equivalía a sensatez; por el otro, un baño de sangre, que se equiparaba a necesidad y estupidez.

La Residencia Oficial de Los Pinos, desde el Gobierno del general Lázaro Cárdenas, ha presenciado silenciosa los complicados dilemas que han enfrentado sus ocupantes y las repercusiones que sus decisiones han tenido en la vida nacional; sin embargo, la disyuntiva enfrentada por el actual mandatario resultaba, sin duda, una de las más complejas, pues, desde cualquier ángulo, el efecto sería funesto. La propiedad, que hace apenas cinco días permanecía atiborrada de periodistas, personal administrativo y demás personalidades, ahora lucía desolada, excepto por la fuerte presencia militar que acordonaba el bosque de Chapultepec, así como por la llegada y salida de los helicópteros de altos funcionarios que se reunían con el mandatario. Aquello se había convertido en una auténtica fortaleza.

En la oficina presidencial de la casa Miguel de la Madrid Hurtado, de pie frente al mandatario mexicano, se ubicaban de derecha a izquierda los secretarios de Gobernación, Defensa Nacional, Seguridad Pública y Relaciones Exteriores, quienes, para complicar aún más la situación, mantenían posiciones encontradas. Concedían miradas fulminantes que sin necesidad de palabras lo decían todo. El diálogo entre los **Presidentes** continuaba:

—Señor **Presidente** Rubio, yo soy quien menos desea inestabilidad; sin embargo, me resisto a la idea de dejar el cargo que me fue conferido democráticamente y en el que me he conducido con rectitud y responsabilidad. —Los secretarios de Gobernación y Seguridad Pública se miraron en señal de desaprobación—. Renunciar sería un acto de poco patriotismo, que no resolvería en absoluto la situación, por el contrario, solamente la empeoraría. —En su interior, el secretario de Relaciones Exteriores repetía cada palabra del mandatario, otorgándole su aprobación—. Sé que usted busca lo mejor para su país, y por ello lo respeto, mas puedo garantizarle que yo hago lo mismo. Esta crisis, Señor **Presidente**, como ya lo sabe, no solo afecta a mi país, de hecho, se ha convertido en una de las más brutales de los últimos dos siglos. Además, debo recordarle que su surgimiento, y lo diré con absoluto respeto, fue producto de corporaciones principalmente de su país, que, en su único afán por enriquecerse, abatieron durante el periodo neoliberal las economías locales de mis hermanos al sur. Nuestro pecado, al igual que el resto de las naciones afectadas, fue, irónicamente, no haberlo permitido más —articuló estas últimas palabras más para sí que para Rubio, reafirmando algo que había tardado tanto en distinguir. Sí, su incapacidad para no ver las cosas en tiempo fue lo que condujo a esta situación. Hizo un breve silencio para inhalar hondo.

—Dear Mr. President, don't tell me... —Rubio reaccionó iracundo.

Al **Presidente** de México le molestaban de sobremanera esos aires de petulancia en su homólogo. Le puso un tajante alto, al interrumpirlo con fuerza. Los secretarios se miraron entre sí con asombro creciente.

—Pero lo felicito, Señor **Presidente** Rubio, por contar con el primer trillonario\* del planeta y con casi dos mil billonarios\*; aunque me permitiré recordarle que su clase trabajadora padece, y no falta mucho para que en su país... —Volvió a dejar la frase incompleta; esta vez había perdido el hilo: el cansancio era brutal, llevaba días durmiendo en pausas; en los últimos dos, apenas había pestañado.

\*Trillón, en los países angloparlantes, se refiere a un millón de millones; billón, se refiere a mil millones.

Rubio respiró hondo, su homólogo mexicano tenía el defecto de ser *“muy testarudo y creerse sus mentiras”*. *“¿Can’t you see what’s about to happen?”*. En medio de su exasperación, recordó que el motivo de la llamada no era para charlar, buscar un culpable ni discutir sobre sus problemas internos como el fuerte déficit comercial o las dificultades que afrontaba la clase media en su país. No. Su propósito era asegurar la renuncia y consolidar su área de influencia, al menos en el continente americano.

—Mr. President, with all... —comenzó nuevamente a escucharse la cálida voz de Daliah—; Señor **Presidente**, con todo respeto, comete un terrible error al aferrarse a un proyecto que su gente no desea más. Dimita hoy sin llegar a la violencia y mi Gobierno les garantiza a usted, su familia, así como a sus principales colaboradores, les sean respetados sus bienes y libre tránsito, al menos, en lo que esta crisis se resuelve. —Rubio estaba seguro de que el **Presidente** de México no estaría solo, y si sus palabras no eran recibidas por el terco mandatario, al menos encontrarían eco en sus secretarios, quienes, tal como lo calculó, sí que le habían escuchado—. Le recuerdo, si usted no lo hace antes del amanecer, no podré protegerlo y, con sinceridad, tampoco creo que su ejército pueda —sentenció. En eso, Marco Rubio imaginó la conversación que debió sostener Barack Obama con Hosni Mubarak, instándolo a dimitir. *“¿Sería más razonable el exdictador egipcio?”*. Después llegaron a su mente las grotescas escenas de Muamar el Gadafi antes de su muerte: sintió un escalofrío. Pronunció sus siguientes palabras con mayor convicción—: Le exhorto a firmar su renuncia al término de esta llamada y salir de Los Pinos, por su propia seguridad, ahora que puede. Lo recibiremos con su familia en Houston, donde usted y...

Inesperadamente, un golpe se escuchó en el Despacho Presidencial, seguido de silencio. El **Presidente** de México era consciente de los efectos que aquellas palabras habían causado en sus subalternos. Los secretarios, por su lado, quedaron boquiabiertos por la decisión tomada por el mandatario, que sellaría su destino junto con el de ellos. Había unilateralmente terminado la comunicación con su homólogo del norte y, con ello, la posibilidad de pasar sus últimos días con relativa tranquilidad en Estados Unidos, evitando una humillante cacería de brujas y, posiblemente, hasta ir a parar a prisión. El **Presidente**, sin consideración, los había arrastrado junto con él a un destino incierto.

—¡Qué chingue su madre! —explotó el mandatario tras verse perdido—, ¡no voy a huir de mi país!... ¡No soy un tirano! —Se levantó, viendo con fiereza a su equipo. Los quería matar con sus propios puños por su cobardía y falta de convicciones, pero ya no sentía fuerza. En vez de ello, se limitó a aventar el dispositivo de comunicación volviendo a maldecir. Cruzó sus brazos, intentando recuperar la cordura, mas no lo consiguió.

Otra disputa dio origen entre sus subalternos tras sobreponerse a la iracunda reacción del mandatario. El **Presidente** no estaba de humor para perder el tiempo y enfrascarse en otra infértil discusión: a esas alturas, ya todo estaba perdido. Se alejó de ahí. Sabía que más temprano que tarde sería traicionado. Tal vez, solo el secretario de Relaciones Exteriores le sería leal hasta el fin. *“Es un hombre de principios”*, pensaba. Miró a través de una de las tantas ventanas del Despacho Presidencial, su favorita, hacia un hermoso jardín, como si tratara de tatuar el relajante paisaje en su mente. *“Será la última vez que te disfrute. ¡La última!”*, sentenció nostálgico, mientras recordaba cómo casi a diario acudía a aquel lugar a posar su mirada y encontrar un poco de sosiego; hoy, sin embargo, no ocurrió así.

Recordó que, de los 249 años calendario desde su fundación en 1776, Estados Unidos de América ha vivido 228 en guerra o conflicto con otras naciones: las guerras indias, la mexicoamericana, las bananeras, etcétera; incluso, en 1914, osaron ocupar por meses el puerto de Veracruz. Desde entonces, la mano estadounidense fue alargándose, hasta tocar con sus cinco dedos cada continente, llegando a erigirse como la nación más poderosa del mundo. Al mismo tiempo, fue debilitando a su principal contrapeso y eliminando a los *“brutales dictadores”* del mundo, quienes, en su momento, se opusieron a sus intereses, llevando *“libertad”* a aquellas *“afligidas”* naciones. Sin embargo, en los últimos años, la situación para Estados Unidos se ha ido transformando y ya no goza de un poder hegemónico único. Ahora compete con la creciente influencia de China y Rusia, por lo que, en un intento desesperado por recuperar su zona de influencia, el continente americano, decidió asestar un duro golpe a una región gobernada por *“Presidentes populistas”*, que decidieron no caminar en paralelo a sus intereses.

Al escuchar a Rubio *“tenderle la mano”*, el mandatario experimentó una colosal irritación. Nunca les daría el gusto a sus rivales de verlo huir del país, aceptando implícitamente su culpabilidad. Podrían injurarlo, sentenciarlo y hasta encarcelarlo, pero nunca podrían decir que huyó. La *“amable garantía”*, estaba al tanto, había sido pactada con



algunos miembros de la oposición mexicana, quienes, según informes de inteligencia, prometieron grandes concesiones a corporaciones como ExxonMobil, Energy TE, Calico, entre otras tantas de los distintos sectores industriales. Sabía que, al momento en que el congreso ratificara al **Presidente** sustituto, este y su camarilla reanudarían el proceso de venta del país y sus recursos al vecino del norte, como había ocurrido en tantas ocasiones a través de la Historia. No es obra de la casualidad que las familias más adineradas del país posean, en su mayoría, apellidos extranjeros.

Su mente regresó al presente gracias a un enérgico grito del secretario de la Defensa. Observó a sus subalternos con los ánimos crispados, casi a punto de llegar a los golpes. Se encaminó hacia ellos y les pidió que salieran del despacho hasta nuevo aviso. Los siguió con la mirada y una extraña fuerza le hizo dirigir su vista hacia el escritorio.

Allí, yacía imperturbable, serena y casi podría jurar que orgullosa. Inhaló, caminó y tomó asiento en la silla presidencial. Sintió la fina piel con las palmas de sus manos, con temor, eso sí, muchísimo temor de lo que estaría por hacer. El mandatario la miró nuevamente como si fuera el mismísimo Satanás; sin embargo, hacia sus adentros, hubiera preferido tal compañía con la que al menos hubiera podido negociar su alma: era la carta de renuncia Presidencial. Solo tenía que alcanzarla y firmar. *“Solo eso”*, pensó con un dejo de ironía. Con una mezcla de terror y angustia la tomó entre sus dedos, como ponderando la posibilidad, pero emergió al instante una sensación de abrasamiento; fue más difícil de lo que pensó. La soltó, liberándose de aquel mal, llevando sus manos lejos, hasta la nuca, como alejándolas de ese fuego vivo. *“Debe haber otra forma”*, se dijo, sin encontrar otra solución.

Era consciente de que, de ceder a la presión, sus enemigos se encargarían de que pasara a los anales de la Historia como uno de los peores **Presidentes** de su amado México, al lado de personajes de la talla de Antonio López de Santa Anna o Victoriano Huerta, y eso le atemorizaba aún más que la muerte.

En un acto desesperado, aunque era un ateo declarado, cerró los ojos, juntó las manos y comenzó a orar con profunda devoción, recordando a su madre Teresita, quien de pequeño lo incitaba a hacerlo cada vez que surgía un problema. *“Él te dará la solución, mi cielito”*, resonó su dulce voz en su mente. En ocasiones, deseaba volver al pasado, a su infancia, cuando vivía con cientos de carencias, pero feliz y sin preocupaciones. Sintió por un instante su cuerpo liberado de una pesada carga e, insólitamente, llegó una sensación de profunda quietud, como si ahí estuviese su *Ná*, como le decía a su madre, recordando una sensación de la niñez que había olvidado y ahora llegaba con claridad: los dedos de ella masajeando dulcemente su cabeza al prepararlo para dormir. Continuaba orando.

Si bien no llegó una solución al instante, sí llegaron unos minutos de sueño y, con este, finalmente, una respuesta. Abrió los ojos de par en par, como si en verdad le hubiera sido revelada una visión, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no perder detalle alguno. Su corazón latía desbocado, sus manos temblaban. Se levantó de la silla como impulsado por un resorte, se dirigió a toda prisa rumbo a la puerta y, con renovados ánimos, pidió a sus secretarios que regresaran.

Conforme comunicaba su visión, con una convicción magistral y gran determinación, los párpados de los funcionarios se abrían sobrepasando por instantes su límite fisiológico. Atónitos, sin atreverse a pronunciar palabra alguna, intercambiaban miradas punzantes como única forma de exteriorizar su creciente preocupación, no dando crédito a lo que estaban escuchando...

# 1 TRASFONDOS

---

Jueves 21 de enero de 2016  
Corporativo Grupo Zudaah; Ciudad de México

(¡Pum!)

Un golpe seco se advirtió tras penetrar el muro de la oficina de don Esteban Elizondo Canales, seguido de gritos, improperios y más golpes. Aunque Sari, su asistente, estaba acostumbrada a ello, no dejaba de sorprenderse. Con ella, su jefe era respetuoso y atento, pero con algunos de sus invitados hacía honor a su apodo: *La Bestia*; los despedazaba. Ahora eran víctimas de sus garras dos altos ejecutivos de la empresa Telemaster.

—¿¡Cómo es posible que pasaran eso, señores!? ¡Son unos pendejos!... ¡Hoy, señores, hoy, se muere el tema! ¿¡¡¡Quedó claro!!!? —bramó don Esteban lleno de furia, con sus gruesos puños hinchados por los golpes propinados al escritorio.

Sus invitados se miraban entre incrédulos y temerosos. Aunque tenía fama, nunca habían experimentado en toda su extensión la ira de *La Bestia*. Ahí estaban Isaac Lanz, vicepresidente Corporativo de Comercialización, y Martín de Alba, vicepresidente de Ventas y subalterno del primero, representando a la compañía televisora más grande del país. El objetivo del acercamiento era “*pactar*” con la dirección general de Grupo Zudaah una fuerte cantidad por transmitir noticias a modo, aunque, en este caso, se convendría el no hacerlo. El conductor matutino había dado una superficial introducción sobre la corrupción y complicidades que guardaba el Gobierno Federal con el grupo constructor, por lo que, de esta negociación, dependería si la primicia pasaba con mayor lujo de detalle al horario estelar, donde, de ser así, podrían surgir ciertas dificultades para “*ganar*” las licitaciones en curso.

Emilio Ferreira Goldsmann, presidente ejecutivo de Grupo Telemaster, tenía conocimiento de que su amigo, Patricio Zudaah, dueño de dicha constructora, no podría darse el lujo de perder esos concursos. Sabía que llevaba meses negociando con gobernadores y potenciales candidatos. También, que el Partido Central Revolucionario (PCR) se había acercado con su competencia, y casi podía asegurar que Patricio había tenido algo que ver. Aunque su objetivo nunca fue afectarlo, sí era enviarle un mensaje sobre la importancia que guarda el no olvidarse de los amigos. Necesitaba asegurar que el PCR canalizaría una cuantiosa cantidad de recursos oficiales de las elecciones a su empresa, para así poder tapar el boquete en los estados financieros del primer trimestre. Y es que después de la debacle vivida en 2015, se vería obligado a generar confianza entre los inversionistas, demostrando ser capaz de generar buenos resultados en el 2016. Por otro lado, también deseaba “*las partidas secretas*” tan comunes en los años electorales, en las cuales Patricio jugaba un papel fundamental a la hora de limpiar dichos recursos.

—Don Esteban, no hay por qué alterarse, nuestro objetivo es solucionar esto. Nos podemos enfocar en la detención de la chapo-diputada o la gira del **Presidente** en Arabia Saudita y sus amigos tomándose *selfies* en el avión Presidencial; mire, si la empresa se olvida del tema, el público también lo hará... —hablaba Isaac, en tono conciliador, cuando fue de nuevo violentamente interrumpido. Sintió otra mordida. ¡Pum!, se volvió a escuchar.

—¡No digas pendejadas! No vengas a mi oficina a chantajearme, ¿quién te crees que eres? Pero te lo voy a recordar, por si se te olvidó... ¡Eres un completo pendejo! ¿¡Me escuchaste!? —vociferó don Esteban, levantándose y mostrando su corpulencia como si se tratara de un gorila a punto de atacar, quedando su escritorio como única barrera—, ¡¡¡Un completo pendejo!!! Hemos sido más que generosos con su empresa; con ustedes, en lo particular. A ti, Isaac, bueno, ¡de verdad que no tienes madre!, gracias a Patricio estás donde estás, ¿o ya no te acuerdas? —dijo, recuperando la calma—. Y a ti, Martín, te sacamos del pedo en el que te metiste con Treviño y... aun así tienen los huevos para venir —puntualizaba cuando hizo un alto, tomó un segundo aire y arremetió, dando otro golpe al

escritorio, mientras levantaba a niveles lastimosos el volumen de su voz—: ¿ja mentarme la madre!? ¡Si alguien sale perdiendo son ustedes, bola de pendejos! ¿Saben cuánto dinero les hemos dado a ganar?, ¿cuánto hemos desembolsado en publicidad?, ¿cuánto le hemos lavado a tu jefe? ¡Vayan y chinguen a su madre, señores! ¡Díganle a Emilio que vamos a acercarnos con Mexicana TV! —Propinó otro golpe y se sentó de brazos cruzados.

—Pero... —intentó articular palabra Martín.

Don Esteban, quien imponía su autoridad con naturalidad, volvió a arremeter con fuerza.

—¡Pero nada! Si hoy por la noche sale la más mínima mención, contactaremos a Mexicana TV y se olvidan de la lana que tenemos aquí de su jefe, así como de nuestra ayuda con el Partido. ¿Estamos? ¿Sí o no? —preguntó con firmeza, sin escuchar respuesta—. ¿¡¡¡Sí o no, señores!!!? —bramó y volvió a golpear su escritorio con mayor fuerza.

—No, Don Esteban, no mencionaremos nada sobre el tema —respondió al fin, con pesar, el vicepresidente de Comercialización.

—Sabía decisión. A la chingada, señores, ya terminamos —proclamó, mirándolos con ojos de pocos amigos y mostrándoles la salida con su largo brazo.

Sin palabras, ambos se retiraron sin posibilidad de llegar a un acuerdo. Aunque eran dos, habían sido atacados con tal fiereza, que cuando menos habían salido en una pieza. Ahora vendría el siguiente problema: pensar en una historia creíble para minimizar el contundente fracaso, ante Emilio Ferreira, quien, a raíz de los pésimos resultados del año pasado, exigía mejores “negociaciones”.

Grupo Zudaah no solo era un cliente más que compraba espacios publicitarios; extrañamente, era un gran intermediario entre la gigante televisora y la clase política. Además, resguardaba e invertía el efectivo que entraba “por fuera”, tanto de Telemaster como de decenas de políticos, permitiéndoles así esconder importantes ingresos del fisco, sin dejar huella de dichos movimientos. Al mismo tiempo, Grupo Zudaah invertía esos recursos extraordinarios para financiar proyectos de gran envergadura, pudiendo cumplir con una de las directrices planteadas por su fundador, Umut Zudaah: “Utilizar capital propio”. Así, lograba mover el dinero de otros, generando rendimientos interesantes para los involucrados, confiriéndole a Patricio Zudaah un indiscutible poder; y a sus amigos, plena seguridad y confianza de que su dinero estaba en buenas manos y sus pillerías jamás verían la luz del día.

Don Esteban, de complexión robusta y 1.89 metros de altura, se dirigió rumbo a la oficina de su jefe, Patricio Zudaah Domínguez, al ritmo de un maratonista profesional, dando la impresión de que su impecable cabellera grisácea, peinada hacia atrás, guardaba dicha forma por la velocidad de sus pasos. Algo no le hacía sentido: “¿cómo Emilio se atrevió a atacarnos de esa forma?”, se preguntaba. En el camino reflexionó sobre su excelente actuación y la difícil situación en la que dejó a los ejecutivos; se le dibujó una siniestra sonrisa en el rostro.

*La Bestia* raramente sonreía, de hecho, daba la impresión de estar siempre enojado. Además de la dureza en su carácter, su rostro cuadrangular, mandíbula pronunciada y cuello grueso pero marcado, casi militar, no le ayudaban en nada. Conjuntamente mostraba una notoria cicatriz que atravesaba su cachete derecho, otorgándole un toque amenazador. Sus ojos negros, que miraban con intensidad, eran capaces de atravesar a sus enemigos. De cutis cacarizo, nariz bulbosa, labios gruesos y un orgulloso bigote grisáceo, estilo norteno, podía decirse que, en efecto, desde ciertos ángulos, mostraba cierta similitud con el personaje de la caricatura *La Bella y La Bestia*, existiendo un cuantioso grupo de individuos que consideraba preferible tener que lidiar con aquel personaje de *Disney*, que, al menos, había terminado por controlar su mal genio.

A sus setenta y dos años gozaba de un físico y una salud envidiables, además de una lucidez fuera de serie. Todos los días se levantaba con férrea disciplina a las 5:00 de la madrugada para trotar ocho kilómetros, haciendo un mejor tiempo que varios a los que les doblaba la edad. Normalmente llegaba a la empresa a las 8:00 de la mañana, al volante de un lujoso Audi A8, impecablemente vestido con algún traje *Ermenegildo Zegna*. Durante el día trabajaba obstinadamente hasta la hora que fuese necesario.

Oriundo de la ciudad de Monterrey, Nuevo León, el ingeniero Elizondo creció en el seno de un hogar de clase media-baja, siendo hermano de siete. Logró superar sus limitaciones con mucho esfuerzo, sacrificio y, en ocasiones, con sangre. Después de varias noches de observar con impotencia cómo su alcoholizado padre golpeaba a su madre Sandrita y que ninguno de sus tres hermanos mayores paraba aquello, el pequeño Esteban, de tan solo ocho años, reunió el valor para intervenir. A Esteban nunca le importó terminar adolorido, con moretones; incluso, si tenía que ir a dar al hospital, como ocurrió en un par de ocasiones, con tal de no permitir que su padre volviera a ponerle una

mano encima a su “mami”. Había dos cosas de su niñez que a la fecha le provocaban remordimientos: uno, no haber reunido el coraje para defenderla antes; y, dos, que su padre muriera cuando él tenía once años, pues de haber vivido un par de años más, Esteban lo hubiera podido haber matado con sus potentes puños.

Durante la secundaria y preparatoria, los fantasmas de la niñez volvieron para atormentarlo. La rabia y el coraje contenidos en su corazón se manifestaban a diario con violencia. No fueron pocos los compañeros a quienes propinó tremendas palizas, con o sin justificación. Irónicamente, en aquel periodo se reencontró con el alcohol; aunque este último fuera el culpable de su afligida niñez, cada vez que lo consumía, sentía cómo curaba su angustia interior, brindándole temporalmente un poco de quietud.

Debido a la fuerte insistencia de su madre, Esteban ingresó a la Facultad de Ingeniería Civil de la Universidad Autónoma de Nuevo León; aunque tardó dos años más de lo esperado, finalmente obtuvo el título. Fue gracias a ese retraso que conoció a Luisa Cantú, mujer de quien se enamoró por primera y única vez. Luisita, como le decían por su diminuta complexión, provenía de un hogar muy diferente al de su futuro marido, transpirándose dulzura y amor entretejidos con arraigados principios católicos.

El día de su boda, Esteban ingirió tal cantidad de alcohol que se extravió a la mitad de la celebración. Cuando finalmente lo encontraron, inconsciente y tumbado al lado de un arbusto, estaba cubierto en vómito y ensangrentado; tuvo que ser trasladado a un hospital, donde permaneció hasta el día siguiente. Luisita se había guardado para que su marido la hiciera suya en la noche de bodas, como lo dicta la tradición católica: primera decepción. Dos años después, ella tomó la difícil decisión de regresar con sus padres tras advertir que, por más que lo intentara, Esteban no dejaría el alcohol. En ese tiempo que duraron juntos, él pasó por cuatro empleos distintos, uno peor que el anterior, resultando incapaz de proporcionar un hogar estable y amoroso como el que ella anhelaba.

Con el incondicional amor y apoyo de su madre Sandrita, Esteban tomó la decisión más difícil de su vida, al menos hasta aquel momento: enterrar en definitiva el fantasma de su padre. Después de ese profundo y oscuro valle, jamás volvió a tomar una gota de alcohol, lo que le llevó, eventualmente, a recuperar a su mujer. Mucho estaría en deuda de igual forma con su suegro, quien siempre creyó en él. *“Dios los ha unido en sagrado matrimonio de por vida, haré todo lo que esté de mi lado para que mi hija te dé otra oportunidad”*, ofreció a Esteban.

Finalmente, la vida le obsequió una cálida sonrisa al recuperar el amor de su mujer y, con este, llegarían tres increíbles frutos: Luisa, Karen y, el pilón, Estebancito. Su familia se convirtió en su motivación; por lo mismo, trabajaba con ahínco con la finalidad de no hacerlos pasar por las mismas dificultades y limitaciones que él, en carne propia, había experimentado.

Mientras recorría los pasillos a paso veloz, el director general de Grupo Zudaah recordaba esos pasajes de su vida, sintiéndose orgulloso de haber alcanzado el éxito. *“Si no hubiera dejado el alcohol, quién sabe si seguiría vivo o, peor aún,... jodido”*, reflexionaba quien en promedio percibía unos quince millones de pesos anuales, dependiendo de los resultados del Grupo.

---

La contemporánea oficina de Patricio Zudaah, con mobiliario de *B&B Italia*, se divide en tres áreas: la primera, cuenta con un imponente escritorio y moderna sala *beige*; a unos pasos, hay un privado transparente para juntas con capacidad para doce personas, dotado con tecnología de punta. En esta primer área es donde Patricio pasa la mayor parte del tiempo. La segunda, está equipada con un comedor para ocho, y es donde seduce a los visitantes más influyentes, con los mágicos sabores del chef Alex Loyola; la tercera, su favorita, al ser un amante de la música, está dotada por un amplio espacio redondeado, equipado con un sistema de audio suizo cuyo valor supera el de un automóvil *Rolls Royce*, a donde solo él y su familia tienen acceso, aunque, en contadas ocasiones, han ingresado algunos *VIPs*, entre los que destacan dos **Expresidentes**.

En cuanto vio a don Esteban, Lety, la asistente de Patricio, accionó el mecanismo de seguridad y la pesada puerta blindada comenzó silenciosamente a abrirse. Con cualquier otra persona la autorización la daba su jefe, pero *La Bestia* tenía acceso directo, salvo que estuviese ocupado con alguien más. Saludó gustosa al director general.

—Buen día, Don Esteban, ¿le puedo ofrecer café? —preguntó sonriente; él respondió con un gesto ininteligible: significaba que sí.

Sumergido en sus pensamientos, Patricio llevaba diez minutos de pie, con la mirada fija en LA fotografía, en la que se le veía saludando al entonces **Presidente** Carlos Zaldívar Urrutia. Arribó a su mente aquel simbólico momento, cuando había ascendido al mismísimo Olimpo. Lamentaba profundamente que, a su padre, Zaheb Zudaah, quien

fuera su mentor en el mundo de la construcción, no le hubiera alcanzado la vida para presenciar ese momento. Recordaba con cierta animadversión sus palabras: *“No es sabio meterse en las ligas mayores; es tanto como sumergirse en un estanque repleto de tiburones”*. Su padre nunca se percató de que Patricio era un formidable tiburón; siempre le miró en el espejo de sí mismo.

—¿Patricio? —interrumpió don Esteban, con su grave acento norteño.

—Esteban, todo bien en la reunión, ¿verdad? —respondió distraído, regresando en sí.

—Todo bien, Patricio, todo bien —guardó un momento de silencio para comprobar que tuviese su atención. Después de percatarse de que su jefe ya estaba en el presente, continuó—: No van a tocar el tema... ¡Pobres pendejos!, a ver cómo le explican a Emilio que no nos pudieron chingar —sentenció soltando una fuerte carcajada—. Solo que... algo no me cuadra, Patricio. Este ataque no tiene ninguna lógica —dijo frunciendo el ceño y rascándose la nuca.

Patricio tomó tiempo para responder.

—Emilio buscaba que fracasaran, por eso los enviamos contigo. Se quiere deshacer del pendejo de Martín y de paso hacerle una advertencia a Isaac sobre lo que podría ocurrirle. La verdad es que los números van mal y si no se enderezan... En fin... Lo más importante que tratamos no fue sobre ese favor personal; finalmente nos entendimos y ya cedió a sus absurdas pretensiones para con el Partido... solo me pidió negociar más intervenciones... —continuó exponiendo.

Muy temprano, había negociado con Ferreira algo que el presidente nacional del Partido Central Revolucionario (PCR), Guillermo Quintera, le había encomendado, por cierto, a un precio muy razonable.

Discretamente, Lety ingresó a la oficina y colocó al lado de ingeniero Elizondo una charolita con una taza del café que se sirve en el *Hôtel Ritz du Paris*. Dio la vuelta y se marchó tan rápido como pudo.

—Entonces, como la española OHI está creciendo, sobre todo en estados con gobernadores del Partido Conservador Mexicano (PCM), se los van a chingar... —continuó con su explicación—. ¡Así todos salimos ganando!

Al terminar de escucharlo, don Esteban supo que había acomodado, sin hacerlo consciente, una de las tantas fichas de aquel dominó. Internamente, como en no pocas ocasiones con su padre y ahora con él, reconocía la gran inteligencia e instinto que poseían *“esos libaneses”*. A veces, en su fuero interno, se molestaba al verse como *“pendejo”*; esta sentía que era una de aquellas ocasiones. Don Esteban sabía que lo suyo no era la concepción de los planes maquiavélicos, sino su ejecución; no había alguien mejor que él en ese terreno, y eso era algo que le llenaba de satisfacción. Como en el efecto dominó, si alguna de las fichas del *Manotas*, como se le conocía a Patricio en el medio, se movía, Esteban corregía el ángulo y daba nuevamente impulso, asegurándose de que el plan retomara su curso. Patricio pensaba las cosas y Esteban las ejecutaba: eran la mancuerna perfecta.

La relación entre ellos llegaba a tal nivel de confianza que poseían un sistema *“de espionaje”*, donde uno u otro podían escuchar desde la comodidad de su oficina lo que ocurría en la otra. Así, sin necesidad de estar presentes en alguna reunión y pudiendo desconocer los hechos, estaban al tanto de las negociaciones, anticipando cualquier situación sin que fuesen tomados desprevenidos. Don Esteban negociaba sin ceder un ápice, creando límites psicológicos muy estrechos en sus contrapartes. Si algún tema se filtraba a la cancha de Patricio, sus interlocutores se sentirían satisfechos al conseguir algún pequeño beneficio. *“Muchas veces se van contentos simplemente si soy amable y empático”*, concluía el magnate. Eso sí, ambos podían percatarse si el otro escuchaba por el sistema, ya que sus escritorios estaban dotados con un foquito verde que indicaba si eso estaba ocurriendo.

---

De regreso a su oficina, Sari le recordó a don Esteban que a las 4:00 de la tarde tendría una reunión con la gente del senador Gabriel Treviño. Solo debía esperar la confirmación de Patricio para entregarles o no el efectivo pactado, y otorgar su simbólica bendición a los espectaculares que anunciarían su *“disfrazada”* intención para contender por la Gubernatura del estado de Nuevo León. Se le vinieron a la mente las anteriores frases:

*“Un Senador de resultados”*

*“Cercano a la gente”*

*“Juntos haremos el cambio”*

—¡Puras pinches mamadas! —pensó Esteban en voz alta, olvidando que estaba frente a él su joven asistente. Al verla, se sonrojó—. Sari, lo dije en voz alta, ¿verdad?

Patricio se dirigió al área de audio y se dispuso a escuchar a la libanesa *Elissa*. Amaba el realismo que su sistema *Goldmund* conseguía, al grado que, al cerrar los ojos, lograba engañar a su mente, convenciéndose de que la atractiva artista estaba ahí, cantando frente a él.

Al escuchar el árabe, su mente le llevó a reflexionar sobre el destino que hubiera tenido si su abuelo, don Umut Zudaah, no hubiera huido del Imperio Otomano e inmigrando al país en el tiempo del asesinato de Madero. Debíó ser muy duro para él, ya que, para complicar aún más las cosas, le robaron su dinero y se vio forzado a trabajar como peón de construcción. El nombre Umut, descubrió Patricio, significa “*esperanza*”, y precisamente fue eso lo que heredó a sus descendientes.

El inmigrante provenía de una familia acomodada de Beirut, con una larga tradición en la exportación de seda. Recibió una decente educación, que le permitiría ver, en su complicada situación, un área de oportunidad para un país en vías de transformación. Ahorraba rigurosamente la mitad de su ingreso, viviendo en un modesto cuartucho y sucumbiendo a todo placer material, además de pasar hambre, en no pocas ocasiones. Siete años tuvieron que transcurrir para que acumulara el capital necesario y pudiera edificar su primera vivienda. Aunque tardó un poco, pudo venderla; con ese dinero construyó una segunda, una tercera, una quinta, y así sucesivamente, generando en cada vuelta una jugosa ganancia.

Patricia, su mujer, había vivido con amor tanto los tiempos difíciles como los mejores, sufriendo, silenciosamente, por no poderle dar a su marido un hijo. Tuvieron que pasar quince años para que la vida les otorgara la bendición de un varón. Umut recibió la noticia con gran alegría, llenando su corazón con nuevos bríos y vitalidad. En 1933 nació Zaheb Zudaah, su único hijo.

Con el fuerte auge industrial que experimentaba el país y la subsecuente migración poblacional del campo a la ciudad, el reluciente padre logró edificar cientos de viviendas, viendo crecer considerablemente su patrimonio. En ese contexto crecería Zaheb, dirigiendo desde los dieciséis años sus primeras construcciones, llegando a dominar el oficio y convirtiéndose en un patrón muy exigente.

A diferencia de su padre, Zaheb, cuyo nombre significa “*oro*”, concibió una visión industrial, que pudo materializar gracias a las nuevas generaciones de empresarios que catapultaron el desarrollo económico que detentó el país en aquellos años. En Nuevo León conoció al encumbrado industrial don Alfonso Domínguez Treviño, quien decidió apoyarlo totalmente, teniendo un genuino motivo para hacerlo: el decidido e incansable joven Zudaah cayó enamorado de su hija María Sofía Domínguez Sada, con quien contrajo matrimonio unos años más adelante.

Zaheb y María Sofía tuvieron un hijo, a quien nombraron Zaheb Umut; desafortunadamente, el pequeño falleció a los dos años, debido a una extraña enfermedad. En medio de su sufrimiento, recibieron una inesperada noticia: nuevamente serían padres. Nombraron Patricio al bebé, en honor a la madre del constructor, que se llamaba Patricia. Posteriormente tuvieron dos varones y tres “*muñequitas*”; la pareja pudo darles a sus hijos la educación, el conocimiento y los medios necesarios para que se abrieran paso en la vida. Patricio, a diferencia de sus hermanos, fue además instruido en el negocio desde muy joven, ampliando aún más la visión de su padre y alcanzando un nivel de éxito del cual, tanto Zaheb como su abuelo Umut, de estar vivos, seguramente sentirían profundo orgullo. Así, cada generación había trabajado arduamente en favor de la siguiente, como Patricio tenía pensado hacer con su hijo Pato, quien, para infortunio de su progenitor y beneplácito de su madre, se encontraba en Inglaterra cursando un doctorado, “perdiendo el tiempo e iniciándose en el negocio tarde, muy tarde, a sus treinta y cuatro años”.

Patricio sintió una vibración en su bolso, que le regresó al presente. Era un mensaje del presidente del PCR, Guillermo Quintera.

Qué arreglaste Patricio?

Ya cedió Ferreira, no pediré más lana. Pide que le demos más spots e ir con todos los candidatos. Ya saben quién será en Nuevo León?

Confírmale que estoy de acuerdo con esos términos. Será Gabriel Treviño. Gracias, como siempre.

## 2 LAS MIGAJAS DEL PASTEL

*Jueves 21 de enero de 2016*

*Boutique Klüger Mazaryk; Ciudad de México*

El tiempo transcurría *taaan leeento*, que para su desgracia aún faltaban *treees laaargas* horas para salir. “No... tres horas con quince minutos”, corrigió con pesar, tras echar un vistazo al reloj.

Con treinta y dos años a cuestas, Guadalupe del Pilar López ha tenido una vida complicada, con muchas decepciones y pocas alegrías, pero gracias a sus hijos y el amor que les profesa, hacen que no desee cambiar nada en su existencia. Mide 1.53 metros de estatura, con cuerpo en forma de reloj de arena; posee rostro ovalado, tez morena, cabello negro corto, expresivos ojos cafés y sensuales labios carnosos. De joven, lucía un cuerpazo; era delgada, aunque con pronunciados senos y envidiables nalgas. Desafortunadamente, ya no era así.

Nunca había sido deportista; no tenía el hábito. “Con estos horarios, ¿cómo?”, siempre se justificaba. Pero recientemente comenzaba a ver, con pesar, las consecuencias: flacidez en la barriga y piernas, además de andar seis “kilitos” arriba, según le externaron en el IMSS. Naturalmente no era algo que le agradara, pero no estaba dispuesta a sacrificar las pocas horas de sueño disponibles.

Durante su niñez fue incapaz de entablar una amistad duradera con las de su sexo, lo cual siempre atribuyó a la complicada relación que tuvo con Regina, su madre. Al llegar a la adolescencia, sus atributos físicos se hicieron presentes, situación que a pocos jóvenes les pasó desapercibida. Hizo amistad con muchachos mayores, quienes le abrieron las puertas de su amistad, si en cambio ella accedía a abrir sus esculturales piernas.

Su adolescencia y juventud estuvieron marcadas por la promiscuidad, por lo mismo, a los dieciséis años, sufriría las consecuencias: un embarazo no deseado. La ausencia de padre, quien la abandonó a muy corta edad, la llevaría a buscar una figura paternal que le brindara protección y cariño, al menos en teoría, porque en la práctica nunca encontró ni lo uno ni lo otro. Al enterarse de la noticia, tras una férrea discusión, su madre decidió echarla de su casa, por lo que Lupita terminó viviendo con su abuela.

Al año de haber nacido su hija Pilar, su abuela falleció y Lupita se vio obligada a regresar con su madre, con quien negoció el “cuidado” de la bebé, a cambio de correr con los gastos del hogar. Para ser honestos, su madre no cumplió a cabalidad el acuerdo, ya que se encerraba en su cuarto sin atender debidamente a la pequeña, quien sufría carencias alimentarias, higiénicas y emocionales, en una situación paupérrima. Lupita odiaba tener que partir a

malganarse la vida y abandonar a su hija en dichas condiciones, pero no tenía opción: era eso o condenarla a morir de hambre.

Aquellos tiempos de extrema pobreza habían quedado en el pasado; sin embargo, en aquella fecha, aunque su situación había mejorado, distaba mucho de ser holgada. Por otro lado, Lupita llevaba una vida tan rutinaria que no sentía motivación alguna para levantarse de la cama más que la de sacar adelante a sus dos hijos, Pilar y Esteban. Además de la apatía y el aburrimiento que siempre sentía, su hija era lo único que le hacía experimentar otras emociones: preocupación, ansiedad y miedo. A sus dieciséis años, Pily se había transformado en una hermosa joven que no conocía el significado del cuidado, la prudencia ni la obediencia. En contraste a su media hermana, Esteban, de doce, era introvertido y mostraba una extraña fijación por la robótica.

Lupita se sentía abrumada por no poder meter en cintura a Pilar, algo así como le había ocurrido a su madre con ella; un día llegaba tarde a casa, el otro recibía una mala nota y, para colmo de males, salía con jóvenes mayores, situación que le generaba demasiado estrés. Tenía pavor de que su hija pudiera repetir su historia cuando se enredó con aquel tipejo “*de la jai*”, como se refería a la gente adinerada, y fuera abandonada a su suerte en cuanto supiera de su estado. Eso no sería una opción para su pequeña y ella lo evitaría a toda costa.

¿Pero podría?

En medio de sus pensamientos, escuchó el timbre que anunciaba la entrada de un cliente a la lujosa boutique *Klüger*. Era su turno. Volvió al presente.

—Buenas tardes, Señora Beatriz, ¡qué gusto volver a verla! ¿Cómo se encuentra hoy? —saludó Lupita, esbozando una gran sonrisa en el rostro.

La señora Beatriz de Treviño y su esposo, el senador Gabriel Treviño, eran de los mejores clientes del establecimiento; Lupita estaba segura de que ese día habría valido la pena y pagaría los dos anteriores, en los que no había comisionado gran cosa. Los patronos la tenían registrada ante el IMSS con el mínimo, como al resto de los empleados, dándole “*por fuera*” las comisiones, por lo que necesitaría vender bien si quería hacerla para la quincena.

—Bien, Lupita, gracias por preguntar —respondió por cortesía.

Portaba un conjunto de lana *beige Carolina Herrera* (\$4,200 USD), zapatos marrones *Gucci* (\$799 USD) y un bolso rojo *Lanvin* (\$3,800 USD), que le daba un toque de color a su monocromática vestimenta.

En dos días, Beatriz asistiría a una trascendental cena para el futuro de su marido, en la residencia del magnate Patricio Zudaah y su mujer, Stephanie Pritzker, alias *La Gringa*; su misión sería distraerla y aislarla al terminar de cenar, cuando menos durante treinta minutos, para que su marido pudiera tocar ciertos puntos con el constructor. *La Gringa*, hija de Abraham R. Pritzker, posee, según las habladurías de sus conocidas, millones de dólares en acciones de la cadena hotelera *Hyatt*, así como una infinidad de inversiones y propiedades por todo el mundo.

Mientras la señora echaba un vistazo a las novedades, Lupita reflexionaba sobre cómo pueden existir personas que visten lo que ella percibe en varios meses de sueldo y comisiones. Incluso, si pudiera ahorrar todo su ingreso durante el resto de su vida, no podría reunir lo que estos individuos poseen solamente en sus guardarrropas.

—Voy a probarme este *Valentino*, este *Brunello*, y hmm... también este *Herrera*. —Señaló con su dedo índice las finas prendas—. Y tráeme los accesorios que hagan *match*; bueno, estas blusitas también, por favor.

Lupita y otra compañera rápidamente buscaron en bodega lo solicitado en la talla de la señora y eligieron los accesorios perfectos. Rebeca de Klüger, dueña del establecimiento, personalmente las había capacitado, determinando los accesorios correspondientes a cada prenda. Mientras su compañera preparaba todo impecablemente en el vestidor, Lupita avisaba a la señora que ya podía pasar.

El conjunto *Brunello Cucinelli* le sentó como confeccionado a la medida. Se le veía “*di-vi-no*”.

—¡Me llevo este! ¿Me lo tienes listo ahorita, verdad, *Magdis*? Tengo una cena súper importante —preguntó mientras la sastre asentía y marcaba la bastilla—. ¡Vales mil, *Magdis*, vales mil!

En lo que Beatriz se probaba el resto de las prendas, Magda cosía a mano la bastilla del pantalón, para que la señora pudiera llevárselo sin demora. Sabía que recibiría una generosa gratificación, suficiente como para llevar a su



pequeño hijo a su taquería favorita.

La cajera realizaba la nota de crédito, mientras Lupita doblaba y guardaba impecablemente las prendas. Una vez que la señora firmó por un total de trescientos catorce mil pesos, Guadalupe tomó las bolsas y los portatrajes, y acompañó a la señora de Treviño hasta la lujosa *Range Rover*. La compradora pidió a su chofer que dejara la propina habitual e incluyera la de *Magdis*. Al recibir el dinero, Lupita dio una cálida despedida a su salvadora, encorvándose ligeramente y moviendo mecánicamente su mano de un lado a otro, hasta que el poderoso todoterreno desapareció de su vista, perdiéndose en el tráfico. “*Iré a la tienda de doña Lucha a dejarle la feria que le debo y firmaré leche y jamón*”, pensó, mientras cerraba su puño con fuerza, como para evitar que se le pudieran caer los dos billetes de doscientos pesos que había recibido.

A su regreso al interior de la boutique, *Magdis*, que “*andaba bien eriza*”, la esperaba para tomar su “*Sorjuanita*”. Una vez que recibió el billete, se marchó para continuar con sus arreglos. Lupita se tomó unos instantes para contemplar los formidables pisos de mármol, lujosos muebles italianos y la ropa tan hermosa que exhibían los maniqués. Pensó que, aunque estaba ahí, no pertenecía a ese mundo y muy probablemente nunca lo haría. La señora Beatriz podía comprar cuanta ropa deseara y tendría una elegante cena en compañía de distinguidas personas; ella, por el contrario, no había podido comprar ropa en años, salvo su uniforme, y llegaría a su casa pasadas las 10:00 de la noche, con el Jesús en la boca sobre si el refrigerador aún tendría algo o si a su hija se le ocurriría estar. Antes de dormir, con seguridad discutiría con su pequeño hijo Esteban para que recogiera sus tiliches electrónicos del cuarto que compartían.

Recordó que, al día siguiente, se activaría su alarma a las 5:00 de la madrugada para que ella pudiera arreglarse y dejarles listo el desayuno a sus hijos, ya que tendría que ir al IMSS para, con suerte, salir a tiempo y llegar a las 11:00 de la mañana a su aburrido trabajo. Quitando lo del Seguro Social y levantándose una hora más tarde, los días transcurrían con monotonía, salvo los martes, que era su merecido día de descanso: lavaba la ropa, recogía y limpiaba la casa o hacía los pendientes, entre otras actividades que consideraba poco inspiradoras.

En ese momento se dio cuenta de que sus pensamientos resultaban deprimentes; regresó al presente y descubrió, para su sorpresa, que faltaban veinte minutos para salir del trabajo. 😊

# 3 IMPOSIBLES

*Viernes 22 de enero de 2016*

*Ciudad de México*

La aceleración del Audi S3, era monumental. Con la mano izquierda anclada en el abultamiento del asiento y con la derecha en la jaladera de la puerta, Pily dirigía la mirada hacia el camino con esos hermosos y expresivos ojos negros, mientras el conductor realizaba acrobacias para llegar al *Rollçe* de Polanco. María del Pilar López llevaba más de un mes de haber conocido a Memín; al fin tenía una cita con él. Aunque es guapa, alta y posee un cuerpazo, lo que en realidad la hace irresistible es su lenguaje corporal tan sensual: sabe cómo mirar, sonreír y mover las manos entre sus largos rizos, despertando, de algún modo, el deseo masculino. Pertenece al grupo de chicas populares en su escuela y, si algo le sobra, son invitaciones para salir, solo que, para desgracia de muchos, Pily pone la mira en alto.

Guillermo Salomón Klüger, de dieciocho años, es considerado por muchas como un “niñazo”, carismático y buen amigo. Es alto, mide 1.85 metros de estatura; guapo, delgado, con cuerpo marcado. Su cara es simétrica rectangular, de tez clara, casi lechuda; penetrantes ojos café claros; nariz respingada, un poco grande, y cabello largo castaño que peina hacia atrás, con unas divertidas ondulaciones en las puntas a la altura de la nuca. Hacía unos días, había decidido dejarse la barba de cinco días perfectamente bien delineada, regalándole unos años más a su apariencia, pero otorgándole un look de “niño interesante”.

Desde que observó a Pilar en la posada de la empresa de su padre, sintió cómo algo dentro de él se aceleró, por lo que no perdió tiempo en ir a presentarse con “los familiares de los empleados”. Nunca imaginó que fuera la hija de Lupita, pues eran tan diferentes, ya que aquella belleza era relativamente alta, de tez clara, rasgos más refinados y no parecía un sargento malencarado. Después de charlar con ella por unos instantes, sintió la implacable mirada de su madre, Rebeca de Klüger, por lo que antes de marcharse obtuvo su número para algún día invitarla a salir y hacer lo que los chicos de su edad desean: así es, jeso!

Esa noche, en la intimidad de su cuarto, Memín no dejó de pensar en aquella chica, sintiendo su miembro henchirse con intensidad, producto del asfixiante deseo. Sin poder evitarlo, se masturbó con tal brío, que al concluir sintió cómo una gran cantidad de fluido seminal aterrizó en su frente. “No ma... mes”, se dijo, mientras tomaba un pedazo de papel para limpiarse.

Un par de horas antes de la cita, Pilar salió como rayo del salón de clases, en busca de su medio hermano. Fue al patio, después a la salida y regresó al interior. Ansiosa, en una de las aulas, observó a Estebancito platicando indiferente con sus amigos; sin pensarlo irrumpió y lo jaló de la playera para salir de ahí. “No hay tiempo que perder”, se recordó nerviosa, mientras su hermanito se quejaba amargamente y sus amigos se burlaban del “Cuñado”.

Al llegar a su “cantón”, Pily preparó algo sencillo de comer para su hermano, después de percatarse que solo quedaban jamón y pan en el refrigerador. En cuanto pudo, fue al vestidor a elegir su atuendo: una falda roja ajustada (\$150 pesos), que acentuaba sus caderas y nalgas; una blusa azul cielo plisada (\$200 pesos), que haría lucir sus senos en todo su esplendor, llamando a los jóvenes a tener malos pensamientos, así como unos zapatos de tacón alto con estampado de leopardo, que le daban mejor forma a sus piernas. Se desnudó y fue al baño. Al abrir la regadera se percató, con el experimentado tacto de su mano, que seguían sin agua caliente. “No ha pagado mi mamá...”, pensó mientras inhalaba aire profundamente y tomaba valor para lanzarse hacia el chorro de agua fría con una inusitada decisión, sin perder tiempo. “Aaayyy...”.

Continuó con el ritual de belleza, rizando las puntas de su cabello como su actriz favorita, Ashley Benson, para posteriormente delinear perfectamente bien su rostro con maquillaje y pintar sus labios color rojo pasión, con la ilusión de mínimo ser besada durante la cita. Cuando terminó, se inspeccionó en un largo espejo de esquinas desportilladas, sostenido peligrosamente por un block de cemento, otorgando su aprobación tras verse hermosa y aparentar mayor edad. “Parezco de veinte”, se dijo satisfecha.

—Con cuidado —advirtió Memín al valet, dándole una generosa propina y haciendo señas al otro elemento para que no abriera la puerta de su acompañante. Se movió ágilmente hasta el otro lado del vehículo e hizo lo propio—. Espero que te guste el lugar, lo escogí pensando en ti —mencionó con aire de seguridad, tomándola de la mano para ayudarla a salir del vehículo, mientras le echaba un vistazo.

El hijo de Salomón Klüger vestía unos jeans decolorados Diesel (\$190 USD), una camisa blanca D&G (\$285 USD) y un saco azul a rayas de algodón, Emporio Armani (\$650 USD); aunque el atuendo de ella lucía a todas luces barato, y se maquillara un poco exagerada, casi “como payaso”, al flamante galán lo tenía sin cuidado, deleitando su sentido de la vista con las hipnóticas formas. “¡Ah, qué buena está esta niña!”.

Pilar, por su lado, quedó fascinada al ver al apuesto galán, quien sorprendentemente era aún más alto que ella, con todo y tacones. “Él es un príncipe, nada que ver con los renacuajos del colegio. Si tan solo mis amigas estuvieran aquí”, pensó una Pilar erguida y orgullosa.

Al adentrarse al lugar, de ambientación oriental y opulenta, la chica fue introducida a un mundo desconocido, pero que se antojaba seductor y deslumbrante. Nunca había estado en un sitio “tan chido”. Al final del área, un

enorme buda sentado, con las piernas cruzadas, “saludaba” a todos sus visitantes. La música *lounge*, aunque extraña para Pilar, tenía un efecto cautivador que encajaba perfectamente bien con el *mood* del establecimiento. Las mujeres, pensó Pilar, todas parecían cortadas por la misma tijera: en su mayoría blancas y rubias, vistiendo “*de hueva*”, con colores poco atractivos; los hombres, por el contrario, eran glamorosos, guapos y formales.

“Si eligió un lugar así de cariñoso, es porque está loquito por mí...”, conjeturaba Pilar con gran emoción. Lo que ella desconocía, era que su acompañante deliberadamente había elegido llevarla ahí para no encontrarse a sus conocidos, sabiendo que “*la gente bien*”, como él, no acudía a lugares turísticos y pasados de moda.

La noche transcurrió como Memín esperaba. Abrieron apetito con un *Sashimi King* de atún, salmón y pulpo, seguido del pulpo marinado oriental y el lomo de lubina *Rollçe*, acompañado con vino blanco afrutado, calculando que, seguramente, ella nunca habría probado el tinto y por lo mismo no sería de su agrado. “*La tengo que poner peda*”, pensó.

Pilar nunca había probado esos platillos que le resultaban exóticos, pero sorprendentemente deliciosos. “*Lo que comen los de la jai*”, pensó.

Durante la cena, la chuleó a más no poder; podía ver que “*estaba dentro*”, como se refería a cuando había flechado a una chica. Con varias copas encima, el tiempo para besarla se acercaba, lo sentía, lo deseaba, así que tenía que buscar contacto físico, y qué mejor manera que moviéndose al ritmo de la música.

Pasaron al área de Antro; con unos mojitos por delante, comenzaron a mover sus cuerpos al ritmo del *DJ Ravin*. Memín colocó las manos sobre la cintura de ella, la acercó a su cuerpo y la dirigió al compás de la música. Inesperadamente ella dio media vuelta y rozó con su trasero el cuerpo de él. Sabía lo que provocaría. Memín, sin poder controlarlo, sintió endurecer su miembro con los movimientos que se hacían más intensos conforme transcurría la balada. “*El perreo nunca falla*”, pensó ella.

De nuevo se colocó frente a él, lo tomó de las manos, pegándose todo lo que pudo, y, con una mirada coqueta, logró ser besada. Fue delicioso, como si el tiempo se hubiese detenido a su alrededor, disfrutando cada instante. En medio de aquel mágico momento, Pily vislumbró su celular encendido por una incómoda llamada entrante. “*Neel, jefa, no chingues...*”, pensó, disimulando su malestar. Cuando fue prudente, alcanzó su *iPhone* y discretamente lo apagó, resguardándolo en su bolsa “*Fendi*”, para posteriormente volver a besar a su próximo novio.

---

Pasaba la medianoche y Guadalupe no tenía idea de dónde estaba su hija; para colmo, al llamarla, la mandaba a buzón. “*Lo apagó, la muy cabrona*”, bramó.

Había llegado a la hora habitual a su casa para descubrir que su refrigerador estaba vacío, su hija no estaba y Esteban se encontraba embobado armando un “*estúpido*” robot.

“*Si tan solo me contestara para saber que está bien*”, pensó angustiada.

Después de cinco intentos suspiró, cerró los ojos y pidió a la Virgencita que guiara a Pilar.

---

A las 3:42 de la madrugada, el chofer del *Uber Black* le abrió la puerta a su alcoholizada pasajera y la ayudó a salir del *Mercedes Benz, Clase C*. Normalmente no hubiera aceptado un viaje a Ecatepec, menos a esa hora, pero en un inicio no tuvo forma de conocer el destino al aceptar la carrera; al saberlo, recibió un incentivo de quinientos pesos y además había tarifa dinámica de 2.5x; así, decidió “*iniciar la carrera*” en la app; ahora se arrepentía.

Durante el trayecto, la parte consciente de Pilar deseaba con todo su ser que su madre estuviera dormida. Al llegar, con sumo cuidado insertó, dio vuelta a la llave y abrió la puerta con la mayor rapidez posible, para evitar que se escuchara el rechinado de las bisagras. Sujetándose del marco, para evitar caerse, removió sus zapatos y caminó de puntillas hasta su cuarto. Al estar dentro, sabiéndose segura de no haber despertado a su madre, escuchó un “*yei*” en su mente. Encendió el celular y lo primero que hizo fue escribirle a Memín, intentando sonar “*de la jai*”.

gracias me la pase muy chido mil

Pily no podía dormir, estaba muy emocionada.

“¡Besa tan rico!”, revivía la escena en su mente una y otra vez. En eso, se escuchó el sonido que esperaba.

Pily no manches, me la pase increíble.  
Me encantas hermosa :)

Al leer el mensaje, por un lado sintió que le estallaba el corazón, pero, por el otro, esperaba algo más. “¿Cuándo te volveré a ver?”, pensó de inmediato.

Se vio tentada a responder, comprometiéndolo a dar una fecha, pero decidió no hacerlo: no debía mostrar desesperación. Al percatarse de que su contraparte ya no estaba *online* y seguramente se habría dormido, decidió marcarle a su mejor amiga.

---

Alicia, alias *La Chola*, se encontraba en medio de un gran “*reven*” en casa de *El Tony*, a quien llevaba dos meses de conocer. Todos sus invitados consumían drogas de todo tipo, incluyendo las sintéticas. “*Aquí todos andan re’ pirados*”, pensó.

Al ver la llamada entrante de Pilar, y tener la certeza de que tendría mucho chisme por escuchar, salió al jardín. Casi se cae con una botella que estaba sobre el pasto quemado.

—Qué tranza, mi *Piliuuux*, ¿cómo te fue? —preguntó con tono cantadito y mala dicción.

Sentada sobre una maceta, platicó con su amiga por cuarenta minutos, con música de reguetón ambientando la llamada y constantes interrupciones de quienes pasaban por ahí, en estado deplorable. La conclusión de ella era, sin dudar, que Memín había caído y le encantaba la Pilar, si no, ¿para qué invitarla a un lugar tan “*catrín*”? ¿para qué pagar por un “*Meche*” para llevarla de regreso a su casa?

—Veeerde, pinchi vato, anda bien claveles —declaró *La Chola*.

Al colgar, a insistencia de Alicia, quien comenzaba a sentir la imperiosa necesidad de una segunda dosis de droga, Pilar se quedó pensativa, sin poder conciliar el sueño, por lo que se puso a buscar en *Facebook* a Memín; no podía ver nada, pues su perfil tenía acceso restringido; le lanzó una invitación.

Mientras tanto, Alicia regresó al rincón *VIP* con *El Tony*, lista para cumplir sus anhelos, aunque para su sorpresa descubrió algo nuevo. *El Tony*, que la cuidaba para que no se metiera porquería barata, le preparó una mezcla especial, asegurándole que, si era inyectada, los efectos de la cocaína serían casi inmediatos y mucho más placenteros. Al sentir el “*zumbido*” y aquellas sensaciones tan placenteras, se prometió volverla a consumir en esa modalidad. Era algo... *taaan* extasiante, *taaan* pleno. Ahí, en ese estado eufórico, tuvo la certeza de que debía continuar el noviazgo con *El Tony*, que le otorgaba tantos placeres, y a quien, además, a todas luces, “*le estaba cayendo rete arto baro*”.

# 4 AMARRES

---

Sábado 23 de enero de 2016

Residencia de Patricio Zudaah; Ciudad de México

*“El poder real es económico. Entonces...  
no tiene sentido hablar de democracia”.* José Saramago.

A través de sus auriculares *UltraSound*, Patricio Zudaah escuchaba al egipcio *Amr Diab*, uno de sus intérpretes favoritos.

*“...Dally eiono... Yellam allah...”*

Llevaba cuarenta minutos ininterrumpidos sobre la elíptica y había sudado tanto, que daba la impresión de que acababa de salir de una piscina. A diferencia de *“los mortales”*, que acuden a gimnasios comerciales, Patricio contaba con uno de alta gama en el sótano de su casa, al lado de su magnífica cava, donde se ejercitaba en ropa interior; esto último, a solicitud de su mujer, cuando sus hijos eran pequeños. *“Que no entren, carajo, me gusta hacer ejercicio en pelotas”*, argumentó el magnate, hacía casi treinta años.

Stephanie ingresó impecablemente vestida, con un conjunto de lana gris *Loro Piana* (\$5,950 USD), combinándolo con una colorida mascada *Emilio Pucci* (\$625 USD). Tocó a su marido por la espalda, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué pasó? —preguntó Patricio desconcertado. Se removió los auriculares. Su mujer normalmente no lo interrumpiría, a no ser que fuese por algo importante.

—Amor, ya están por llegar Gabriel y su bruja, y... ¿sigues aquí? —preguntó con resignación.

—¡Chingado, lo olvide por completo, chingado! —respondió, dando un clic a la pantalla para finalizar el circuito—. Me voy a dar un baño, recíbelos y entreténlos —concluyó.

Subió con agilidad las escaleras mientras recapitulaba los puntos en que podía ceder y los que no. Al llegar a su cuarto, se dirigió al baño. La amplia e iluminada superficie de cuatro metros de altura, con paredes y pisos recubiertos de mármol color marfil, lucía tan cálida como lujosa.

A la entrada, por el lado izquierdo, se encuentra un mueble del diseñador *Carlos Colombo*, con una impresionante encimera de casi cuatro metros, que soporta dos sofisticados lavabos e incorpora un sinfín de cajones, armarios y baldas abiertas, conteniendo lujosas amenidades de baño y hermosos accesorios decorativos. Por encima descansa un espejo de amplias dimensiones con una impactante iluminación. Al lado derecho, se ubica un mueble del mismo diseñador, similar en medidas, pero creado especialmente para el proceso de embellecimiento de Stephanie.

En la parte central, el mármol del piso se tiñe de un azul cada vez más intenso tras fusionarse con el agua contenida en un desnivel que se integra a una hermosa bañera al ras del piso, rivalizando con las mejores de cualquier *spa* en el mundo. Sin embargo, el elemento más llamativo está debajo del intrincado plafón con iluminación indirecta, donde descansa una enorme lámpara modernista del diseñador *Bertjan Pot*, y da la impresión de que el tiempo se hubiese detenido en medio de una gran explosión, quedando suspendidos en el aire cientos de trozos de cristal iluminados. A Stephanie le gustaba flotar bocarriba en la bañera y observar la obra, siendo cada vez más seguido que reflexionaba sobre la existencia de alguna forma para detener el fluir del tiempo. *“El tiempo transcurre en nuestra mente, debe haber una forma...”*, afirmaba.

Hacia el final, el área cuenta con una regadera abierta de *Watermark Designs*, con lo más reciente en tecnología digital. Desde un panel *touch* de ocho pulgadas, el usuario puede controlar, entre otras funciones, el modo de salida del agua y su temperatura, el nivel de vapor, tono e intensidad de la luz y, desde luego, la selección de la música en alta definición. Cuenta con vista al jardín a través de un enorme ventanal de vidrio espía.

Patricio eligió el modo cascada, que le permitía bañarse con la mayor rapidez posible, a ochenta grados Fahrenheit. A diferencia de él, Stephanie seleccionaba el modo de lluvia a noventa y ocho grados Fahrenheit, casi quemándole la piel. Al terminar, se secó rápidamente para dirigirse a la igualmente impresionante área de vestidor. Distribuida en amplios módulos de madera blancos perfectamente acomodados por categoría, tomó unos *boxers* napolitanos negros *Borrelli* (\$155 USD), cien por ciento algodón, se puso unos *jeans* en tono medio (\$375 USD), una camisa blanca con discretas rayas lilas con azul (\$495 USD) y, para coronar su informal e impecable atuendo, empleó un suave saco *sport* azul marino *Anderson and Sheppard* (\$6,750 USD), hecho a la medida.

---

—Betty, ¡te ves divina! —saludó Stephanie agradadamente, después de que un empleado condujera a los

invitados a la sala—. ¡Hermoso conjunto! Y tú, Gabriel, como siempre, todo un refinado caballero —complementó con un leve acento americano del norte, hablando con claridad, seguridad, pausando y acentuando donde debía, mientras efectuaba delicados ademanes y gentiles expresiones en su rostro para matizar sus palabras. En resumen, como toda una distinguida mujer de sociedad.

—Gracias Ste... —se disponía a responder el senador, cuando fue atropelladamente interrumpido.

—Ay, Stephanie, ¡eres una linda!; qué gusto verte, amiga —correspondió Beatriz.

“¿¡Amiga!?”, resonó la palabrita en la cabeza de Stephanie. “¡Bruja!”, espetó en un soplido inaudible. Amablemente los invitó a tomar asiento, sosteniendo en todo momento una cálida sonrisa.

Para la ocasión, Gabriel portaba un pantalón *Brioni* (\$1,750 USD), de lana café oscuro; una camisa *Kiton* (\$750 USD), azul cielo; un saco en tonos *beige* de la misma marca (\$6,295 USD), y unos zapatos *Berluti* (\$2,200 USD), patinados en tonos marrón.

Patricio bajó las escaleras a toda velocidad, derrapando en el piso de mármol tras girarse, para dirigir sus pasos hacia la sala. Sus amigos y mujer quedaron impactados con su... nuevo estilo: Gabriel, por su horrendo peinado, y Beatriz, porque como fuera, tenía que reconocer que le encantaba, incluso así. Lograron permanecer en silencio hasta que Stephanie, sin poder evitarlo, soltó una carcajada. Sus invitados no lograron contenerse más.

—Amor —dijo entre risas, señalando con sus delgadas manos—, tu peinado... ¿Qué... te pasó? —preguntó asombrada, mientras se encogía de hombros y giraba sus palmas hacia arriba.

Patricio se detuvo en seco para palpar su cabellera, percatándose de que efectivamente había olvidado peinarse. Debía traer el pelo como esos *millennials*, a quienes tanto criticaba por carecer de estilo.

—¡Diablos! —exclamó Patricio en voz alta, mientras se disponía a saludar a sus invitados.

—No te preocupes, Patricio; está bien, te ves como adolescente, así andan, ¿eh? —precisó el senador Treviño con una sonrisa, para después otorgarse un prolongado abrazo. Volvieron a reír.

—Así también te ves guapo, Patricio —remató Beatriz al llegar su turno, intentando no hacerlo sentir incómodo. Besó su mejilla. “Huele tan... bien”.

“¿¡Así también te ves guapo!?”, meditó Stephanie en silencio, conservando con maestría una expresión facial despreocupada y sonriente.

Patricio se sentó al lado de su mujer, dejándose el pelo a la *despreocupé*, sin concebir las profundas reflexiones de Stephanie. En eso, un joven mesero hizo acto de presencia.

—Señores, buenas noches, soy Juan, ¿qué les puedo preparar para esta noche?

Gabriel Treviño se transportó involuntariamente a su niñez-adolescencia. En compañía de su madre, vivió en la residencia de una prominente familia en Monterrey, Nuevo León, poco después de que su padre falleciera. Su madre era una de las cuatro empleadas domésticas que vivía en la residencia, y *Gabito*, como lo conocían, ayudaba en cualquier cosa que pudiera ofrecerse, aunque en realidad, pasaba la mayor parte del tiempo jugando con los hijos de los patrones. Sus padres no habían concluido la primaria y, de no ser por los Garza Gutiérrez, Gabriel hubiera corrido con la misma suerte. “*Este muchacho tiene que estudiar, Lichita*”, le insistía don Lázaro a la madre del pequeño.

Antes de ese tiempo, Gabriel guardaba vagos recuerdos y sensaciones al lado de su padre, mas siempre recordaría uno que era constante, que padecía y que a la fecha le producía pesadillas: la sensación de hambre en el estómago.

Nunca fue gustoso de hablar de su pasado porque sentía vergüenza de su humilde origen. Siempre quiso ser alguien que no era, hasta que se convirtió en aquello que soñaba ser; para ese fin, el haberse casado con Beatriz representó un antes y un después en su vida; fue la catapulta que tanto necesitaba.

—... ¡Te dije, cabrón, que soltarían a Moreno el fin de semana! ¡Sabe demasiadas cosas! —declaró Patricio confiado.

—La verdad, pensé que pasaría más tiempo mi compadre en España —reconoció Gabriel, recordándolo con cariño; en Coahuila habían hecho grandes negocios.

—Lo ayudó el escándalo de Kate y la narco-diputada. Con esos distractores, la gente...

“*Me odia esta gringa insoportable, ¿cómo le voy a hacer para distraerla?, ¿cómo?*”, pensaba Beatriz angustiada, mientras sonreía y fingía seguir la plática.

—¡Ya sé!, pobre pendejo, ¡está loco! —replicó Gabriel al comentario de Patricio.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Stephanie, cuya familia era una prominente aliada e importante fuente de recursos para el Partido Demócrata en Estados Unidos.

—Que podía pararse en Nueva York en la Quinta Avenida y dispararle a alguien sin que le afecte. ¿Puedes creerlo? —declaró Gabriel sorprendido.

—¡Ay no!, ¡nefasto!, lo bueno es que, si logra ganarles a Cruz o Rubio, que lo dudo, Hillary lo vencería en un abrir y cerrar de ojos —expuso Beatriz segura, tratando de ganarse a Stephanie. Todos asintieron, excepto Patricio Zudaah.

Después de la tercera ronda de bebidas, el chef Alex Loyola, quien en sí mismo era todo un personaje, se acercó para saludarlos e invitarlos a pasar al comedor: la cena a cinco tiempos con sus respectivos maridajes estaba lista. El menú incluía mollete con revuelto de salicornia y jamón ibérico; sopa fría de aguaviva en adobo; ensalada de rúcula, higos, parmesano y jamón ibérico; pulpo a la parrilla con un chimichurri de finas hierbas del ande peruano y flores comestibles, y, para finalizar, un postre de aguacate, mango y tomillo-limón. Al terminar la cena, los invitados quedaron extasiados por los magníficos sabores de autoría del chef, creando un verdadero placer sensorial. “*Cada mordida fue como una explosión de deliciosos sabores, texturas, olores...*”, expresó Beatriz al creador de tan extraordinaria cena.

Después de las cinco copas de los distintos vinos, una para cada platillo, aunado a los cocteles iniciales, los cuatro llegaban relajados a la sobremesa, incluso las mujeres, que hasta hacía unos minutos habían advertido tensión. Disfrutaban las ocurrencias de Gabriel, que los tenía muertos de risa. En medio de tan singular momento, Beatriz sintió un leve golpe en la pantorrilla: se trataba del zapato de su marido y era la señal inequívoca para ejecutar el plan. “*Dios, dame sabiduría*”, se dijo, al mismo tiempo que los nervios regresaban con mayor intensidad, y su incipiente estado de embriaguez desaparecía.

Sin tener idea sobre qué hacer, pues no encontró un motivo lógico durante la cena, se percató que detrás del gran ventanal se vislumbraba un hermoso jardín, con una divina iluminación: era la señal.

—Steph, aprovechando la confianza, ¿me podrías mostrar tu jardín y pasarme unos *tips* para tenerlo así? ¡Se ve divino! Quiero tomar un par de ideas para mi casa en San Pedro, por si acaso nos movemos —dijo insegura, cuestionándose sobre si realmente lograría su cometido. “*Al menos treinta minutos*”, recordó.

Al percatarse de la expresión de desconcierto en el rostro de su marido, cayó en cuenta que la petición estaba totalmente “*out of place*”. Primero, por el tipo de zapatos que traían puestos; segundo, por el frío que hacía en el exterior. Sin embargo, las palabras ya se habían escapado y no había nada que pudiera hacer. Por suerte, la “*apretada gringa*” sentía fascinación por su jardín, por no decir obsesión, llegando al punto de que, aunque tenía un jardinero de planta, este no podía hacer ningún movimiento sin la autorización de la señora. Por lo mismo, contaba con los medios para sortear los obstáculos de aquella noche. Y es que, a Stephanie, la solicitud le vino como anillo al dedo.

—Claro, Betty, ¡vamos!, ¿está bien, amor? —preguntó a su marido, asegurándose de que estuviera de acuerdo.

Al ver su gesto afirmativo, tomó una botella de vino casi llena y las dos copas que estaban al frente, y se marchó con *La Bruja*.

Patricio invitó al senador al área de Bar; para la ocasión, destapó una botella de *Whiskey The Macallan*, con 25 años de añejamiento; aún le quedaban ahí tres botellas de esas. “*Qué hueva ir abajo a la cava, si la hacemos con tres*”, pensó.

Colocó dos hielos en cada vaso y vertió generosamente el contenido de la lujosa bebida. Tomó uno y pasó el otro a su invitado.

—¡Por tu éxito como futuro Gobernador de Nuevo León! —Hizo un brindis, golpeando levemente el vaso del senador.

Tomaron un buen sorbo.

—¡Mmmh... buenísimo! Pero no por mi éxito; ¡por nuestro éxito! En esto vamos juntos, como siempre, Patricio —desenfundó Gabriel para entrar en materia.

Sabía que al magnate no le gustaba perder el tiempo. Además, tenía treinta minutos o, por la estupidez de su mujer, tal vez menos.

—Ah, cabrón, ¿me vas a proponer que sea tu suplente o qué chingados? —replicó Patricio en tono burlón.

Tomando otro sorbo y guardando silencio, Patricio dio pie a que Gabriel pronunciara las palabras mágicas que sus oídos deseaban escuchar.

—Claro que no, Patricio, sé muy bien que la política te vale madre. Si pudiera tener un suplente, créeme, no serías tú. ¡Aunque andas entre nosotros, nunca serás chingón! —Soltó una carcajada, le dio de nuevo un trago a su vaso y, mirando a los ojos verdes de su interlocutor, continuó—: En lo que eres el mejor, y lo reconozco, ¡es para ganar las obras, cabrón!

Los dos propinaron una sonora carcajada. Entraban en materia.

—Bueno, Gabriel, al grano; ¿qué necesitas de mí? —inquirió sin tapujos, volviendo a la seriedad y a los negocios, muy al estilo regio.

Antes de bajar sus cartas, Patricio debía conocer con claridad el grado de necesidad de su contraparte para obtener el máximo provecho de la situación. Entre más grande fuera la necesidad, más considerable sería su ganancia; por lo mismo, Patricio los dejaba hablar, escuchaba activamente y, con información privilegiada y conocimiento sobre el tema, olfateaba los huecos y aquello que no alcanzara a dimensionar la otra parte. Así, generaba temor y un sentimiento de pérdida al exagerar la situación, valiéndose de ello para aprovecharse y cobrar caros sus favores. Por algo le apodaban *El Manotas*: porque lo acaparaba todo. Ahora, con temor de por medio, solo él, Patricio Zudaah, sería capaz de ayudarlos.

Dando un sorbo más profundo que el anterior, Gabriel desenfundó. Patricio, mientras tanto, rellenaba el vaso vacío del senador y, después de dar otro sorbo, el de él.

—Requiero tres cosas de ti, Patricio —habló con firmeza—. La primera, tú tienes una gran influencia en el Partido, por lo que solicito tu apoyo en cerrar filas para que me elijan. —Tomó el vaso que le daba Patricio y lo puso en sus labios—. Gracias. Sabes bien que, sobre todo los Sotomayoristas, se oponen a mi candidatura; además, algunos industriales que se sienten intranquilos porque no me consideran afín y ven en Eugenio Zambrano a un aliado natural. Debemos asegurarles que yo estoy del lado de ellos, incluso, que les podría ir mejor conmigo. Solo necesito que me escuchen.

El magnate tenía información privilegiada y aunque sabía que ya había sido elegido Gabriel desde el Olimpo, era verdad que Grupo Monterrey y el líder nacional del Sindicato Petrolero, Gregorio Sotomayor, podrían resultar un obstáculo. Además, Treviño había olvidado mencionar al actual Gobernador, Gustavo Madero, que, aunque políticamente debilitado, era pieza clave en el engranaje electoral de aquel estado; pero, sobre todo, se había olvidado de los neoleoneses que le confiaron su voto cuando contendió para alcalde de Monterrey, diputado federal y más recientemente senador, y... nunca les cumplió: ahora nuevamente los necesitaba.

A través de la experiencia que dan los años, Patricio había llegado a varias conclusiones, pero siempre repetía dos:

*“No hay político que haga algo gratis; por eso nunca ayudan al jodido...”.*

*“Los mejores candidatos son los que sin generar expectativas convencen a los votantes de que su contrincante es peor; solo así, tienen garantizado el triunfo... Por eso en las campañas, en vez de ofrecer propuestas, terminan por atacar al adversario”.*

Incluso pensaba que un político desprestigiado tenía posibilidades de ganar si hacía todo lo anterior y además limpiaba su imagen, dando a los principales medios de comunicación algo que les es totalmente irresistible y que a Patricio y su grupo les sobra: dinero.

—A ver, Gabriel, no mames; no solo son los industriales y el líder petrolero que controla muchas voluntades en el Congreso y al interior del Partido, es el Gobernador Madero que maneja el engranaje electoral y la gente que no se olvida... —Eso último caló a Gabriel.

—No, Patricio, estas en un error, la gente me apoya a mí, de eso no hay lugar a dudas. Cuando fui alcalde... —continuó explicando, exacerbando los ánimos de Patricio, quien decidió consumir alcohol a mayor velocidad—; además, nunca se identificarían con Zambrano, ¿qué tiene el pueblo en común con él? ¡No mames!

—La gente me vale madre, Gabriel, ¿pero los industriales?, ¿Sotomayor?, ¿Madero? ¿Qué carajos les vas a ofrecer



para que modifiquen su postura?

—Gregorio Sotomayor quiere a Zambrano porque está por aprobarse la segunda fase de la reforma energética y es un hecho que sus familiares quieren entrarle al negocio; eso le va a dejar mucha lana al cabrón de Sotomayor y a su pandilla, ¿estás de acuerdo?

—Eso ya lo sabía, ¿y luego?

—Me reuní con Arturo Garza, Carlos Fernández y Pepe Sada, entre otros. Resulta que ellos también quieren entrarle al negocio e, incluso, pueden ofrecer mejores términos. Ellos me apoyan, así que estaré en posición de obsequiarle un mejor hueso a Gregorio.

—Si realmente están de tu lado, tu argumento es sólido. ¿Qué hay de Madero?

—Zambrano no es un hombre racional, Patricio, tú lo sabes mejor que yo. Ha traicionado en innumerables ocasiones al Partido y, quién sabe, en alguno de sus arranques cuando descubra los desfalcos de Madero, tal vez su amistad podría verse comprometida. Mira, de algo estoy seguro, no le importaría meterlo a la cárcel si eso le fuera a dar popularidad. Yo, en cambio, soy diferente: me acuerdo de quienes me ayudan y siempre los protejo. Si tan solo le hicieras ver “*tus temores*” y pudieras concertarme un encuentro privado, yo me encargaría del resto.

—¡Hecho!, me parece bien, te conseguiré el encuentro con Madero. ¿Qué con los industriales?

—Les ofreceré negocio, como ya lo hice con Garza, Fernández y Sada. ¡Ya estoy en eso! Estoy analizando qué le hace falta a cada uno y me ofreceré a materializarlo... justo como estamos hablando ahora —dijo entre risas.

—Hmm... estoy de acuerdo, no estás tan perdido como pensé. —Volvió a reír—. Muy bien, te ofrezco reunirme y platicar con Guillermo Quintera, para apoyarte al interior del Partido; de ser necesario, con el Señor **Presidente** para asegurar la candidatura. También le haré llegar tu mensaje a Sotomayor, para irlo sensibilizando. A Madero lo dejaré en manos de Esteban. Los primeros dos puntos tendrán que ser resueltos para antes del jueves, pues ese día saldré de viaje rumbo a Londres. ¿Qué más, cabrón?, ¿qué más? —Patricio mostraba destellos de que el alcohol finalmente comenzaba a imponerse.

—Segundo, y no por ello menos importante... —prosiguió Gabriel, dando un sorbo final al vaso. Patricio nuevamente lo rellenó—. Gracias. Para ganar necesitamos meterle amor a la campaña. Con lo que nos asignan, tú sabes, nomás no alcanza pa’ pura chingada. —Patricio asintió—. Sé que nos has apoyado hasta ahora con poco más de medio millón, pero esto aún no comienza y falta mucho por hacer y ejercer. Es importante conocer tu grado de compromiso... —Gabriel elaboraba la pregunta mientras miraba a Patricio fijamente a los ojos: no era para menos. Patricio lo interrumpió sin dejarlo terminar.

—Apoyo total, Gabriel, ¿o a poco crees que voy a apostar al pendejo de Zambrano para que sus primos me quiten el privilegio de contribuir con el estado natal de mi madre? ¿Qué más?

—¡Bien, cabrón, bien! Tercero, es necesario sostener una reunión con Emilio Ferreira a la brevedad, ya que necesitaré en esto el apoyo de Telemaster. Lo que requiero de ti es que antes del encuentro te encargues de convencerlo de que no se mame con lo último que pidió; al menos tiene que bajarse un treinta por ciento. ¡Ahhh!, y otra cosa, no quiero al pinche Martín ahí metido; ese estúpido ¡hijo de su *scchingada* madre! —explotó inconscientemente, con la lengua levemente trabada por los efectos del alcohol, estrellando la parte inferior del vaso de cristal francés.

Con Gabriel, también el alcohol comenzaba a imponerse. Cuando él fue candidato para el Senado, Martín de Alba recabó información de la red de corrupción que había liderado como diputado federal, con la finalidad de destruirlo. Había sido un jugoso negocio para los legisladores de todos los partidos políticos el asignar partidas extraordinarias a estados y municipios a cambio de jugosas comisiones. Durante lo que duró la legislatura, Gabriel solo presentó dos iniciativas a nombre propio, sin embargo, destacó por su “*habilidad política*” para llevar “*el negocio*” a niveles nunca vistos. Amasó una gran fortuna en aquel entonces y favoreció a muchísimos políticos en ascenso y otros en desgracia, pero con potencial. Lamentablemente, ayudar a unos es perjudicar a otros, y, aunque los primeros nunca estorban, también es cierto que no se ensucian las manos cuando se les necesita; en cambio, los segundos siempre esperan implacables el tiempo perfecto para la venganza.

La noticia fue un escándalo local y nacional que estuvo a punto de costarle la elección. De no ser porque en aquel tiempo conoció al empresario Patricio Zudaah y este apostó por él, Gabriel Treviño nunca hubiera llegado al Senado. Patricio tuvo que “*negociar*” con Emilio Ferreira para que le diera cobertura al contrincante del Partido Conservador

Mexicano, con una bomba mediática sobre desvíos de fondos. Así fue cómo Gabriel demostró al electorado ser el menos malo y logró sacar adelante la elección. La segunda razón por la que odiaba a Martín era porque con la ayuda del Gobernador, Gustavo Madero, logró colarse a una cena con empresarios, poniéndolo en ridículo al ser él quien hiciera su introducción. “... *Ahora viste con los mejores trajes, pero cuando era mozo de los Garza Gutiérrez, dicen por ahí, usaba un fresco taparrabos... Con ustedes, el senador Gabriel Treviño*”.

Todos en el evento soltaron sonoras carcajadas por la ocurrencia, incluido, por supuesto, el propio Gabriel, quien tuvo que comenzar su charla burlándose de sí mismo y provocando carcajadas aún más explosivas que las anteriores, para hacer sentir que el comentario no le había afectado.

---

A unos cuarenta metros, Beatriz continuaba escuchando, con frío y hartazgo, la letanía de Stephanie. Si la meta era retenerla por treinta minutos, comenzaba a plantearse cómo convencerla para regresar al interior. Beatriz le había pedido a Dios que la ayudara, pero, “¿así?”. Miró hacia arriba como para reclamar. No sentía ningún interés por temas de jardinería, menos para escucharla decir cosas como:

*“Las piedras concentran grandes cantidades de energía y ayudan a restablecer la armonía a través de vibraciones imperceptibles...”.*

—¿*Shi* entendiste el punto de la verdadera *funcshión* de las rocas? —preguntó la señora de Zudaah, aflorando su notoria ebriedad.

—Me queda muy claro, amiga, no tenía ni idea de eso. Nos podremos...

—Pero no *esh* todo lo que *shee nechsesita*... la tierra, las *rocash* son solo el conducto entre... —continuó con una larga y profunda explicación.

---

Gabriel quedó boquiabierto de lo que Patricio había pedido a cambio de su ayuda. “¿*No sería mejor si lo contrato para demoler el estado y después reconstruirlo?*”.

—Pat, en serio... —dijo, dando lugar a que fuese un mal chiste. Por la adusta expresión en su rostro, pudo percatarse de que no se trataba de un juego—. ¡No mames!, debes tener en cuenta que no se puede gobernar construyendo cosas que no...

—¿Quieres desarrollo en el *eshgado*? No *mameshh*, eso se *tradushhe* en obra... —decía Patricio con seguridad, aunque mareado por el alcohol. Era su octavo vaso de *Whiskey*. La segunda botella se había abierto.

Su respuesta dejaba a Gabriel preocupado, disminuyendo la sensación de embriaguez. Su cuerpo lo ponía en alerta: sentía peligro. Por un lado, el magnate comenzaba a decir incoherencias; por el otro, era imposible aceptar dichas demandas. Sabía que le podría dar el megaproyecto del nuevo aeropuerto, el tren de alta velocidad Monterrey-Saltillo, la nueva línea del Metro, una que otra carretera, algunos puentes, escuelas, los hospitales..., pero lo que sí tenía muy claro era que, en su administración, no construiría obras inútiles que costaban un dineral, sobre todo, porque podría cortarle las alas a su prometedor futuro político.

Cuando Gabriel fue alcalde de Monterrey, el Gobierno Estatal del Partido Conservador Mexicano construyó un puente colgante que costó casi el triple de lo que se necesitaba. Eso sí, de esa obra salió dinero para ganar varias Alcaldías y Diputaciones locales. Sin embargo, por inverosímil que parezca, tuvieron la suerte de que el puente se convirtió en “*¡un ícono de modernidad!*”, cuyo diseño, por cierto, fue plagiado de uno en España, por donde sí pasa un río con agua.

También construyeron una presa, a sabiendas que no serviría para dotar de agua a la ciudad, pero con la finalidad de robar dinero y, de paso, ayudar a un amigo del entonces gobernador. Increíblemente cuando llegó el Huracán Alex, esa presa fue lo que salvó a la ciudad, conteniendo cientos de toneladas de agua. Por otro lado, el puente colgante fue el único de los que cruzaban el río Santa Catarina que sobrevivió sin daños, pues en esos días, este llevaba un volumen de agua que por poco lo desborda. El exgobernador llegó a ser recordado como “*el gran salvador de la ciudad*”.

Gabriel dudaba, o, mejor dicho, no quería arriesgarse a no contar con la suerte de aquellos “*pillos*” al construir

precisamente el tipo de obras que Patricio le proponía. Y es que, siendo completamente honesto consigo mismo, el ahora senador no solo anhelaba la Gubernatura. Llegando a esta, comenzaría su última y más ambiciosa fantasía: la búsqueda por la **Presidencia** de la República.

—Patricio, van el aeropuerto, el tren Monterrey-Saltillo y la nueva línea del metro —cerró, dejando algo como margen de negociación.

—¡No la *cshingues*, Gabo! —replicó Patricio molesto. Su cabeza ya estaba roja y comenzaba a ponerse agresivo—. Me *shiento decepcionado*. ¿Por qué me *quieressh* dejar las *migajash*?, no *mamessh*, esta reunión la *esshtas hacsshiendo* una pérdida de tiempo. ¡Valórame, cabrón!, o tú crees que va a ser *fácshil* que el Gobernador no te quiera *sschingar*, ¿eh?, o llegar y *decshirle* a Ferreira: ¡hey, guey, no le *cobreshh* más a *esshte cabroncshito* que ni *shiquiera* terminó de pagarte lo acordado en la campaña a *sshenedor*!; o *sshacar* de mi empresa los millones que voy a darte, y todo *essshho* ¡por *mighajasssh*! ¡No la *csshingues*, *cabrrrón*! ¿¡Valgo o no valgo para ti, Gabriel!? —Esto último lo dijo sobrepasando el umbral de lo cordial.

El senador se percató del cambio en el semblante de Patricio. Sabía que debía ponerle un alto a sus pretensiones, pero sin hacerlo explotar. En estado inconveniente, el magnate podría arrepentirse de brindarle su ayuda y echar por la borda todos los avances..., aunque..., no, nunca apoyaría a Eugenio Zambrano o sus rivales de los otros partidos políticos. Tendría que conceder más de lo que originalmente había pensado, eso sí, pero no todo lo que estaba pidiendo. Ahora venía la de él, contaba con un margen de maniobra.

—Lo que quieres no se va a *podrer*... —Ese error le hubiera costado caro al exponer una falsa seguridad, aunque, para su fortuna, Patricio no lo notó—. No se va a poder. En mi Gobierno no voy a construir obras inservibles; sin embargo, habrá dos hospitales públicos, carreteras, chingos de puentes, cabrón —replicó Gabriel fijando un límite, retomando un tono de voz cordial y propositivo.

Patricio era una persona que imponía autoridad y hasta a un senador de la República lo hacía resbalar cuando se trataba de cuidar sus intereses. Patricio guardó silencio como ponderando su respuesta. Se echó a reír.

—Gabriel, *ereshh* muy cabrón, ¿te lo habían *dicsho*?, y lo que *eshhh* peor, *shé* que me *estassh schingando*, pero ¡me *caessh* poca madre!, en verdad ¡¡¡que poca madre!!! —dijo subiendo el volumen de su voz. Patricio guardó un largo silencio. Gabriel aguardaba nervioso, debido al doble sentido en sus palabras—. Voy a darle para delante y cuando digo que *esshh* con todo, ¡*esshh* con todo, cabrón! Me agrada que me *desshh* también los dos *hospitalesh*, las *carreterash* y los *puentesh*... —Lo abrazó de costado, reteniéndolo con su brazo izquierdo y mirándolo fijamente a los ojos—. Nomás no quiero *mamadashs*. *Tienessh* que controlar a tu *congressho*, ¿*esshtamos*? —manifestó enfáticamente, señalándolo con su dedo índice, casi hundiéndole la nariz, mientras apretaba su cuello con la maniobra. Los nervios terminaron por purgar los reducidos niveles de alcohol que aún guardaba el cuerpo del senador.

—Totalmente de acuerdo, no te fallaré, como hasta hoy no lo he hecho —externó Gabriel, zafándose de la llave aplicada. Después le ofreció su mano para cerrar el acuerdo, sintiendo una enorme y poderosa que apretaba la de él con tal fuerza demoledora que pudo haberle quebrado los huesos. Debía aguantar y hacer como que no pasaba nada, recordando que lo importante ya se había concretado. Su mujer, por cierto, había hecho un magnífico trabajo, a pesar de la pésima ocurrencia.

Patricio había ganado la partida. “Y lo que falta por sacarle a este cabrón; en la campaña necesitará nuevos favores, ¡me va a deber Nuevo León!”, pensó satisfecho, aunque sin externar su complacencia.

Además, ya se había adelantado y conseguido las tres cosas que solicitaba el senador. Incluso, Emilio Ferreira se desharía de Martín, que en su momento podría vender como logro propio, a cambio de un nuevo favor. También, sabía que la construcción de hospitales era algo muy estratégico, pues nadie cuestiona los incrementos en los costos, argumentando especificaciones “de grado hospitalario” o, su favorita, “con la salud no se juega”. Aun sin esto, con el puro proyecto aeroportuario hubiera obtenido un retorno de inversión formidable.

—¡*Sshaalud*, *qherido Gabrhiel*! —Golpeó su vaso con el de su amigo.

—¡Salud, mi querido amigo! —dijo el futuro gobernador.

---

Beatriz y Stephanie se encontraban en cuclillas sobre un tapetito, con unos zapatos de plástico especiales. Portaban guantes amarillos y equipo para extraer tierra del jardín, para que la esposa del futuro gobernador de Nuevo León

lograra apreciar la importancia que guardaban las lombrices en la fertilidad del suelo. Al escuchar a lo lejos a su marido, Beatriz se levantó de inmediato y lo miró con ojos inquisidores, que lo atravesaban. Se percató del estado en el que venían, sobre todo Patricio. Por descuido, mezclado con coraje, apretó con fuerza sus puños, sin ser consciente de que uno de ellos estaba repleto de tierra, por lo que derramó su contenido sobre su nuevo conjunto.

—*Beehgty* —dijo Patricio sin contener la risa, con una pésima dicción y con su pelo aún más a la *despreocupé* que antes—, *ssshe* te *cashyó* un *gusshano* a tu *panthalshoon*.

Gabriel y Patricio, abrazados, no dejaban de reír como niños traviesos. En ese instante, Beatriz supo que en unos días se irían de la capital del país rumbo a Nuevo León. Una oleada de nostalgia la invadió.

Stephanie, que se había terminado la botella de vino sola, se incorporó para tomar la pequeña lombriz del pantalón de “*la bruja*” y devolverla a la madre tierra.

—*Hicshhe* un *graaan* trabajo, *amorrh*, *dejharndoloshh solosshh*, *¿verghhdaad?* —preguntó Stephanie a Patricio, perdiendo la compostura y el refinamiento.

Betty se echó a reír, pero de sí misma.

# 5 IMPOTENCIA

*Miércoles 27 de enero de 2016*

*Hotel Four Seasons; Ciudad de México*

Con ayuda de dos compañeros, Julián abrió las mamparas para unir los dos privados del restaurante Zanaya, en el Hotel *Four Seasons* de Ciudad de México. Dentro de aproximadamente una hora atenderían a importantes personalidades, de las cuales, por protocolos de seguridad, aún desconocían sus identidades. Se habían ganado el privilegio de recibir una magnífica propina debido a su excelente profesionalismo y, sobre todo, su probada discreción. El área lucía impecable; la mesa para doce estaba lista para recibir a los comensales.

El pescado zarandeado a la leña es una de las especialidades del lugar, siendo casi todos los insumos traídos diariamente de las costas nayaritas, garantizando así, la frescura y autenticidad en los sabores. Adicional a las entradas, el chef Tonatiuh Cuevas\*, oriundo de aquellas tierras, les tenía reservado un robalo y un pargo enormes que serían cortados en mariposa para ser sazonados, por un costado, al chile guajiro; por el otro, a la cerveza-limón. Asimismo, agregaría doce tacos zarandeados de frijol azufrado, un extra que muchos comensales desprecian, pero los concedores del lugar exigen.

\*A partir de 2019, tomó el timón del restaurante Zanaya el afamado chef Emiliano Rabía Sottitl.

Las candidaturas a diputados federales y presidentes municipales estaban palomeadas con antelación. Las de los gobernadores habían sido casi en su totalidad ya pactadas; sin embargo, durante la reunión, se resolverían las pendientes, que, por cuestión de tiempos, necesitaban una definición urgente. En el transcurso de la reunión, entre gritos y sombreros, se logró consenso para los pujantes estados de Aguascalientes y San Luis Potosí, pero, para Nuevo León, ninguna de las partes cedía. Existían importantes intereses de por medio.

—Señores, no salgan con chingaderas, en los sondeos de percepción solo el veinticuatro por ciento de los encuestados tiene una opinión favorable sobre Gabriel Treviño. No podemos jugárnosla y perderla —exponía

iracundo don Gregorio Sotomayor, líder del Sindicato Nacional Petrolero y diputado federal, portando un impecable traje *Brioni* (\$9,000 USD) y un reloj *Jaeger LeCoultre* (\$102,000 USD).

—¡No, Gregorio, ni madres! Gabriel es una persona leal, no se va a salir del huacal como nos pasó con Eugenio, ¿acaso no lo recuerdas? —advirtió con ojos inquisidores la secretaria general del Partido, Dulce María Mazó.

Se hizo nuevamente un incómodo silencio. No llegaban a nada.

—¿Qué opinas de todo esto, Patricio?, has estado muy calladito. ¿Te pegó la noticia de OHI? —preguntó don Guillermo, con la doble intención de liberar tensión y que “*imparcialmente*” exteriorizara su punto de vista. Por primera vez en treinta minutos se escucharon risas: el comentario cumplió parte del cometido.

Esa noche, Patricio Zudaah era otra persona. Unas horas antes, dentro de una de las *suites* del hotel, había estado en compañía de una hermosa *escort*, de veintitrés años, a quien tenía un inmenso deseo por hacer suya. Lo ocurrido en su mente fue diametralmente distinto a lo ocurrido en realidad, pues teniéndola a su entera disposición, nunca logró penetrarla; su miembro simplemente se negó a obedecerlo, creando, en *El Manotas*, un sentimiento brutal de frustración. Ya le había ocurrido en un par de ocasiones, aunque, si hacía un esfuerzo por recordar, podría percatarse que habían sido varios pares de veces.

—¿Patricio? —preguntó Dulce María, aún encabritada.

—Dulce, señores, una disculpa, tengo un par de problemas... Respondiendo a tu pregunta, ¡no!, Guillermo, lo de OHI en realidad me hizo el día. —Volvieron a escucharse risas. A Dulce no le hizo gracia el comentario; quería el apoyo de Patricio—. Regresando al tema, los apoyaré con el candidato que elijan —dijo, sorprendiendo a los presentes por su imparcialidad; sin embargo, sintió el peso en la mirada del presidente de Partido; sabía que tenía que hacerlo—, aunque esta vez coincido con Dulce. Siempre es más sencillo mejorar la percepción de un político, que tener a uno siguiendo sus corazonadas, sin la más mínima disciplina, provocando un desmadre. Los conozco a ambos y, Eugenio, seamos honestos, carece de disciplina. Aclaro, ha hecho un gran trabajo en las dos ocasiones que ha sido diputado federal; no me malinterpreten, pero, en esta ocasión, me resulta evidente que la mejor opción es Gabriel Treviño: un político experimentado, leal, disciplinado y constante en sus estados de ánimo. —Se volvieron a escuchar risotadas. Era verdad, Eugenio podía proponer algo, si amanecía de buenas, y al día siguiente proponer lo contrario, si amanecía de malas.

A pesar de coincidir en el punto, la desaprobación de don Gregorio y los diputados Cerviño y Domínguez se hicieron presentes. Patricio continuó:

—Señores, esta es mi postura, pero la decisión la toman ustedes, yo soy un simple empresario y saben que me cuadraré con quien elijan.

—Te concedo la razón en cuanto a tu argumento, Patricio, pero veamos la realidad; la realidad tal cual es, no la que nos gustaría que fuera. En esto debemos tener un enfoque pragmático, objetivo. Gabriel no ha hecho ni madres, y la gente, cosa rara, lo sabe —replicó el diputado Miguel Cerviño, quien formara parte de la red de corrupción de Treviño y, al no recibir lo prometido, rompió con el político, poniéndose a la orden de los Sotomayoristas—. Eugenio, por el contrario, cuenta con una aceptación de más del doble que Treviño, y no olvidemos que tiene la bendición de Grupo Monterrey.

—Solo recuerda que van dos veces que Eugenio se va por la libre y nadie quiere tener a un Gobernador de un estado tan importante que haga lo que se le pegue la puta gana —externó irascible el presidente del Partido—; además..., el Señor **Presidente** me ha pedido que no solo pensemos en el 2016, sino en 2017, 2018, 2019 y... 2020.

Todos se miraron con los ojos abiertos sin parpadear. Mencionar al señor **Presidente**, ponía aún más tensión sobre la mesa: era el último recurso. En eso, el líder petrolero recuperó la memoria y recordó las dos ocasiones en que Eugenio Zambrano había echado abajo iniciativas de Ley que el Partido quería que se aprobasen. Una, era para otorgarse mayores recursos presupuestarios y, la otra, para beneficio de Telemaster, solicitada por su presidente, Emilio Ferreira, en una actividad virgen en aquel entonces en el país: los casinos.

—A ver —dijo Patricio, dando un pequeño manotazo a la mesa para atraer la atención—; es cierto lo que dice Memo, yo terminé negociando con Ferreira en aquella ocasión, pero mientras tanto perdimos el apoyo de Telemaster

por seis meses, ¿lo recuerdan? El resultado fue que se perdió una Gubernatura y varias Alcaldías; digo, no podemos asegurar que haya sido solamente por ese motivo, pero coincidió. Señores, esto no puede pasar ahora ni en los próximos años; menos en 2020, como cree el Señor **Presidente**; Nuevo León, ustedes lo saben, es un estado clave para asegurar la victoria. Vamos tarde, así que es momento para decidir con la cabeza fría y pensar en lo más importante —hizo una pausa. El mesero Julián completó la frase mentalmente: “*el pueblo, la gente*”—: ¡el Partido, señores!

—Y, ¿qué hay de la elección? Si lo seleccionamos a él, no hay garantía de que ganará la Gubernatura; en este caso, pondríamos en verdadero riesgo el futuro —aseveró el diputado Alfonso Domínguez, en un último intento por contener la marea.

—Coincido con Alfonso, Zambrano es más cercano a la gente y lo apoyan los empresarios, es una persona con muy buena percepción y sería un candidato que no tendría dificultades para conseguir el triunfo. —Hizo una pausa el líder Sindical, calculando el efecto de sus siguientes palabras—: Sin embargo, coincido con Guillermo y Patricio en que podría resultar peligroso, sobre todo... —continuó exponiendo. Ya no tenían importancia el resto de sus palabras: había cedido.

Ni don Guillermo ni su grupo apoyaban al diputado Eugenio Zambrano; no porque fuese malo; de hecho, era el mejor como candidato y posiblemente como gobernante. No obstante, no se le veía con buenos ojos porque actuaba con base en sus convicciones personales y no en las del Partido, teniendo que ser castigado por ello.

“*Sentaría un pésimo precedente para los demás...*”, había expresado el señor **Presidente**.

Necesitaban alguien a quien pudieran controlar y Gabriel, en ese terreno, era el indicado. Para el Olimpo, la decisión estaba tomada con antelación; solo necesitaban terminar por “*convencer*” a don Gregorio, quien decidía sobre Alfonso y su considerable grupo de “*duros*”. El hecho de que mencionara “*que podría resultar peligroso*”, era la señal de que había entendido el mensaje y estaría en buena disposición para cuadrarse. En política, no existen palabras sin significado, ni siquiera los silencios.

Por Cerviño no se preocupaban: el viejo se había enriquecido a costa del presupuesto y besaría el mismísimo trasero de Satanás, siempre y cuando siguiera manteniendo su holgado nivel de vida. El actual Gobernador, Gustavo Madero, sería el más fácil de alinear, ya que era lo suficientemente inteligente como para entender que, después de su controvertida administración, por usar un término educado, sería un político en desgracia y con el riesgo de pisar la cárcel: o se alineaba y salvaba la dignidad, o serviría de escarmiento para lanzar un poderosísimo mensaje a la ciudadanía de que el **Presidente** de México iba en serio contra el combate a la corrupción, a cualquier nivel y del partido que fuere.

—Vamos a hacer una cosa, señores. Dejemos que las bases decidan sobre a quién desean como su candidato, mediante un proceso de elección democrática interna, iniciando la campaña meses antes que nuestros contrincantes, para que, de esta forma, la sociedad conozca a nuestros abanderados y demos tiempo a que mejore su percepción. ¡Así, estoy seguro, se seleccionará al mejor y más preparado aspirante, mediante una auténtica fiesta democrática! —resolvió con satisfacción el líder de Partido, hablando y gesticulando al estilo José López Portillo; solo faltó escucharse de fondo la Marcha de Zacatecas.

Patricio, que daba un sorbo a su *Whiskey*, sintió cómo este se le fue chueco por la garganta, provocándole una intensa tos. “*Auténtica fiesta democrática, ¿de dónde se sacó esa mamada?*”, pensó. Aunque logró contener el impulso de lanzar una carcajada por la inesperada ocurrencia de su amigo, sintió, por segunda ocasión en el día, impotencia al no poder hacer lo que quería.

Los presentes apoyaron la propuesta del presidente de Partido, Guillermo Quintera, al dilucidar que el punto estaba cerrado; incluso, comenzaron a discutir sobre la posibilidad de replicar este modelo, que tenía sus ventajas, en otros estados. Los ánimos habían estado muy calientes, y todos deseaban concluir amistosamente el encuentro. Ahora, por un lado, se encontraba el bando a favor de Gabriel Treviño, calculando que ese tiempo sería fundamental para mejorar su percepción, además de ser conscientes de que serían ellos quienes manejarían a las bases a su antojo; por el otro, estaban los que vislumbraban en su mente su “*ganancia política*”, tras cuadrarse y apoyar al

nuevo candidato a la Gubernatura de Nuevo León: Gabriel Treviño. Así, todos los presentes, excepto Julián y el resto de los meseros, conocían con antelación el resultado de la *“auténtica fiesta democrática”*.

Patricio se retiró justo en el momento en que comenzaba la plática social; lo importante ya había concluido. Todo sería cuestión de que se palomearan las peticiones que harían los Sotomayoristas. Al día siguiente, alrededor de las 7:00 de la tarde, Patricio se trasladaría junto con su mujer e hijos, excepto el menor, Mau, al aeropuerto de Toluca para dirigirse rumbo a Londres, a bordo de un lujoso *Gulfstream G550*, propiedad de Zudaah Aviación, una de sus empresas dedicadas a la renta de aeronaves. Ahí pasarían unos días con Pato, su hijo mayor, quien había finalizado un doctorado en Economía y recibiría el grado de la prestigiada Universidad de Oxford.

Todo listo, ¡felicidades!, ya eres, ve con Memo detalles. Márcale a Esteban para lo de Madero.

Envió el *WhatsApp* a Gabriel Treviño y apagó el celular: no deseaba ser molestado. Sobre la avenida Paseo de la Reforma, a través del cristal blindado de su camioneta, Patricio pudo observar a un grupo de albañiles que trabajaban en lo que sería un magnífico hotel. Nuevamente su mente le llevó a pensar en su abuelo y posteriormente su padre. *“Si papá no hubiera sido lo que fue, ¿sería hoy lo que soy?... No lo sé, lo que sí sé es que él fijo la altura. Se hizo rico, yo soy súper rico; pero si hubiese sido pobre, no creo que... entonces sí dependió de él”*, concluía esa noche en un tema que se cuestionaba una y otra vez sin obtener siempre la misma respuesta. Sin embargo, de algo sí tenía certeza: era quién quería ser, con excepción, desde luego, de lo ocurrido hacía un momento con la *escort*.

De niño, Patricio resultó ser un verdadero dolor de cabeza para su padre, recibiendo, a manera de reprimenda, cientos de gritos, nalgadas y cinturonzos. Eso, sin embargo, no mermó su férreo carácter; por el contrario, llegó al grado de que retaba a su padre a que le pegara con más fuerza. Gracias a la recomendación de un amigo industrial, don Zaheb Zudaah decidió enviarlo a estudiar *“High School”* a la academia militar estadounidense *The Citadel*. En un principio, Patricio odió la institución, mas con el tiempo fue disciplinándose, permaneciendo ahí más de lo que imaginó, hasta graduarse con excelencia como Ingeniero Civil. Añoraba aquellos felices años en el *campus*. Ahí mismo, pero en la facultad de Ciencias Políticas, conoció a Emilio Ferreira, quien había ingresado por la misma razón que él; ambos formaron una entrañable amistad, que más adelante se convertiría en una intrincada red de complicidades.

Al igual que su abuelo, su padre Zaheb también había realizado ciertos sacrificios: el gozar tiempo con su familia, por trabajo duro; el no ser un padre amoroso, por darles un ejemplo de autoridad, y hasta el deseo de abrazar a sus hijos varones, por *“hacerlos hombrecitos”*. A su manera, Zaheb fue un magnífico padre, que siempre vio y peleó con fiereza por su familia. Sin embargo, Patricio por mucho tiempo se sintió rechazado, sin amor; pensaba que su padre nunca había superado la muerte de su hermano mayor y, en parte, tal vez por ello, había sido tan severo con él. Fue tarde cuando logró percatarse de su falta de juicio, en parte, gracias a la convivencia del día a día en el negocio, pero, sobre todo, con el nacimiento de su hijo Pato, tras adoptar Patricio el rol de padre, con la responsabilidad que en su caso conlleva: la formación del heredero.

Las cosas fueron cambiando entre ellos y el feliz abuelo pudo sin máscaras disfrutar a sus nietos y, también, por qué no decirlo, a su hijo. Pudo recuperar los años perdidos con Patricio. Lamentablemente no hay plazo que no se cumpla, ni fecha que no llegue y, aunque fue antes de lo esperado, Zaheb falleció en 1991. Patricio accedió a la cabeza de Grupo Zudaah a los treinta y un años de edad; el resto de sus hermanos se incorporaron al consejo de administración, aunque, en realidad, ellos solo mostraban interés por el reparto de dividendos, dejando el control absoluto en manos de Patricio. Su madre, posteriormente, se encargaría de narrar la difícil historia de su padre y así justificar el porqué había sido tan duro con él y en menor grado con el resto de sus hermanos. *“Patricio, ¡eras el heredero!, ¿cómo querías que te tratara igual!?”*, exponía su madre.

Esas charlas le ayudarían a entender mejor su contexto y el grado de presión que sentía su padre, al ser consciente

del tamaño de encargo que dejaría en sus hombros. Ello le daría a Patricio una panorámica distinta sobre su rol como padre, repitiendo el patrón con Pato. Recordaba las palabras de Zaheb en boca de su madre: *“No importan mis deseos; uno hace lo que debe por su familia. Solo así les demuestro mi amor”*.

Y vaya que lo hizo. Con el tiempo, Patricio cayó en cuenta de que, de no haber sido por su dureza y disciplina, a sus treinta y un años no hubiera tenido la entereza para sobreponerse a tantos problemas y conducir a magnifico puerto el destino de Grupo Zudaah. En este sentido, también reconocía que mucho estaría en deuda con don Esteban Elizondo, quien fue y sigue siendo su brazo derecho.

Veinticinco años más tarde, en esa noche fría, lo que más deseaba Patricio era poderle dar un abrazo a su viejo, a quien amó y entendió a destiempo. Por tercera vez, sintió impotencia. A su mente arribaron una serie de recuerdos como en cascada: cuando Zaheb le pegó con el cinto, porque había noqueado a su hermano menor, Germán...; cuando gritaban tras discutir...; su llegada a *The Citadel*...; el día de su boda y de cómo Zaheb nunca dejó de sonreír...; cuando trabajaron juntos...; la llegada de Pato a su vida, y cómo no pudo el viejo contener el llanto al cargar y abrazar a su nieto, *“el futuro rey”*.

*“Me amaba tanto, y yo...”*, cerró los ojos con pesar en el alma. Después recordó sus últimas palabras: *“Mmmeee voooyyy trrrranquillo, sé queeee lo poodrrás haceeer... Siemmpreeee teeee amé, Pat; suuupérameeee, hi hiiii, hiiiijjjjooooo haaaaasssttta proooooonnnn...”*, y cayó su mano. Palabras de amor articuladas con un extenuante esfuerzo, producto del cáncer, por un esquelético hombre al que poco o nada reconocía.

*“¿iPor qué no lo abracé!? ¡Qué pendejo...! Si tan solo...”*, regresaban los reproches. Eso era algo que desearía poder cambiar con todo su ser. En su mente, cientos de veces lo había abrazado en aquel momento; sin embargo, cuando debió hacerlo, dejó pasar la oportunidad, su última oportunidad. Por el resto de su existencia, jamás se lo perdonaría. Jamás.

*“Uno nunca está preparado para aceptar lo inevitable, aun cuando es tan evidente...”*, había enunciado estas palabras el día del funeral de su padre, con un gran esfuerzo para no irrumpir en llanto.

Ahora, rumbo a su residencia, en el asiento posterior de su lujoso vehículo, sin poderlo reprimir, aunque lo intentó, una lágrima escapó por su ojo derecho. Por fortuna, logró contener aquel mar que se había formado y seguía creciendo, evitando hacer el ridículo frente a su chofer y el responsable de su seguridad. Patricio Zudaah tenía que ser un hombre fuerte, implacable, triunfador, *“¡solo eso!”*; mas si observaba con detenimiento hacia su interior, encontraría una persona sensible, que llevaba cargando solo y sin ayuda de nadie una profunda y añeja tristeza, así como una agobiante culpa.

# 6 LA SEMILLA

*Jueves 28 de enero de 2016*

*Oficinas Grupo Klüger; Ciudad de México*

*“No tengas miedo de renunciar a lo bueno para ir por lo grande”. John D. Rockefeller.*



Humberto Ortiz Ramírez se encontraba listo para exponer los puntos y recibir la aprobación a su plan por parte de don Salomón Klüger y la señora Rebeca de Klüger, sus jefes. Necesitaba mostrarles, con urgencia, un esquema que había ideado para mejorar la liquidez, rotación y en general los pedidos, ya que, aunque el grupo gozaba de buenas ventas, estos indicadores clave de la industria del *retail* le inquietaban.

Grupo Klüger fue constituido en 1987, justo cuando se asomaba el fenómeno de la globalización en México. Cuenta con dos divisiones de negocio: la primera, con cinco boutiques de ropa y accesorios de súper lujo con la marca comercial *Klüger*; la segunda, con dieciséis sucursales de ropa y accesorios de moda de alta calidad, enfocada al segmento juvenil con la marca comercial *K. Junior*, con precios “más razonables”.

El valor agregado de la primera división sobre su competencia, las grandes departamentales *High Society* y *Saks 5th Avenue*, es que sus dueños conocen bien lo que viste la alta sociedad mexicana, por lo que compran, casi siempre, prendas de buen gusto y adecuadas al estilo de vida de su clientela. Incluso, con ciertos compradores, llegan al grado de mostrarles las colecciones por adelantado. Otra de sus fortalezas es el nivel de servicio personalizado ofrecido y que cada boutique cuenta con un sastre profesional y certificado.

*K. Junior*, por su parte, cuenta con siete años en el mercado y ha logrado un buen posicionamiento de marca, así como una sólida penetración. Algo que la hace atractiva para sus propietarios es que el costo de sus prendas se multiplica por un factor de 2.7 versus 2.2, y el flujo de clientes es considerablemente mayor respecto a *Klüger*, abarcando desde el segmento medio hasta el alto, haciendo el primer grupo un esfuerzo por adquirir las prendas aspiracionales, con la facilidad que otorgan los meses sin intereses.

El gerente comercial llevaba quince minutos escuchando a la señora Rebeca de Klüger mantener una conversación telefónica con su nueva amiga, Beatriz de Treviño. Humberto, de treinta y cinco años de edad, llevaba laborando para los señores siete años. Se casó de veintinueve y es padre de dos hermosas pequeñitas. Su rutina comienza cuando sale de su casa a las 7:00 de la mañana, para dejar a su hija mayor en el *kínder* y a la menor en la guardería. Después, le adelanta al trabajo administrativo desde alguna cafetería para, a las 9:30 o 10:30 de la mañana, dependiendo del horario de apertura de la sucursal a visitar, llegar a revisar que todo esté en orden. Platica con el gerente y equipo sobre situaciones presentadas a lo largo de los días anteriores. Posteriormente, visita otras tres o cuatro sucursales, dependiendo del tráfico, para arribar alrededor de las 3:00 de la tarde a su oficina, comer lo más rápido posible y continuar viendo pendientes.

Percibe un ingreso mensual de cuarenta y dos mil pesos, de los cuales, después de impuestos, le queda exactamente la misma cantidad: está totalmente “*por fuera*”. Mes a mes se presenta lo mismo: ocho mil novecientos pesos de renta; siete mil doscientos del pago de la mensualidad de dos coches; cuatro mil quinientos, en promedio, de gasolina y mantenimientos; cuatro mil quinientos de servicios y celulares; siete mil trescientos de guardería y *kínder*, así como seis mil de mandado y otros gastos. Para los sueldos del país, el de Humberto es envidiable; sin embargo, bajo estándares internacionales, resulta uno medio-medio o medio-bajo, sin olvidar que no cuenta con seguridad social. De no ser porque su esposa, como maestra de preescolar, percibe seis mil doscientos pesos mensuales después de impuestos, los imprevistos en su hogar quedarían prohibidos.

Finalmente, Rebeca colgó; tenía una gran sonrisa en el rostro porque su amiga la había invitado a una cena “*hiper exclusiva*”, para anunciar, de manera confidencial, que su esposo, el senador Gabriel Treviño, se dedicaría de lleno a buscar la candidatura del PCR para la Gubernatura del estado de Nuevo León. Humberto, que odiaba a los políticos, pero sobre todo al senador Treviño, tras escuchar la noticia solo pudo pensar en lo mucho que saquearía a ese pujante estado. Comenzó a exponer su plan para disminuir la cartera morosa del Grupo. Salomón le miraba fijamente, analizando sus ideas. Rebeca también lo hacía, aunque su mente analizaba lo que vestiría para la reunión.

La señora de Klüger proviene de una familia de cierta posición; su padre consiguió abrirse camino con base en el esfuerzo. Aunque llegó a percibir un muy buen ingreso como director general de una empresa mediana, nunca logró generar riqueza, ya que siempre mantuvo un nivel de vida muy por encima de sus posibilidades, donde poco o nada dedicó al ahorro, mucho menos a la inversión. Gracias a que Rebeca tuvo contacto con los círculos acomodados de

la sociedad, ella aprendió desde joven a diferenciar entre las personas con altos ingresos y aquellas con riqueza. Siempre procuró a las del segundo grupo, siendo así que conoció a Salomón Klüger, hijo de un prominente empresario de la comunidad judía, quien terminó picando el anzuelo. La ambición de Rebeca no conocía límites: sabía que había subido un peldaño, pero quería a su hijo en la cima; desde pequeño lo inscribió en “*las mejores escuelas*” para que se hiciera “*amiguito*” de los futuros dueños y amos del país.

—Humberto, no me gusta que clientes de tantos años nos tengan que pagar al instante; normalmente no andan cargando con la cartera —comentó Salomón.

—Entiendo, pero tenemos un ocho por ciento en cartera de mora, y una parte podría considerarse vencida; además, esta tendencia va en aumento —externó en tono serio, esperando una reacción que nunca llegaría—; ¡un ocho por ciento!, cada vez se apalancan más nuestros clientes, lo cual nos impacta en ¡casi un millón de flujo mensual! —concluyó Humberto, habiendo hecho antes los cálculos.

—No, no y no, Humberto. ¡Cobrarles es tú responsabilidad! —reviró la señora molesta al haber escuchado lo esencial—. O sea, en absoluto estoy de acuerdo en que, porque no haces bien tu trabajo, quieras quitarles a nuestros clientes el crédito. Así, ¡qué fácil!; mejor, búscale una forma...

—No, a ver, Rebeca, no todo depende de Humberto. Si lo piensas objetivamente, nuestra competencia no da crédito. Un millón adicional en flujo al mes no nos vendría nada mal —replicó el señor Klüger.

Humberto respiró aliviado.

—¿Y si luego no compran y se van con nuestra competencia?, o sea, ¿sí captas? No me gusta, amor, nuestra clientela es muy selecta y no anda cargando efectivo; además, necesitamos consentirlos, apapacharlos, es una de nuestras ventajas competitivas, ¡y cobrarles...!; digo, si no tuvieran dinero sería una buena medida, ¡pero eso es algo que les sobra! —concluyó Rebeca, confirmando que el empleado no hacía su trabajo.

Humberto continuó presentando sus propuestas para reducir el nivel de inventario de temporadas pasadas y mejorar la rotación de los artículos en general. Después mostró estadísticas de lo que más consumían sus clientes, para que se tomaran en cuenta para futuros pedidos; sin embargo, Rebeca decidió no escucharlo. “*Él ni se encarga de las compras, jeso lo hacemos mi marido y yo!*”, pensó.

Mientras tanto, Salomón lo interrumpió en varias ocasiones, no para cuestionarlo o debatir los puntos, sino porque esa noche tendría una reunión con sus amigos del Club de Toby, y se escribían en el grupo de *WhatsApp*.

Por mi están bien los cortes añejados

Humberto creció en Monterrey, Nuevo León, en el seno de una familia de clase media-media. Cuando entró a secundaria, se movieron a Ciudad de México y desde entonces ha radicado ahí. Con mucho esfuerzo, su padre pudo costearle la carrera en el Tecnológico de Monterrey, campus Ciudad de México. Al graduarse, el *Tec* le otorgó una beca del ochenta por ciento para que realizara una maestría en Finanzas. Meses antes de su conclusión, aceptó, con gran entusiasmo, una oportunidad laboral en una importante consultora internacional: *Bercham & Figihns*. Ahí fue asignado a varias transnacionales donde obtuvo una gran experiencia. Sin embargo, fue hasta que trató con Salomón Klüger, y se adentró en la industria del *retail* de lujo, que encontró su pasión, o al menos eso creía. En aquel entonces, Salomón acababa de tomar la rienda del negocio que en vida le heredara su padre y decidió contratar a esa importante consultora británica; de ahí fue donde surgió la idea de *K. Junior*.

Por el buen trabajo realizado, Salomón invitó a trabajar a Humberto, quien aceptó al instante, principalmente porque en *Bercham & Figihns* consideraba que no tenía vida: llegaba a las 8:00 de la mañana y salía de madrugada, trabajando en ocasiones hasta en domingos. Así permaneció durante cuatro años, llevando sus ingresos de los doce mil pesos brutos mensuales a los diecinueve mil, con cinco consultores a su cargo. Una de estas personas era hermana de Sara Morales, quien más tarde se convertiría en su mujer. Además, le había impactado muchísimo la noticia de que el director general de la firma hubiera sufrido un ataque fulminante al corazón. No deseaba ese destino para él,

aunque le fuera muy bien económicamente. En 2009 ingresó a *K. Junior*, con un sueldo de veintiún mil pesos “libres” mensuales y un día y medio de descanso a la semana, con horarios decentes. Naturalmente, esto le permitiría gozar de una mejor calidad de vida con su futura mujer.

En el preámbulo de su boda, debido a los buenos resultados obtenidos, Salomón le ofreció la gerencia de la tienda matriz de Klüger, en Avenida Mazaryk, dando un brinco a los veinticinco mil pesos mensuales. Tan solo un año después, le ascendería a supervisor de Tiendas, llegando a los treinta mil, para, a finales del 2015, robustecer la posición con el puesto actual.

Como en no pocas ocasiones, Humberto salió decepcionado de la oficina de sus jefes, pensando que se preocupaba más que ellos por su negocio; además, los consideraba cuadrados y sin ganas de hacerlo crecer. Ponían presupuestos muy ambiciosos, eso sí, pero cuando se les hacían las propuestas para alcanzar los números difícilmente autorizaban nuevas ideas y ni siquiera eran tema de discusión si implicaban un desembolso monetario. Así, cuando los resultados no eran los esperados, Humberto resultaba ser el culpable y recipiente de su frustración al “no presentar soluciones creativas”.

*“Fácilmente a Don Salomón le queda íntegro, en los meses malos, un millón de pesos al mes. ¿Qué motivación tendría para hacer cambios? En cambio, yo..., pues de eso depende que siga sobreviviendo mes a mes”,* reflexionó mientras se aproximaba a su pequeña oficina. En eso paró en seco su monólogo interior y analizó sus pensamientos. *“¿Qué mediocridad, no puedo seguir así. Quiero vivir y vivir bien. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí?”*.

Humberto no ambicionaba grandes riquezas, solo deseaba vivir bien. Soñaba con tener una casa bonita de tres cuartos y un amplio jardín donde sus hijas pudieran jugar; un automóvil Honda Accord, para él, y una Odyssey, para Sara; poder salir de vacaciones dos veces al año; proporcionarles a sus niñas una muy buena educación, y costearse ciertos gustitos de vez en cuando. *“Muchísima gente vive así y hasta tienen de más, ¿por qué yo no? ¿Es esto mucho pedir?, ¿un crimen pensarlo?”*, reflexionaba, asumiendo que no pretendía algo imposible o a lo que no tuviera derecho.

Alguien como su subalterna, Guadalupe López, quien era Asesora del Vestir, como les llamaban a los vendedores, percibe al mes entre siete mil y doce mil pesos, dependiendo de su nivel de ventas. Muchos en el país, poco más del sesenta por ciento, cuentan con un ingreso similar a ese o incluso inferior, que les permite vivir al día o, peor aún, solo les alcanza para pagar lo que deben. Al menos a Humberto le había tocado ser de los que viven al día con un estilo de vida relativamente bueno, si se compara con el ochenta y cinco por ciento de la población por debajo de él.

Por otro lado, existen casos como el de su jefe, quien percibe entre veinticinco y cincuenta veces lo que él, según sus estimaciones. Concluyó que quienes logran ubicarse en la punta de la pirámide son dueños de negocios, directores generales de grandes empresas o políticos, claro, estos últimos a través de la corrupción, por supuesto. ¿Pero cuál negocio podría poner, si no salía con sus gastos ni le quedaba tiempo para pensar y planear? La otra alternativa sería pedir un préstamo bancario, pero, sin comprobantes de ingresos ni garantías, sería complicada su autorización; aún si llegasen a otorgárselo, como ocurrió con sus dos autos, el costo del crédito no vendría barato: sería de, al menos, el treinta y cinco por ciento de interés más impuestos. Siendo realista, tendría que seguir trabajando arduamente en alguna empresa para aspirar a un mejor nivel de vida, y tal vez cumplir algunos de sus sueños.

De quedarse en Klüger, ponderaba tres escenarios: uno, podría esperar los incrementos inflacionarios, mas era cien por ciento seguro que el costo real de la vida subiría estrepitosamente, lo cual, gradualmente, le llevaría a tener un poder adquisitivo equivalente a cuando percibía doce mil pesos mensuales en 2005, en su primer empleo; dos, que sus jefes le cedieran el control de la empresa y pudiese incrementar su sueldo en función a los beneficios aportados. Este, sin duda resultaría un escenario interesante, pero también era cien por ciento seguro que ni don Salomón ni la señora Rebeca lo autorizarían; tres, que lo terminaran despidiendo para que el hijo único de los señores, Memín, tomara su puesto y fuera empapándose del negocio.

Humberto era consciente de dónde estaba parado y tenía claro que debía hacer un cambio; sin embargo, no alcanzaba a vislumbrar el cómo. La única forma para averiguarlo era dando el primer paso hacia la dirección correcta. ¿Pero cuál sería esta, en primer lugar? Además, algo lo detenía: la posibilidad de estar peor, aún peor que en su

situación actual. Sentía temor, naturalmente, porque de él dependían sus tres amores; aunque, muy en el fondo de su ser, sabía que la única forma para alcanzar sus sueños era haciéndolo. Le llegó a la mente una frase de Maquiavelo, en la que modificó una palabra: *“Vale más hacer y equivocarse, que no hacer y arrepentirse”*. Frase nada despreciable en su situación; sin embargo, no deseaba arrepentirse de que, al hacer, se quedara con nada. Mejor, buscaría otro empleo, por lo pronto.

No debía, pero de todas formas lo haría. Tomó su celular y después de esperar cinco largos días sin novedad, Pilar lo mensajó someramente, tratando de restarle importancia, aunque la tuviera toda.

Kiubole mi memiux como estas?

Memín se encontraba en casa de Eugenia Samuelsohn. Sintió la vibración en su abrigo, sacó el celular y recibió un golpe en el pecho. Era ella, la chica que le hacía perder el sueño por la noche; se le dibujó una mueca involuntaria mientras escuchaba a su amiga platicar algo. *“Mañana me pongo de acuerdo contigo para...”*, pensó.

—*We*, o sea, qué onda contigo, pareces violador —externó Eugenia.

# 7 REENCUENTROS

*Viernes 29 de enero de 2016*

*Kaspar's at The Savoy; Londres, Inglaterra*

—No va a pasar, aquí la gente tiene educación; Boris Johnson tendrá carisma, pero nunca ganaría —aseguró Pato Zudaah a su hermana Stephy.

—Nunca hay que confiarse, Pato. Muchas veces, los carismáticos ganan porque sus seguidores son apasionados y leales, ya que creen ciegamente en su líder; mientras que la gente conocedora, es apática y erróneamente da por hecho que los demás saben tanto como ellos. Además, el manejo de las emociones es un arma aún más poderosa que la lógica y el conocimiento juntos —contradijo Patricio a su hijo.

—¡Ay, ya!, no se pongan a discutir de política —intervino Stephanie Pritzker, quien quería evitar una pelea entre ambos Patricios—. Mejor pláticanos, hijo, ¿qué piensas hacer ahora que regreses a México?

*“¡Que pregunta tan pendeja!, por Dios, ¡es mi heredero!”*, conjeturó Patricio padre.

Aunque físicamente eran idénticos, padre e hijo tenían enfoques diametralmente opuestos. Al primero le gustaba la acción, se dejaba guiar por su instinto en la toma de decisiones y muy poco o nada dedicaba tiempo a reflexionar. Pato, por el contrario, tenía un enfoque académico. Para solucionar un problema le gustaba analizar las posibles causas y encontrar múltiples soluciones para cada una. Posteriormente, evaluaba las alternativas y seleccionaba la que representara el mayor costo-beneficio. Incluso, podía llegar a pedir consejo a expertos para fijar postura. Muchas veces, para cuando llegaba a la fase final, el problema ya había avanzado tanto, que tendría que ser replanteado o ya ni siquiera era un problema.

Pato platicó sobre cómo era su vida en Inglaterra. Llevaba más de seis años viviendo en aquel país; al principio,

porque se encontraba haciendo una maestría; después, el doctorado. Recordaron viejas anécdotas familiares, mientras reían y disfrutaban el momento. Antes que llegaran los platillos fuertes, habían consumido tres botellas de champaña *Louis Roederer Cristal*; para el postre, se estaban decidiendo por una cuarta. Mau, quien era el menor de los hermanos, comenzaba a perder la dicción.

“¡Habla bien, cabrón!”; le decía su padre, en medio de risas.

En eso, el celular de Patricio comenzó a sonar. Era don Esteban, quien estaba en Monterrey llevando a cabo los “amarres” pertinentes.

—Acabo de concluir la reunión con los colegas que vamos a subcontratar; todos están más que dispuestos a entrarle.

—Bien, Esteban, espero los hayas dejado con altas expectativas para que pongan una buena parte de la lana para las campañas. Acuérdate que tomé del dinero de Telemaster para la presa de Veracruz —expuso Patricio.

Aunque el magnate era quien quedaba bien ante el PCR y los candidatos al donar importantes cantidades de dinero “por fuera”, en realidad casi nunca tocaba su dinero. Él y don Esteban manejaban una red de empresarios, por todo México, a quienes les ofrecían la subcontratación de obras por una módica aportación inicial. Lo mismo hacían con ciertos proveedores.

—Estaban muy receptivos y gustosos de contribuir; tienen pavor de que Zambrano sea el elegido y solo beneficie a su familia. Por cierto, mañana me reúno con el Gobernador Madero.

—Muy bien, háblale a Gabriel para que le des los pormenores.

—Así lo haré, Patricio, aunque tengo la impresión de que Madero está renuente a apoyarlo.

—Pobre pendejo, no tiene opción.

—Así es. Por cierto, el Gobernador de Quintana Roo está ahuevado en hablar contigo.

—¡Ahhh!, ese pendejo, ya se había tardado; dile que en cuanto regrese lo busco. Ahora sí el cabrón quiere sentarse a platicar, después de que me quería fuera... ¿Cuándo vas a Veracruz?

—Pasado mañana.

—Es muy importante que el Gobernador interino nos liquide lo que nos quedó a deber el otro pendejo antes que huyera. Ofrécele una parte del efectivo que nos dio a guardar su antecesor y... —continuó la conversación por espacio de cinco minutos.

Al colgar, Patricio sintió una derrama de adrenalina característica de los tiempos preelectorales. Sabía que, junto con otros poderes fácticos, era pieza clave al mover los hilos del país, confiriéndole esa certeza, la adictiva sensación de PODER. Existían empresarios con más dinero que él, pero pocos con su influencia y peso. Según *Forbes* de México, el magnate pertenecía al *top 100* de los hombres más ricos de México, estimando una fortuna de ochocientos setenta y nueve millones de dólares; sin embargo, la metodología no contemplaba la riqueza obtenida por blanquear dinero a sus amigos políticos o empresarios. A Patricio siempre le había gustado navegar con discreción por la oscuridad. En sentido inverso, existe otro hombre con gran influencia y peso, pero que, a diferencia de Zudaah, lleva cargando los reflectores de la fama: su nombre es Carlos Galeb Rahmé, el hombre más acaudalado de México, con una fortuna estimada que supera en más de sesenta veces la de Patricio, convirtiéndolo en el tiburón más gordo.

Patricio se reincorporó a la mesa, teniendo que maniobrar con la pesada silla forrada de cuero verde. Un delicioso *pay* de manzana estaba dispuesto en su lugar, ¡su favorito! Miró a Stephanie y le sonrió cariñosamente: se le había adelantado. Tomó un trozo, llevándolo a la boca, no sin antes deleitarse con su delicioso aroma. Al dar la primera mordida, los sabores del postre explotaron en su boca, desencadenando una serie de recuerdos que le anclaron a un momento muy específico y especial de su vida: el día que conoció a su mujer.

Al graduarse de *The Citadel*, Patricio y tres amigos más, incluido Emilio Ferreira, a insistencia de Isaac Pritzker, decidieron ir a Chicago, donde pasaron unos días en su mansión. En la escapada, Patricio conoció a la hermana de su amigo, dos años menor que él. Ella intentaba vender las rebanadas de un *pay* de manzana a los amigos de su hermano, con la intención de donar esos ingresos a una asociación filantrópica. Patricio quedó tan flechado al instante en que la conoció, que decidió, en contra de la voluntad de su padre y la ira de su amigo, perder el vuelo a México para permanecer en Chicago hasta lograr conquistar a aquella hermosa y distinguida joven. En solo veinte días, Stephanie Pritzker terminó por enamorarse locamente de aquel “mexicano tan arrebatado y ocurrente”, a quien le entregaría el corazón por el resto de su vida.

Patricio la volvió a mirar con aquella agitación mezclada con dulzura, tal cual sucedió el día que la conoció. La tomó tiernamente de la mano.

---

Había quedado de ir a comer con dos de sus hermanos menores al *Gran San Carlos*, sobre avenida Morones Prieto. Cada vez que don Esteban visitaba su tierra natal, acudía a aquel lugar, especialmente por las mollejas y el cabrito que le recordaban a su madre Sandrita, quien, en ocasiones especiales como el cumpleaños de él, preparaba dichos guisos. *“Solo ahí tienen la sazón”*.

Don Esteban estaría siempre en deuda con su madre, al grado de que, de no ser por ella, no estaría donde está. Lo instó, a pesar de las dificultades económicas, a que estudiara en la Universidad; pero, sobre todo, e irónicamente a punta de mentadas de madre, en algunas ocasiones, para que la concluyera. Sandrita, además, resultó ser pieza clave para que don Esteban logara superar el fantasma de su padre y recuperara al amor de su vida. Fue también partícipe, sin proponérselo, de algo que don Esteban en su momento llegó a calificar de casualidad, pero que ahora percibía como un auténtico milagro, ya que, en aquel entonces, lo necesitaba tanto física como emocionalmente, y se veía por demás tan complicado: estabilidad económica.

*“Fue el instrumento quirúrgico de Dios para que encontrara lo que tanto anhelaba”*, había compartido esas palabras Esteban a su mujer.

El mismo día que nació su hija Luisita, en el hospital *La Conchita*, en Monterrey, su madre tuvo una corazonada que le cambiaría la vida por siempre: se acercó a un devastado hombre para darle palabras de aliento. Esteban se percató de la escena y decidió ir a ver de qué se trataba todo aquello. *“No se meta, mamá”*, fue lo primero que pensó.

En dichas circunstancias conocería a Zaheb Zudaah, quien tenía puestas todas sus esperanzas en que los médicos pudieran salvarle la vida a su madre, Patricia. Por extrañamiento que pudiera parecer, en el escaso tiempo en que los hombres interactuaron, se produjo una química muy especial.

Mientras uno de los doctores salía para dar aviso al papá primerizo que todo había salido bien en el parto, había sido una hermosa bebé y ya podía pasar a conocerla a los cuneros, minutos después otro doctor saldría a informar a Zaheb que su madre ya se encontraba con el Señor.

Esteban miraba a través del vidrio a su hija; era tan hermosa, no podía creerlo. En un momento en que movieron a la bebé, Esteban aprovechó para ir al baño. Ahí se encontró nuevamente con el señor Zudaah, solo que, esta vez, en una situación embarazosa: a pleno llanto. Zaheb había invitado a su madre, que acababa de enviudar, para que pasara unos días con él y su familia política en la ciudad natal de su mujer; sin embargo, las cosas no salieron como lo pensó, y ahora su madre estaba al lado de su padre, Umut.

Zaheb aún con lágrimas en los ojos, inesperadamente al encontrarse a Esteban, le propinó un abrazo sincero, fraternal, felicitándolo por el nacimiento de su bebé. En cuanto cesó aquel abrazo, que a don Esteban le pareció eterno, el nuevo papá le dio el pésame por el fallecimiento de su madre. Al preguntarle sobre si su familia estaba en el hospital, siempre se le quedarían grabadas las palabras del constructor: *“Mis hijos están afuera con mi mujer. Es solo que no deseo que me vean llorar, debo darles siempre un ejemplo de fortaleza”*.

Contrario a lo que podría pensarse, el señor Zudaah sentía alegría por el nacimiento de la bebé de Esteban, mas podía percibir que algo ahogaba por dentro a aquel formidable hombre, por lo que indagó un poco más. Esteban le contó brevemente sobre su precaria situación, logrando sacar de su alma algo que le causaba mucho dolor: llevaba viviendo con sus suegros cuatro meses por no tener dinero, al no haber encontrado empleo; por lo mismo, no podía costear una renta, menos comprar casa; bueno, ¡ni siquiera estaba pagando el hospital! El constructor, al enterarse que el recién conocido era Ingeniero Civil, en medio de tan difícil momento, decidió seguir su instinto y contratarlo, otorgando una confianza que nunca había concedido.

*“No preguntó sobre mi experiencia o pasado, ¡nada!, confió plenamente en mí”*, explicaría más adelante a sus hijos tras ser cuestionado sobre la lealtad que les profería a los Zudaah.

En cuanto el ingeniero Zudaah *“recobró totalmente la dignidad”*, sin huellas de llanto, salió del baño al reencuentro con su familia, habiendo dejado en claro a Esteban dónde y con quién tenía que presentarse a partir de la semana entrante. Ese día, la madre de Esteban y desde luego el constructor, cambiaron su futuro. Sin saberlo, Esteban le correspondería a Zaheb y posteriormente a su hijo para que pudieran materializar su visión, y llegar, sobre todo el segundo, hasta la mismísima cima.

Unas horas después le hicieron saber que ya habían movido a su mujer a un cuarto. Fue con su madre a la habitación con renovados bríos, dándole la nueva a su mujer y familia política. Una hora después, aproximadamente, entró una enfermera con un bultito en brazos: se trataba de su hija. Esteban la vio aferrarse a la vida, succionando con fuerza el pezón de su mujer. Cuando la bebé terminó de comer, él la volvió a contemplar e instintivamente intentó tomarla entre sus brazos, mas al sentir sus hombros y espalda tan frágiles, tuvo temor de poderla lastimar. Hundido en un mar de nervios, su madre y suegra le instruyeron sobre cómo debía hacerlo. Cuando finalmente lo consiguió, la puso sobre su pecho sintiendo por primera vez una sensación tan hermosa como plena, que llenaba a Esteban de amor. Era como si todo el sufrimiento que había experimentado en su vida se borrara y fuera sustituido por esta nueva sensación. Ahí, con aquel inolvidable abrazo, se formaría un vínculo inquebrantable, que duraría hasta la muerte. El nuevo papá no dejó de admirar a su pequeña hija, agradeciendo a un Dios que nunca antes se había hecho presente en su vida, pero que ese día se manifestaba con contundencia.

Mientras esos recuerdos deambulaban por su mente, la imponente *Suburban* marchaba a ritmo veloz por el túnel de la Loma Larga. A la altura de Morones Prieto, el chofer señaló uno de los espectaculares del *Gabo*, volviéndole al presente.

—Mire, Don Esteban, ahí está el más reciente espectacular de Don Gabriel —comentó.

De cara ancha y redonda, tez morena, cabello negro, cejas prominentes y ojos cafés que brillaban con intensidad, se le miraba a Gabriel Treviño. Con los brazos cruzados miraba hacia el horizonte, para dar la impresión de ser un hombre visionario, reflexivo y confiable, o al menos eso aseguraban los expertos.

“*Apóyame. Peso que genere Nuevo León, que aquí se invierta*”, se leía en el panorámico. Más abajo, podía visualizarse su slogan: “*Un Senador de resultados*”.

Este era uno de los cuatro formatos de espectaculares que se podía encontrar por todo el estado. Los demás decían: “*Luchando por tu familia y por ti*”, “*Por un futuro más justo y promisorio*” o “*Tus hijos con mejores oportunidades*”.

Al alto ejecutivo le resultaba inverosímil que los políticos, quienes jamás tienen presente al pueblo, justo a unos meses de dar inicio al periodo electoral, “*desinteresadamente*” comiencen a dar a conocer sus resultados o realicen “*interesantes propuestas*” para beneficio de esa misma gente a la que jamás voltearon a ver, mientras no la necesitaron. Lo peor es que por años esta ha sido la receta, y aún funciona. Utilizan frases baratas de reuso, que ofrecen “*resolver*” los temas que mayor malestar causan a los votantes en ese periodo electoral, como: “*Muerte a secuestradores*” o “*Si no tienen tus medicamentos, que el Gobierno te los pague*”. Buenas ideas, intrépidas y atractivas, que enganchan a la ciudadanía por un candidato o partido político. A veces a don Esteban le asqueaba ser parte de ese barato engranaje, pero después recordaba que con este les había podido proporcionar a sus hijos las mejores armas para convertirse en triunfadores.

Al arribar al restaurante, sus dos hermanos le esperaban a la puerta. Con gran efusividad lo recibieron con el típico apretón de manos, seguido del abrazo al estilo regio, golpeando fuertemente la espalda. No esperaron al final del encuentro, como normalmente se hace para ese tipo de menesteres, sino que durante los primeros minutos cada uno le estaba pidiendo un préstamo con promesa de pago instantáneo. Después del barato preámbulo, digno de una producción de Telemaster, Esteban se limitó a inhalar profundamente mientras pensaba en lo privilegiado que era, permitiéndoles continuar con la historia como si en verdad creyera la sarta de mentiras que escuchaba. Les pasó el teléfono de Sari, para que vieran con ella lo de la transferencia.

Una vez resuelto el asunto, los agradecidos hermanitos comieron mollejas y cabrito como si no hubiese mañana. Platicaron sobre viejas anécdotas, rieron y se emborracharon con el mejor *Whiskey* del lugar, por supuesto, con cargo a la tarjeta corporativa de su hermano, *Teby Ricón*. Don Esteban, completamente sobrio, solo esperaba el momento para retirarse sin herir sus sentimientos: estaba ni más ni menos que con los hijos de su madre.

---

Lupita salió a toda prisa de la estación del Metro Aragón y cruzó el peatonal que pasa sobre la avenida Hank González, para dirigirse a la calle Zaragoza, en punto de las 10:30 de la noche. La calle está flanqueada por más de medio kilómetro de tendajos improvisados que dan vida al lugar durante el día. A esa hora, sin embargo, se escuchaba un silencio sepulcral que le producía temor, pese a llevar años de seguir la misma ruta.

Aunque no hubiera podido pagar el gas o debiera años de agua, Lupita tenía el mal hábito de endeudarse con cosas innecesarias, como le había ocurrido en la víspera de Navidad. Había adquirido en *Elítia* dos *iPhone 6*, con

“abonos chaparritos”, a un precio de ganga, entre otros gustitos. El problema era que tan solo en ese establecimiento ya debía cuatrocientos cincuenta “pesitos semanales” por dos años, ¡lo cual representaba casi el veinte por ciento de su ingreso!; era evidente, Lupita no sabía nada sobre finanzas personales; pero sí tenía la necesidad de sentir que su esfuerzo diario valía la pena para algo, aunque con ello se empobreciera cada vez más.

Al acercarse a su casa se percató de que las luces estaban apagadas. Como de costumbre, su hija no estaba; Estebancito, se encontraba en casa de su padre, seguramente armando algún “estúpido” robotito. Al asomarse al cuarto de Pilar, vio un montón de ropa tirada por doquier. Entró a su habitación, y estaba igual de desordenada. Se resignó.

Aunque sabía que no le tomaría la llamada, de cualquier forma, marcó. Para su sorpresa, contestó.

—¿Dónde estás? —preguntó Lupita, aliviada.

—Salí con unas amigas —respondió Pily, cortante.

—¿Con qué ojos? —replicó su madre, refiriéndose al dinero. El silencio de Pily le proporcionó la respuesta: estaba con un muchacho—. Si estas con un vato, que se ponga condón —advirtió su madre, sin tapujos.

—¡Ay, mamá!, claro que no. No seas malpensada, estoy con mi banda, ¡nunca confías en mí! —Y colgó abruptamente.

Pily tenía un problema; uno muy serio; uno que, en definitiva, le echaría a perder sus planes con Memín: le estaba bajando. Su galán tendría que esperar, lo cual no era del todo malo, ya que le garantizaría salir con él por tercera vez, aunque conllevaba cierto riesgo, excepto si...

---

La noche era fría, pero en una lujosa *suite* del hotel *The Savoy*, en Londres, se advertía un incendio. Patricio se había reencontrado con su mujer con la vitalidad de aquel joven recién casado que, temblando de deseo contenido, la hizo suya por primera vez. Aunque Stephanie no había sido la única mujer que disfrutó el magnate, antes o durante su matrimonio, era sin duda el gran amor de su vida.

Patricio contempló el hermoso y elegante rostro de su mujer, de líneas bien definidas; miró sus cálidos y expresivos ojos azules, que nunca perdieron su brillo a pesar del implacable paso del tiempo. Acarició su cuerpo y recordó el porqué de su amor por Stephanie, que lo había hecho perder la razón. Los dos se encontraban cubiertos de sudor y extasiados de placer, después de un explosivo orgasmo, como hace más de tres años no sucedía. Esa noche, se daba un parteaguas en su relación y ninguno estaría dispuesto a alejarse de nuevo.

---

—Pily, Pily, Pilyyyy, ¡ohhhhh!, ¡¡¡ohhhhhhhhhhhhh!!! —gemía Memín, con una sonrisa en los labios.

Al salir del lugar, después que Pilar le expusiera la situación, Memín se dirigió a un fraccionamiento donde vivía uno de sus amigos, a una casa que por años había permanecido en obra gris. Ingresó a la cochera y en el asiento trasero del auto comenzaron a besarse. Para compensarlo, Pilar le ofreció el mejor sexo oral que Memín había experimentado en su vida. Descubrió que no solo tenía unos labios hermosos, sino que les daba uso de maravilla.

El galán quedó con ganas de un tercer encuentro, ahora sí, dando rienda suelta a sus más fogosas fantasías. Pily, después de que su “próximo novio” terminara en su boca, tuvo la certeza de que volverían a verse y, en esa ocasión, Memín quedaría prendado de ella... para siempre.



# 8 EL CAMBIO YA VIENE

*Sábado 30 de enero de 2016*

*Universidad de Monterrey; Monterrey, N.L.*

—¿Cuánto falta para concluir su periodo legislativo? Lo comento por qué pareciera que desea ser Gobernador —preguntó el alumno y reportero de la prestigiada Universidad de Monterrey, después de una áspera presentación.

—Un año —mintió el senador Gabriel Treviño, deseando que no le hubiera formulado aquella pregunta. “*Nadie escucha esta mierda*”, recordó y guardó la calma.

Durante varias semanas, Fernando Tapia había insistido en que le concediera una entrevista. Finalmente, Gabriel le hacía “*el honor*” de ir, y... “*¡con las mamadas que sale!*”, pensó Treviño, mientras respondía cordialmente.

—Fernando, has de estar al tanto de que he presentado en estos casi cinco años de labor en el Senado más iniciativas que todos los senadores de la cuarta fuerza política juntos. He trabajado intensamente con los distintos partidos para que se aprueben iniciativas en pro del país, pero muy concretamente que benefician a Nuevo León. En esta legislatura se han destrabado reformas pendientes desde...

—Muy bien, Senador, pero no ha contestado mi pregunta —manifestó Fernando, interrumpiéndolo.

—A eso voy, Fernando. Mis compromisos de campaña se han cumplido a cabalidad, en el tiempo que llevo en el cargo; voy por resultados, no por un periodo. Ahora, les aclaro a ti y tu público, no estoy diciendo que vaya a contender para la Gubernatura; de hecho, ni siquiera lo he contemplado.

—Si no es así, nos podría decir, ¿a qué se debe que el estado está repleto de espectaculares suyos? Yo pensaría que ya está haciendo campaña, Señor. Segundo, ¿qué ha hecho desde el Senado para que su propuesta, “*Peso que genere Nuevo León, que aquí se invierta*”, se haga una realidad? ¿Ya presentó alguna iniciativa? Tengo entendido que no, pero corrijame.

Este último punto era uno que Gabriel debió haber considerado desde que comenzó a promoverse con esa frase, pero por una u otra cosa no lo hizo. De repente, le vino a la mente una idea.

—¡Fernando!, ¿tienes información confidencial!? —Gabriel le regaló un cumplido con la esperanza de que le bajara de tono. El entrevistador puso cara de circunstancia—. Estás muy bien informado, no tengo duda. Precisamente el martes, en el inicio de sesiones, estaré anunciando algo grande, ¡algo muy importante! Llevamos más de seis meses en los preparativos; estoy seguro de que haremos Historia.

“*Qué buena idea se me ocurrió*”, pensó Gabriel.

Aunque el joven indagó sobre lo que presentaría, el senador pidió paciencia y un voto de confianza.

—¿Existe corrupción en el actual Gobierno Pecerrista? —preguntó, tratando de sacar la nota de la semana al referirse a su partido político, el Central Revolucionario.

—De que la hay, la hay; sucede a todos los niveles. Te doy un par de ejemplos: el cajero que acepta un moche para tramitar algo en exprés, los empresarios que pagan injustamente a sus trabajadores, también estos últimos que no hacen lo que deberían hacer; bueno, hasta algunos servidores públicos que le venden el alma a la delincuencia organizada que, por cierto, es un cáncer que ha logrado tocar a nuestro estado; afortunadamente, no ha penetrado sus tejidos gracias a los valientes ciudadanos...

Afortunadamente para Gabriel, al sacar el tema de la delincuencia y, de paso, indirectamente presionar al Gobernador Gustavo Madero para que diera su brazo a torcer con el encuentro, el inexperto joven se desvió del punto espinoso. Sin embargo, la idea tenía potencial, gran potencial..., al menos para sus fines. Aunque esta podría ser revolucionaria, el senador era consciente de que solo había una forma para que pudiera hacerse una realidad: por un lado, que la población informal dejara de serlo, y que los empresarios reportaran TODOS sus ingresos al fisco; por el otro, que los funcionarios dejaran de “inflar” el gasto público con cuantiosas comisiones para sus arcas. En ambos casos sería una batalla perdida: ni la sociedad, mucho menos el Gobierno, pondrían de su parte.

Al concluir la entrevista, cerca de las 10:00 de la mañana, Gabriel Treviño se prometió anotar el nombre de aquel estudiante, para en cualquier oportunidad devolverle la cortesía. A pesar de que había picado el anzuelo, el muchacho evidentemente no tenía respeto, y eso era algo que Treviño odiaba de los de su grupo generacional. “*Se creen muy chingones por traer un smartphone, pero todos son una bola de pendejos*”, pensaba. Salió al estacionamiento y subió en una lujosa *Suburban* blanca, último modelo. Puso en marcha la idea y marcó a Mario.

—¿Bueno?... ¿Bueno?... —dijo, al no escuchar con claridad.

—Sí, Gabriel, te escucho perfectamente... ¿Gabriel?

—Ya te escucho, Mario.

—Estuviste increíble, la gente te va a apoyar porque eres el mejor... —decía su entusiasmado secretario. Fue interrumpido de tajo.

—Mario, ¡te informo que el martes presentaremos la iniciativa!

—Pero no recuerdo cual... —En eso, nuevamente fue interrumpido.

—De lo que hablé, Mario, de lo que dije; y ya sé que no tenemos nada. Reúne a los especialistas e inicien ya; ¡hoy! Te marco en una hora para ultimar detalles. Para el martes por la mañana la quiero lista, pues la presentaré, ¿entendido? —Y cortó la comunicación abruptamente.

Mario sabía que el senador no jugaba, el problema radicaba en que solo conocía superficialmente del tema porque había realizado, en conjunto con un grupo de especialistas en marketing político, un *focus group* para detectar las frases con mayor impacto para Nuevo León. Su trabajo, pero sobre todo la cercanía con el senador estaban en juego y, como en otras ocasiones en el pasado, Mario no permitiría que todo lo ganado se fuera por la borda.

# 9 ÉXITO

---

*Sábado 30 de enero de 2016*  
*Hotel St. Regis; Ciudad de México*

Dentro de la suntuosa *suite Astor*, en el hotel *St. Regis*, el secretario de Gobernación, Gerardo Lozoya Rodríguez, y su amante, Jimena Zaramiento Galindo, tenían sexo desenfrenado frente al ventanal de la habitación, con vista a la rotonda del Ángel de la Independencia, autos atorados por el tráfico y diminutas personas caminando por las calles.

“¡¡¡Ohhh, ohhh, sí, papi, dámelo todo, ohhh...!!!”, se escuchaba.

Al terminar, las manos de Jimena quedaron tatuadas sobre el cristal de la ventana. Dio un trago a su copa de champaña *Dom Perignon*, para después continuar con el tema que habían dejado pendiente hacía alrededor de treinta minutos.

—Es lo que te digo, Gerardo; si no fuera por ti, no sería candidata a nada.

—¿Qué hay de malo con eso?

—La forma, Gerardo, la maldita forma. Ustedes los hombres van subiendo con base en sus resultados, pero con nosotras es pura simulación. Sabes bien que terminamos siendo la fachada de uno de ustedes.

—Eso no es cierto. Tú qué sabes cuántos huevos he tenido que lamer, cuánto me he tenido que denigrar para llegar hasta donde estoy, cuántas veces no he podido hacer lo que me place. ¡Ni el **Presidente** puede, por Dios!

—No estoy tan segura de lo que dices; sin embargo, aun concediendo, la diferencia es que en tu caso hablas en sentido figurado, pero para nosotras aplica de manera... más literal —expresó, moviendo sus manos como señalando su cuerpo. A Gerardo no le gustó la insinuación.

—¿Qué me quieres decir?, ¿qué no te gusta y estás conmigo por puta?, ¿o que no quieres ser diputada?

—Claro que no, me encantas, pero... ¡ay!... olvídalo —Jimena guardó silencio. Sabía que perdía su tiempo al discutir con alguien que no entendía o simplemente no le convenía hacerlo—. Tienes razón, Gerardo, y gracias por todo lo que me has apoyado, mi amado conde mexicana —dijo, en alusión al conde Sade, versión nacional, tomándolo suavemente de la barbilla y obsequiándole un beso.

Gerardo colocó una toalla en la cama, se recostó y encendió el televisor para ver *CNN*, con una copa de champaña en mano.

—En 2020, te prometo, ¡serás Gobernadora! Eres inteligente y tienes un... brillante futuro, ¡te lo garantizo! —dijo animándola, mientras observaba el trasero de ella moverse al compás de sus pasos—. Y..., ¡límpiame bien ese culo para seguirle, que no hemos terminado!

Jimena guardó silencio; en definitiva, aunque la promesa, que no era cualquier cosa, había sido hecha en forma halagadora, seguía sin entenderla. Se encerró en el baño y se dirigió a la regadera. Cerró los ojos y una densa y cálida lluvia cayó sobre ella. Disfrutó la agradable sensación del agua acariciando su cuerpo. Después miró hacia abajo y vio el chocolate deslizarse por sus piernas, llegando hasta el piso de mármol y dirigiéndose al desagüe. Cuando terminó, se movió de la regadera con la intención de sumergirse en la bañera. Mientras esta se llenaba, recordó cómo hacía unos quince años había conocido a Gerardo Lozoya, entonces candidato a diputado federal.

En aquel tiempo ayudaba en la logística de la fallida campaña del candidato a la Alcaldía de Ciudad Juárez, Chihuahua. Aunque su exjefe no resultó ganador de la contienda, ella sí que ganó: conocer a Lozoya le cambió la vida.

De tan solo veinte años, origen humilde y rebosante belleza, Jimena guardaba la ilusión de algún día hacer una gran carrera política y poder demostrar que las mujeres también pueden participar exitosamente en una arena dominada por hombres.

Estaba programado un evento donde todos los candidatos del PCR del estado de Chihuahua estarían reunidos para tomarse una foto, y mantenía una acalorada discusión con el responsable de Logística de Lozoya. Gerardo, que estaba a unos pasos de distancia, pudo presenciar la escena, aunque sobre todo a aquella hermosa mujer “*echando fuego*” y su despampanante trasero. Decidió acercarse y alcanzó a escucharla decir: “*A mí me vale madre tu jefecito, necesito que el mío este al lado del Señor Gobernador*”. En eso, Gerardo se hizo presente tocándole el hombro. Jimena casi se desmayó cuando lo vio ahí, detrás de ella.

“¿De verdad te valgo madre?”, manifestó con una sonrisa pícaro.

Con el rostro rojo, como tomate, Jimena sintió su firme mano apretando la suya mientras se presentaba.

“*Gerardo Lozoya para servirte, y no es broma lo que voy a decir: te quiero en mi equipo*”.

Gerardo quedó tan flechado de Jimena que, a pesar de tener una relación marital y ser mayor que ella por diecisiete años, decidió hacerla parte de su equipo de trabajo, para posteriormente llevársela a Ciudad de México. En un inicio, a pesar de que se dio una fuerte tensión sexual entre ambos, Gerardo y Jimena supieron reprimir sus impulsos, soportando la tentación de dar el primer paso; pero solo era cuestión de tiempo para que sucediera lo inevitable.

Después de una jornada complicadísima, Jimena entró a la oficina de su jefe en San Lázaro, para echar madres del Gobierno Conservador y tomar una decisión sobre la respuesta que adoptaría el recién jurado diputado. En dichas circunstancias, en medio de aquel crispado estado emocional, él se levantó de su sillón y se dirigió hacia ella. La levantó de la silla, jalándola del brazo, sujetó sus muñecas contra la pared con firmeza y comenzó a besarla sin piedad, obsequiándole, unos instantes después, el mejor sexo que había experimentado en su vida. Después de tan contundente respuesta, la joven decidió soportar y quedarse al lado del diputado los tres años del encargo.

Después de ese periodo de fogosa pasión, Jimena también estuvo a su lado cuando contendió para la Gubernatura de su estado natal. Posteriormente soportó estoica, durante seis años, un sinfín de desencuentros con la primera dama desde la Secretaría de Desarrollo Social del Estado. Cuando concluyó el mandato, al poco tiempo Lozoya fue designado secretario general del Partido, regresando, por segunda ocasión, a Ciudad de México, solo que, en esta ocasión, su esposa e hijos le acompañarían, por lo que Jimena y él tuvieron que dejar de verse por un tiempo.

En aquel periodo, Jimena fue pretendida por un reconocido empresario de la ciudad de Chihuahua y, al poco tiempo, decidieron casarse, provocando la ira de Lozoya, al grado que ni siquiera asistió a la boda. Dos meses después, Gerardo y Jimena coincidieron en un evento, sufriendo ella un explosivo deseo por entrar en intimidad con él, a pesar de las inútiles advertencias del político.

Su matrimonio no resultó duradero, pues su esposo, quien comenzaba a sospechar de su infidelidad con el exgobernador, no estaba dispuesto a compartirla. Después del divorcio, Lozoya decidió apoyarla y premiarla, por lo que resultó elegida como candidata del PCR para contender por la Alcaldía de la ciudad capital del estado de Chihuahua, arrasando, desde luego, cuando llegaron los comicios. Así, Lozoya le dio una dulce medicina que le permitiría sacarla de la depresión, mostrándole los beneficios de permanecer a su lado; y, él, desde su posición de poder, mantendría el control del estado a través de la capital.

Al recibir recursos a manos llenas y contar con todo el apoyo del entonces gobernador, debido a la creciente influencia de su amante al interior del Partido, Jimena pudo cumplir con todos sus compromisos de campaña y hasta más. Por sus resultados, a la fecha, sigue siendo considerada como la alcaldesa que más ha hecho por su municipio, y es una de las políticas más queridas y admiradas en todo el Estado.

Al concluir el mandato, decidió constituir, a "*sugerencia*" de su amante, la fundación Mujeres Primero A.C., asociación dedicada al empoderamiento de las mujeres en el estado de Chihuahua. Desde luego, nunca le faltaron los donantes caritativos, permitiendo expandir la fundación en poco tiempo por todo el territorio nacional. Al mismo tiempo, estableció contacto con personas clave tanto de la iniciativa privada como del Gobierno, proyectándose como una figura con una intachable imagen. Así, sin necesidad de un cargo público, continuó haciéndose presente entre los votantes de las clases medias y bajas, por su labor altruista. Sin embargo, y hablando con honestidad, muchas de las donaciones recibidas por la fundación no siempre tuvieron como destino final las mujeres necesitadas; en ocasiones, por increíble que pudiera parecer, terminaban en campañas políticas, sobre todo, de los aliados de Gerardo Lozoya.

Mientras tanto, Lozoya se convirtió en presidente nacional del PCR y eventualmente llegó a ser el hombre de mayor confianza del futuro **Presidente** de México, logrando magníficos resultados en las elecciones del 2013. Posteriormente, esa confianza se vio reforzada al dejarle pavimentada, hacia el interior del Partido, la candidatura presidencial. A inicios del 2014 renunció a su cargo para, en su momento, integrarse de lleno a la campaña como coordinador del abanderado pecerrista. Realizó una gestión tan exitosa que, gracias a sus negociaciones, el triunfo de su jefe pudo concretarse, robándole, junto con los conservadores y algunos empresarios, por segunda ocasión, la **Presidencia** de la República a Andrés Jiménez.

Sin experiencia en materia, pero con la anuencia del **Presidente** electo, Gerardo Lozoya fue designado secretario de Gobernación, enviando por cuestiones de seguridad a su familia al extranjero. Desde su segunda vuelta a la capital, en posiciones de tanta influencia, Lozoya había logrado mantener bajo su mando a la bancada pecerrista en el Congreso. Ahora, como responsable del manejo de la Gobernación, con estos y otros grupos fácticos bajo su control, se lograron aprobar un sinnúmero de reformas que llevaban años atoradas, situación que le conferiría al jefe del Ejecutivo una inmejorable posición y, quizá, hasta la posibilidad de pasar a la Historia como uno de los mejores

**Presidentes** de México. Sin lugar a duda, el mandatario le correspondería en su debido momento por el impecable desempeño.

Sin embargo, el jefe del Ejecutivo desaprovechó esa magnífica oportunidad, al cometer cientos de errores que, en un principio, debido a sus altos niveles de aprobación, pasaron desapercibidos, pero que poco a poco terminaron por hacerle mella. A dos años de iniciada la administración, su imagen ya sufría los efectos de sus malas decisiones, llegando, por primera vez, a ubicarse en niveles inferiores al cincuenta por ciento de aprobación.

Para el **Presidente** era fundamental ganar las elecciones del 2016, que terminarían por consolidarlo o debilitarlo aún más. Necesitaba asegurar la mayoría en la Cámara Baja para el periodo 2016-2019, pero, además, tener a alguien de impecables credenciales como presidente de la misma, para que condujera por el sendero correcto a todos los representantes de su partido y lograra consensos con las demás fuerzas políticas: Jimena sería la elegida para tal misión. Para la ciudadanía, ella representaba un rostro fresco en el Partido, además de ser considerada como una mujer impoluta, dinámica, con gran credibilidad y capacidad negociadora para continuar con el ánimo reformador de la administración. Hacia el interior, el **Presidente** sabía que toda la bancada y muchos otros se alinearían, pues verían en ella a Gerardo Lozoya, ¿y qué diputado en su sano juicio querría enemistarse con el secretario de Gobernación?

A pesar de la certeza de la candidatura, Jimena Zaramiento pasaba por una crisis existencial. Sabía que todo lo que había deseado en su juventud había llegado, incluso, la posibilidad de ser gobernadora de su Estado natal en 2020; sin embargo, era consciente de que nada de lo que había conseguido, había sido por ella misma, sino más bien por quien estaba detrás, justo como en otro sentido hacía unos momentos literalmente había ocurrido. Al recordarlo, pasó de un estado depresivo a uno donde sus más bajos instintos afloraban con rapidez. Y es que la exalcaldesa de Chihuahua, aquí entre nos, siempre había sido súper fogosa. Trasladó sus pensamientos hacia la escena previa y el portentoso orgasmo disfrutado al introducirse un potente vibrador a su vagina, mientras era sodomizada por Gerardo Lozoya, con la ayuda del chocolate que empleó como lubricante.

A Gerardo le gustaba dominar en todas las esferas de su vida y en el sexo no era la excepción. Su estilo no era algo que le desagradara a Jimena, pues, desde que lo conoció, el sexo salvaje había sido la regla; aprendió a disfrutarlo, llegando a resultarle aburrido estar con hombres cariñosos. Incluso, hacía unos años, había comenzado a desarrollar unos oscuros deseos dominantes, fantaseando con someter y castigar a muchachos más jóvenes que ella. *“¡Ay!, Rodriguito, si supieras...”*, su mente se dirigió a uno de sus colaboradores de mayor confianza.

Cerró los ojos y lo imaginó atado de pies y manos en su futura oficina en el Congreso de la Unión, amordazado y totalmente desnudo, con su miembro a disposición para disfrutarlo a placer. Comenzó por posar sus manos por su fornido torso, sus robustos hombros, espalda y después ese marcado estómago que tanto la excitaba, para finalmente tocarlo ahí, entre sus piernas, donde se originaba la fuente de sus fantasías. Comenzó a tocarse, manteniendo los ojos cerrados, imaginando que lo aventaba al piso y se montaba una vez más sobre él. Sumergida en el agua tibia, en el momento en que comenzó a sentir que faltaba poco para tener un enérgico orgasmo, imaginó que le susurraba al oído: *“Eres mi esclavo”*, mientras lo tomaba violentamente del cabello, provocándole un velado aullido de dolor. No pudo contener un fuerte gemido en la bañera.

# 10 INTELIGENTES E INFORMADOS

*Martes 2 de febrero de 2016*  
*Senado de la República; Ciudad de México*

*“No hay mejor manera de medir el grado de libertad de un país, que consultando su prensa”. Mario Vargas Llosa.*

Gradualmente los legisladores iban arribando al Senado de la República y charlaban sobre los últimos acontecimientos nacionales e internacionales. Gabriel Treviño, mientras tanto, daba una última revisada a los avances de su iniciativa, aunque comenzaba a dudar sobre si estaría lista para la hora de su intervención. A pesar de que su equipo no había pestañeado, aún quedaban huecos por cubrir; dio las últimas directrices, consciente de que contendría errores. Debía enfocar su tiempo en el manejo de la prensa y la elocuencia del discurso.

La iniciativa entraría en la categoría de *“heroica”*; no por el tiempo récord de su elaboración o el titánico esfuerzo realizado por su equipo, sino porque, aunque estaba condenada a muerte, serviría a Gabriel Treviño por el tiempo que fuera necesario para lograr sus fines.

—... En cumplimiento a lo que dispone el artículo sesenta y cinco de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, hoy, 2 de febrero del año 2016, la Sexagésima Tercera Legislatura de la Cámara de Senadores del Congreso de la Unión, abre el Segundo Periodo de Sesiones Ordinarias... —continuó hablando protocolariamente el presidente del Senado. Al finalizar, entonaron el Himno Nacional Mexicano, seguido de un *“¡viva!”*, y aplausos.

La Comisión Permanente remitió los acuerdos que concederían licencia para la separación de sus funciones legislativas a dos compañeros de bancada.

—Ciudadanos, Erika Ayala Rocha, José Marco Olvera Jiménez, protestan guardar y hacer guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos... —Haría jurar el presidente de la Cámara Alta, a los aún suplentes.

—Sí, protesto —juraron al unísono, levantando su mano derecha.

—Si así no lo hicieren, que la Nación se los demande. Felicidades, Señora Senadora, Señor Senador —concluyó el ciudadano presidente.

La secretaria leyó una comunicación donde uno de los senadores se separaría del Partido Social Democrático (PSD) para continuar en el cargo como independiente. Mientras tanto, Gabriel salió de nuevo para ver cómo iba su equipo. Le consultaron unas últimas dudas que permitiría finalizar *“aceptablemente”* el documento.

Ahora vendrían los seis oficios remitidos a la Cámara de Diputados, seguidos de una ronda de intervenciones de los grupos parlamentarios para exponer sus respectivos posicionamientos, con respecto al inicio del periodo ordinario de sesiones.

—Tiene la palabra el senador Javier Lazcano Alcocer, del grupo parlamentario del Conservador Mexicano, hasta por diez minutos —dijo el presidente del Senado.

—Con su permiso, Señor Presidente, buen día a todos. En el Partido Conservador Mexicano... —El senador continuó exponiendo—. Nos preocupa poner buenas reformas en malas manos...

Gabriel regresó, mientras escuchaba una parte donde el senador parlante culpaba de todos los males del país al Gobierno Federal. *“¡Ajá!, a huevo”*, pensó.

Aún faltaba el turno del senador Manuel Mendiola, de su partido político.

—... Al realizarse trece reformas estructurales, así como crear diversas leyes y normas trascendentales y fundamentales para el país, en pocas palabras, hay que decirlo con la humildad y también con la objetividad, que esta legislatura es ya una histórica, de la cual nos debemos sentir orgullosos al haber logrado relevantes resultados; mismos que nos comprometen a redoblar esfuerzos. En el Partido Central Revolucionario, estamos comprometidos para que este sea también un periodo fructífero y productivo, mediante el cual podamos enriquecer y nutrir el acervo constitucional, lo cual tiene como objetivo la búsqueda del bienestar y el progreso de las y los mexicanos...

Después de concluidas las intervenciones, inició el proceso de votación para elegir al nuevo vicepresidente y secretario de la Cámara Alta. El tiempo se hizo eterno para Gabriel durante la votación, ya que cada senador era llamado a depositar su voto al ánfora, y aún no tenía noticias de su equipo. Después de emitir su voto, Gabriel salió a hacer presión de nuevo, pues vendrían las ponencias de las iniciativas y, aunque la de él sería la última, no dispondría de tanto tiempo. Salió de nuevo. Al llegar a su despacho, vio cómo su equipo festejaba tras haber concluido.

—Gabriel, ¡ya está lista!, te mandé un mensaje hace unos instantes —comentó orgulloso Mario, entregándole el documento.

—Señores, de verdad los felicito por su trabajo; ¡ya verán cómo con esta iniciativa vamos a cambiar a México! —expresó un emocionado senador, tras visualizarse como gobernador.

Dando una mordida a una torta, dio instrucciones a Mario para que buscara a los reporteros de las cadenas amigas, con el fin de que ingresaran a su despacho y pudiera ofrecerles una serie de preguntas que debían hacerle. Después de presentada la iniciativa, tenía contemplado dar una conferencia de prensa en el salón de comparecencias del Senado.

El presidente ratificó con ochenta y cuatro votos a favor a la senadora Rosa Adriana Díaz como vicepresidenta, así como al senador Cesar Octavio Pedroza como secretario, por un periodo de un año. Gabriel reingresó a la sesión, escuchando la primera ponencia de iniciativa.

Finalmente llegaba el momento, habían pasado varios senadores antes que él.

—Se concede el uso de la tribuna al senador Gabriel Treviño García, del grupo parlamentario del Partido Central Revolucionario, para presentar una iniciativa con proyecto de Ley, por la que se reforman y adicionan diversos artículos constitucionales, así como otras leyes. Tiene la palabra, Señor Senador.

Con aplomo se levantó de su curul y se encaminó, con estudiada parsimonia, rumbo a la tribuna, luciendo un impecable traje *Kiton* (\$12,950 USD). De frente a sus compañeros, un selecto grupo de reporteros y dando la espalda al texto inscrito sobre la pared que manifiesta: "*La patria es primero*", Gabriel Treviño comenzó:

—Gracias, Señor Presidente, compañeros senadores. En este inicio de sesiones, presento ante ustedes una iniciativa que pretende modificar los artículos 134; 74, fracción IV, y el 79, de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos; además, la Ley Federal de Presupuesto y Responsabilidad Hacendaria, la Ley de Desarrollo Social, la Ley de Coordinación Fiscal, la Ley General de Contabilidad Gubernamental, y la Ley Orgánica de la Administración Pública. El objetivo de la misma es lograr una justa distribución presupuestaria, fomentando el crecimiento de los estados de manera sostenible y responsable, y, al mismo tiempo, garantizar una mayor transparencia en el ejercicio del gasto, para hacer frente a los desafíos que imponen los nuevos tiempos. El modelo actual, ideado hace más de sesenta años, tenía como fin, debo decirlo, un marcado trasfondo paternalista y clientelar. Debemos impulsar el desarrollo de los estados desde su interior, pero no solamente mediante los recursos que otorga el Gobierno Federal que, en muchas ocasiones, no llegan a los beneficiarios de los programas sociales y tristemente van a parar a las chequeras personales de algunos funcionarios...

»¡Hoy, señores!, presento ante ustedes el cambio que tanto necesitamos, la fórmula para garantizar un verdadero desarrollo para México. Mi querido estado, Nuevo León, es uno de los grandes perdedores con este modelo arcaico. Somos la tercera entidad con mayor aportación para la federación y, ¿qué sucede, compañeros? ¡Somos el penoso décimo lugar que menos presupuesto recibe!, ¡es un absurdo! Más del setenta por ciento de los recursos que

generamos se van a otros estados que, lejos de crecer y fortalecerse, como en teoría debería ocurrir, ¡solo crece y se enriquece su clase política! Y mientras esto sucede, estados como el mío, Coahuila o Aguascalientes, por mencionar solo algunos, no alcanzan su máximo potencial; por el contrario, están detenidos por insuficiencia de...

En esa tónica, el flamante senador continuó parlamentando por espacio de diez minutos, mostrando convincentes argumentos, aunque sin sustento, pero que al son de un orador profesional, como lo era Gabriel, resultaban lógicos para cualquiera.

—Por su atención, muchas gracias. Señor Presidente, le solicito que el texto de mi intervención del día de hoy sea incluido en la gaceta del Senado. —Gabriel dijo estas palabras y entregó el texto.

—Así será, Senador; túrnese a las comisiones... —hablaba el presidente, cuando pidió la palabra el senador Azcárraga Creel, quien era títere, como muchos, del líder Sindical Petrolero, Gregorio Montemayor.

—Senador Julio Azcárraga; sonido, por favor —concedió el presidente.

—Primero, para felicitar al Senador Gabriel Treviño por esta iniciativa, sin duda valiente, que busca el bienestar y desarrollo de todos los estados de la federación. Como bien lo señaló el Senador, los estados necesitan crecer desde su interior, pero no con dádivas federales; por lo mismo, debemos fortalecer su economía interna. Por todo ello, le pido al Señor Senador que me permita suscribir su iniciativa para empujarla a que se concrete y cristalice.

—Muchas gracias, Julio, muchísimas gracias. —Se escuchó a lo lejos a Gabriel, aún sin haber llegado a su curul, debido a las felicitaciones de los senadores con los que se encontraba a su paso.

Otra mano se levantó.

—Senadora, Cocoa Gutiérrez —concedió el presidente de la Cámara. Era importante que la suscribiera, pues pertenecía a otro partido, el Ecológico Nacional.

—Si me permite el Senador, adherirme a su iniciativa...

Algunos senadores levantaron la mano con el mismo propósito.

—Si el resto alzó la mano con el mismo fin, pido a la Secretaria tome nota de los senadores para suscribir dicha iniciativa; túrnese a las comisiones... —continuó indicando el señor presidente.

Un tumulto de aplausos y ovaciones se escuchó en la Cámara Alta: había sido una gran victoria para Gabriel. La ovación de pie de todos sus compañeros y algunos miembros de la oposición sería transmitida en cadena nacional; además, lo dicho por el senador Azcárraga era la clara señal de que don Gregorio Sotomayor, líder petrolero, había cerrado filas a su favor después del encuentro privado sostenido con Guillermo Quintera. Ahora, Gabriel debía esperar una hora para dar inicio a la rueda de prensa.

---

—Es sin duda una iniciativa brillante la del Senador Treviño, que en su momento aprobaremos, ya que el único interés que nos mueve es el bienestar del país —respondió el senador Barbosa, tras ser embestido por un reportero de la cadena Telemaster.

—Me parece que es un Senador con mucho valor para decir lo que dijo, y que por responsabilidad y amor a México deberemos aprobar como la... —continuó hablando la senadora Ivonne, del mismo estado natal que Gabriel, pero del Partido Conservador Mexicano.

—Me parece un tema muy delicado, hmm..., no lo sé, necesitaríamos analizar más a detalle el contenido de la propuesta y sobre todo su sustento, porque, de entrada, me parece ventajosa para los estados ricos como el de él y podría propiciar aún más la pobreza en entidades como la mía. Hmm..., no digo ni que sí, ni que no, solo propongo analizarla a conciencia antes de... —continuó exponiendo sus puntos de vista y temores sobre la iniciativa el líder moral del Partido Social Democrático (PSD) y senador, Andrés Jiménez Estrada, quien había buscado en dos ocasiones llegar a ser **Presidente** de la República.

Las respuestas de los miembros del PCR, eran elogiosas; las de la oposición, estaban divididas entre favorables y de cautela, pues no conocían con precisión el grado de impulso que le daría la prensa a la iniciativa y, por lo mismo, el peso político que conllevarían sus palabras. Sin embargo, la respuesta “*desfavorable*” de Andrés Jiménez, aunque



sensata y sincera, era lo que Telemaster tanto necesitaba para coronar a Gabriel.

Los conductores de los noticiarios, junto con una serie de “especialistas”, se la pasarían juzgando al senador Jiménez, encasillándolo de “retrogrado”, “poco visionario”, “enemigo del progreso”, “paternalista y clientelar corrupto”, entre otros adjetivos menos amables. El objetivo de la tan gastada pero redituable estrategia sería el de conseguir la polarización de la sociedad, dejando solo dos premeditadas alternativas: o se pertenece al grupo de los inteligentes e informados, que en este caso apoyan la iniciativa de Gabriel Treviño, o se está con los retrógrados y estúpidos, si se está en contra, como Andrés Jiménez.

“La gente siempre querrá sentirse inteligente e informada, ¡aunque sean unas bestias!”, compartiría las palabras que su padre, “El León” Ferreira, le transmitiera en vida al actual presidente de Telemaster.

Con este impulso, el senador Treviño conseguiría estar en el epicentro del debate nacional por una semana, dándose a conocer en estados donde su nombre no tenía importancia y posicionándose a la cabeza del grupo de las personas inteligentes e informadas, para, en esas inmejorables condiciones, iniciar la batalla por Nuevo León.

Así, y “sin proponérselo”, los neoleoneses y las bases de su partido le animarían en lo que quedaba de la semana para que buscara la candidatura. “Anímese, Licenciado, Nuevo León lo necesita”, respondió “de corazón” un campesino a nivel nacional, después de que un conductor del noticiario de Telemaster le preguntara: “Si aquí estuviera Gabriel Treviño, ¿qué le dirías?”. De este modo, el senador, después de las contundentes muestras de simpatía y apoyo, solo por el amor que les guardaba a su tierra y su gente, aceptaría contender.

# 11 LA ENTREVISTA

Jueves 4 de febrero de 2016

Estudios Telemaster; Ciudad de México

—Tenemos en el estudio al Senador Gabriel Treviño, con quien conversaremos sobre la iniciativa de la que todo México habla —presentó la afamada conductora sinaloense, Andrea Rubio, en cadena nacional—. Hola, Gabriel, ¿cómo estás?

—Muy bien, Andrea, gracias por la invitación y la oportunidad de dirigirme a tus radioescuchas —respondió sonriente, asegurándole los expertos que así transmitiría confianza al público.

—Pláticanos, ¿qué pretendes conseguir con esta iniciativa?

—Mira, Andrea, primeramente te platico que nos llevó meses de estudio, investigación y, pregúntale a mi mujer si no —explicaba mientras soltaba una risa ahogada—, muchas llegadas tarde al departamentito que rentamos en la Ciudad. Pero ¿sabes qué?... todo valió la pena porque será sin duda un parteaguas en la Historia de nuestro país. Con esta iniciativa perseguimos que los estados generen su propia... —continuó pormenorizando.

—Por eso la Federación subsidia a estos estados, ¿qué no? —inquirió Andrea.

—Así es, Andrea. Lamentablemente esa es una realidad que nos lastima como mexicanos. Es como darle un “mejoralito” a un enfermo terminal, sin un plan estratégico, mucho menos con medición de resultados, y esto si los recursos llegan a donde deberían. Por ejemplo, Tlaxcala es el estado que menos aporta a la nación; en cambio, recibe

una gran cantidad de recursos. ¿En que se emplean?, ¿dónde están?... Te lo voy a decir con todas sus letras: en los bolsillos de su clase política, que se ha dedicado a robar y robar, sin rendirle cuentas a nadie. Ahora yo le pregunto a tu audiencia, ¿por qué sus gobernantes no buscan atraer y generar inversión?

—¡Pues se les acabaría la gallina de los huevos de oro! —confirmó Andrea, con una risa sarcástica.

—Exacto, Andrea, diste en el clavo; eso es precisamente lo que está en juego y pretendemos erradicar. Necesitamos darle a la ciudadanía una verdadera posibilidad para salir adelante, con empleos y salarios bien remunerados... —enfaticó, y continuó explicando—: pero nada de esto podrá lograrse si no creamos las condiciones para generar inversión.

—Algunos han manifestado que sería afectar a los estados más vulnerables y condenarlos a la muerte.

—¿Condenarlos a la muerte? Con inversión y empleo, ¡solo condenaremos a muerte a los malos gobernantes! —Se escuchó la risa ahogada de la conductora—. Andrea, ahora mismo muchas personas son vulnerables por carencia de alimentos, inseguridad, la aberrante desigualdad, ¿le seguimos?... Las personas no desean que les regalen las cosas, desean ganárselas; desafortunadamente, debido a las condiciones tan adversas que prevalecen en ciertos estados, que, por cierto, son nuestra responsabilidad como Gobierno, es complicado para la gente, tan complicado... Sustituiríamos el pago asistencialista por empleos bien remunerados, la corrupción por transparencia, y la falta de resultados por progreso y desarrollo. Con esto nos vamos a enfocar en curar al cáncer, pero con el tratamiento adecuado, ¡no más mejoritos! Claro, algunos no lo ven con buenos ojos, y lo voy a decir como es, pues son los únicos beneficiados del NO desarrollo. Sabía, desde que comenté la idea por primera vez con mi mujer, que enfrentaríamos resistencias y enemigos, pero al final todo valdrá la pena por la satisfacción de dejarles a nuestros hijos un mejor país. Además, seremos los representantes del pueblo quienes la aprobaremos...

—Hmm..., ¿y estaremos en buenas manos? —interrumpió y preguntó con escepticismo la sinaloense.

—Claro, Andrea, somos más los buenos. Hemos logrado sacar reformas que habían permanecido empolvadas durante años, que, por cierto, debo reconocer a mis compañeros de oposición que han decidido apostarle al bienestar del país y no a la mezquindad política.

—Pues no toda la oposición, Gabriel; no toda.

—¿Por? —Dejó Gabriel un momento de silencio. Con maestría logró transmitir sorpresa—; bueno, ya sabemos que los que se oponen al progreso, es porque algo van a perder, Andrea. —Se escucharon sus risas cómplices.

—¿Tu comentario tiene dedicatoria a un senador tlaxcalteca? —preguntó, fingiendo ingenuidad.

Andrea se refería al senador Andrés Jiménez Estrada. Gabriel se echó a reír.

—No lo sé, no lo sé, ¿a poco ya dijo que se oponía?

—Pues tal cual, no, pero casi; ya ves que Andrés Ji...

---

Eran las 7:50 de la mañana y Lupita escuchaba atenta al senador Gabriel Treviño, mientras lavaba los platos con agua calentita, porque ya había pagado el gas. El tono de su voz le resultaba tan falso. Cuando iba a Klüger, nunca era amable; de hecho, era bastante déspota, solo con don Salomón y la señora Rebeca se transformaba. Aunque recibía buenas propinas de su mujer, sabía que ese dinero era producto del robo, y si se daba la buena vida con él, lo hacía a costa de los contribuyentes cautivos que en automático les retienen sus impuestos. Además, *“con tanto dinero y tiene que andar Humberto aguantando sus malos tratos al cobrarle”*, reflexionó.

Ella sabía que lo que ese señor presentara no sería algo bueno para nada ni para nadie. Ni hablar, a Guadalupe López le tocaba estar en el grupo de los retrógrados y estúpidos.

---

A ciento cincuenta metros de distancia de la casa de Lupita, en el hogar de la familia Pérez Valdés, Julio y su esposa escuchaban las noticias con Andrea, con el tema de moda: *“La iniciativa más popular de México”*. Estaban maravillados con aquel político regio, del que nunca habían escuchado, pero, sobre todo, por lo que había propuesto como senador en tan poco tiempo. *“Presentó las mismas iniciativas que la cuarta fuerza política del país”*, repetían

de memoria.

Además, lo que acababa de comentar sobre que un consejo ciudadano auditaría el ejercicio del gasto de los estados, era una atractiva idea que rayaba en lo revolucionario. “¡La fórmula para abatir la corrupción!”, recitaron convencidos.

—Cámara, con este Señor; la neta, mis respetos, verdad de Dios —dijo Julio a su mujer.

—Ojalá tuviéramos más políticos como él, que dicen las cosas como son y hacen tanto por el país —mencionó María, mientras tomaba café.

—¿Te fijaste cómo el *chaqueto* de Andrés Jiménez, *luego luego* criticó la iniciativa?

—Pues ya ves lo que dijeron, que es de Tlaxcala. No dudo que él sea de los que...

A diferencia de Lupita, el matrimonio Pérez Valdés estaba en el grupo... de los inteligentes e informados.

# 12 LA MEDIA NACIONAL

---

Viernes 5 de febrero de 2016  
Universidad de Oxford; Inglaterra

Hicieron una breve parada en Stockenchurch, Inglaterra, para después dirigirse a la Universidad de Oxford. Fundada en el año 1096, durante el reinado de Guillermo II, la institución ha logrado consolidar su prestigio año tras año, manteniéndose como una de las mejores del mundo. A través de los siglos, ha contribuido con la humanidad en la formación de sesenta y nueve ganadores del premio Nobel, veintiséis primeros ministros de Inglaterra y más de treinta mandatarios extranjeros, unos cincuenta medallistas olímpicos; incluso, con doce santos. Personajes de la talla de Margaret Thatcher, Albert Einstein, Oscar Wilde, Stephen Hawking o Lawrence de Arabia, entre otros, desfilaron por los pasillos de la universidad, dejando su indeleble huella en la Historia de la humanidad.

Stephanie no dejó de sorprenderse por la magnífica preservación del Colegio *Merton*, fundado en el año 1274; sus edificios son unas de las muestras vivientes más bellas de la Edad Media británica. Posteriormente, se dirigieron al icónico Colegio *Christ Church*, construido en el reinado de Enrique VIII, donde Pato pasó la mayor parte de su estadía. La familia Zudaah Pritzker se reunía para ver culminados los estudios del primogénito, con el grado de Doctor en Investigación Económica. Normalmente llegaba una invitación para tres personas, pero la familia hizo los arreglos necesarios para conseguir una para cinco. Sus tres hermanos, Stephy, Sofía y Mauricio, lograron sincronizar sus agendas para tan importante acontecimiento. Mau, el menor de los cuatro, había viajado desde Israel, donde fue invitado por directivos de empresas tecnológicas, líderes en inteligencia artificial y robótica, para que fuese su representante en México.

Los Zudaah se engalanaron para la ocasión en el reducido departamento de Pato, que, cabe mencionar, es uno de los más amplios que ofrece la institución y cuenta con baño propio. El graduando portaba un elegante traje oscuro *Anderson & Sheppard*, confeccionado a la medida, con camisa y corbata de moño blancos. Encima colocó una toga color escarlata y azul de acuerdo con su grado académico, como exigen los protocolos de vestimenta de la universidad. Para coronar su “*disfraz de Harry Potter*”, como lo denominó su hermana Stephy, calzó unos relucientes zapatos *John Lobb*, charolados. Ese día, Pato cumplía uno más de sus sueños: graduarse de la universidad donde Adam Smith pasó varios años de su existencia.

A insistencia de Stephanie, antes de arribar a su destino final, hicieron una breve desviación a la iglesia gótica *Saint Mary The Virgin*, para pedir por su hijo. La señora Zudaah les explicó al salir que, durante el reinado de María Tudor, tres obispos anglicanos fueron juzgados justo en esa iglesia y posteriormente quemados en una improvisada hoguera sobre *Broad Street*, lugar a donde precisamente se dirigirían.

Al salir caminaron por *Catte Street*, que estaba apilada por otros graduandos y sus invitados. Aunque estaban a unos pasos de distancia, tardaron más de quince minutos en llegar a su destino final: el teatro *Sheldonian*. Fue construido por Sir Christopher Wren, en 1668, y se inspiró en el teatro romano del emperador Marcelo, con forma de *D*; sin embargo, debido al mal clima de la región, decidieron cerrarlo. En la parte superior sobresale una vistosa cúpula octagonal, en la cual, desde cualquiera de sus lados, ofrece magníficas vistas de la universidad.

Dentro del recinto, los invitados fueron ubicados en los asientos de la planta alta. Stephanie Pritzker aprovechó para echar un vistazo al recién restaurado fresco que cubría el techo, y que fuera acreedor a un premio de conservación, recordando su significado: *“La Verdad que desciende sobre el Arte y la Ciencia, para expulsar la ignorancia de la Universidad”*. Con un dejo de sarcasmo profirió internamente: *“La Verdad, ¿cuál Verdad?, expulsar la ignorancia, ¡bah! Tanta ciencia y tecnología, y no tenemos respuestas a preguntas tan básicas como por qué estamos aquí o qué es la conciencia, entre tantas otras”*.

Los graduandos fueron ubicados en la planta baja, en el orden de su presentación, por ambos lados del recinto, dejando una división al centro para la procesión que estaba por comenzar. A su término, estaban dispuestas unas enormes sillas seculares, donde estarían las máximas autoridades universitarias, dando la impresión de estar frente a un jurado medieval religioso. Al fondo del recinto, en semicírculo, estaban los lugares reservados para el resto del personal académico; ya se encontraban todos en su sitio.

Por un instante, un silencio avasallador inundó el teatro tras escucharse un sonoro golpe; las enormes puertas de madera crujían poderosamente mientras se abrían, para después escucharse las estridentes notas del antiguo órgano. La corta procesión estaba conformada de inicio a fin por dos bedeles, el vicerrector, cuatro coordinadores y el secretario general. Desfilaban removiéndola una y otra vez sus birretes a manera de cortesía. El vicerrector tomó su lugar en la majestuosa silla central, escoltado por sus coordinadores. El secretario se ubicó detrás de la máxima autoridad, en una silla con una diminuta mesa adherida al frente, para tomar anotaciones.

Al término de la melodía medieval, el vicerrector se levantó para encaminarse al podio, mientras saludaba armónicamente con su birrete. De su ronca voz salieron las primeras palabras del discurso inicial, aflorando en los graduandos un sentimiento de orgullo por pertenecer a una de las instituciones más emblemáticas y de mayor trascendencia en el mundo. A su término, cedió la palabra al barón Richard D. Rothschild, quien fungió como orador de honor en la ceremonia, dando una impecable cátedra sobre lo que el mundo esperaba de los graduandos y, sobre todo, sobre su responsabilidad para con los menos afortunados.

*“So British”*, pensó Stephey, al escucharlo hablar con un nivel de flema y pompa que rivalizaba con el de la realeza de aquel país.

Posteriormente, el vicerrector se puso de pie junto con los coordinadores, removiéndola y volviendo a colocarse sus birretes, para dar inicio a la solemne ceremonia: el ritual de antaño de la universidad conocido como *“la fórmula”*. Su herencia se remonta desde mediados del siglo XII y continúa en su formato original: el latín.

*—Causa huius Congregationis est ut Gratiae concedantur... Domum spectant...*

Después de unos minutos, siguiendo al pie de la letra con la protocolaria ceremonia, el secretario general anunció los nombres de quienes serían los presentadores-decanos de cada uno de los grados académicos conferidos. Al llegar el turno de la Facultad de Economía, la presentadora dio un paso al frente y Ahmadinejad Al Said, Elizabeth Rothschild y Patricio Zudaah, hicieron lo propio, al acomodarse del lado izquierdo de ella. Una vez tomados de la mano se inclinaron tres veces: primero, ante el vicerrector; posteriormente, ante los coordinadores, en ambos lados.

La decana presentó a sus tres graduandos para que se les confiriera el grado académico:

*—Insignissima Vice-Cancellaria, vosque egregii Procuratores, praesento vobis hos meos scholares in Facultate Socialium, ut admittantur ad Gradum Doctoris in economic investigationis...*

Acto seguido, el vicerrector respondería pronunciando las palabras más importantes, las que tanto ansiaban escuchar los candidatos:

*—Domine, Magister, ego admitto vos ad gradum Doctoris in economic investigationis.*

Los tres volvieron a inclinarse solemnemente sin decir palabra, y se retiraron: el grado había sido admitido. Sin embargo, faltarían unos cuatro meses para que físicamente tuviera el título en sus manos y declarara:

**University of Oxford**

**Department of Economics**

*This is to certify that Mr. Patricio Zaheb Zudaah Pritzker,  
born on October 9th, 1983, has fulfilled all the requirements to the  
degree of Doctoral Research Degree in Economics...*

# 13 EL DESTAPE

*Lunes 8 de febrero de 2016*

*Senado de la República; Ciudad de México*

Durante una inmejorable semana, Gabriel Treviño y su equipo apenas pudieron dormir. Además de las entrevistas en los principales medios de comunicación, estaban los pormenores del destape: que sí y que no podía decir, a quien sí y a quien no podía atacar, así como la selección de su equipo de campaña, entre otros asuntos. Durante el fin de semana, Gabriel estuvo muy activo en Nuevo León, sosteniendo encuentros con diversos grupos empresariales, para hacerles planteamientos, promesas y, en algunos casos, limando viejas rencillas. También aprovechó para reunirse con los principales dueños de los medios de comunicación locales, prometiéndoles cuantiosos contratos, para comunicar adecuadamente sus acciones a la ciudadanía. Solo quedó excluido don Armando Garza, del periódico *El Norteño*, quien residía en San Antonio, Texas, con quien mantenía diferencias insorteables.

En ese momento, Treviño aterrizaba en la capital de la República junto con Mario, posiblemente su próximo coordinador de precampaña, para dirigirse al Senado de la República. En su oficina repasó el discurso una y otra vez y cambió de vestimenta mientras los expertos lo peinaban y retocaban, con maquillaje especial para televisión. A manera de presente, TV Monterrey le había hecho llegar un hermosísimo traje *Kiton*, azul marino. En ese importante día, el senador portaba el equivalente a un millón novecientos mil pesos, tomando en cuenta el valor de su reloj de platino *A. Lange & Söhne*.

*“Tiene madera para ser **Presidente**”,* pensó Mario, al verlo subir al podio frente a la prensa nacional.

—... Por esas muestras entrañables de cariño de la ciudadanía, el día de hoy he pedido licencia para buscar la candidatura a la Gubernatura de mi querido estado natal, Nuevo León, si así nos favorecieran los votos de las bases de mi partido y los de la ciudadanía —anunció Treviño.

—¿Por qué menciona la ciudadanía?, ¿no será por votación interna?

—El Partido Central Revolucionario se ha transformado y ahora buscará involucrar en sus procesos internos a la ciudadanía. Estoy muy emocionado de ser parte de este primer gran ejercicio, con este revolucionario esquema

democrático. Don Guillermo Quintera, así como los integrantes del Consejo Ejecutivo Nacional, han decidido cambiar la fórmula: estarán incluidos los votos de los afiliados, es verdad, pero al mismo tiempo tomarán en cuenta, aunque en menor medida, los votos de los ciudadanos sin afiliación partidista; todo esto, con la finalidad de asegurar que el candidato elegido sea alguien que la sociedad avale. Esto es un antes y un después en materia de selección, donde la sociedad obliga a los partidos políticos a rendirles cuentas y trabajar por sus intereses —dijo esto último con especial énfasis—. ¡Se acabó la era del dedazo y los compadrazgos!

—Señor precandidato, ¿cómo va a lograr aventajar a su principal contrincante, Eugenio Zambrano, quien según las últimas encuestas lleva la delantera por más de veinte puntos?

—Eso es lo hermoso de un verdadero proceso democrático; tengo poco más de dos meses para demostrarle al electorado que soy la mejor opción. El reto es muy grande, y Eugenio, además de ser mi compañero, es un gran servidor público; sin embargo, se ha gestado el espíritu democrático en el Partido y, aún con esa desventaja de puntos de la que hablas, ¡hoy puedo competir! —Dejó un espacio. Vio las manos de los periodistas en el aire—. Solo una cosa más, mi contrincante no se ha inscrito, a pesar de que lleva meses promocionándose. —Se escucharon risas—. Ya, hablando en serio, me dirigiré al ciudadano. En mí, encontrarán a una persona calificada, trabajadora y honesta, que cumple con su palabra, pero, sobre todo, cercano y sensible a tus necesidades... —afirmaba contundente el senador con licencia, viendo a las cámaras de Telemaster, como dirigiéndose al público.

—Senador, ¿cuánto les va a costar este proceso interno a los contribuyentes?

—Ni un peso adicional del presupuesto —respondió enseguida.

—Sí, Señor, pero tiene un costo, y ese dinero es de la ciudadanía.

—El dinero asignado, efectivamente, viene de los impuestos de la ciudadanía; sin embargo, esta, a través de sus representantes en el Congreso, ha decidido destinar una partida presupuestaria al fortalecimiento democrático del país, que incluye los partidos políticos. Lo que cada partido haga con ese dinero, es decisión de cada cual. Algunos se gastan todo el presupuesto en las campañas, ¿o a poco creen que regresan el dinero que les sobra a la ciudadanía? ¡Nunca sobra, Pedro! —se dirigió por su nombre al periodista. Explotaron en risas—. En el PCR, apostamos a elegir un candidato que la gente avale y nos tocará ajustarnos el cinturón durante la campaña, ¡ni modo!, es el costo de la verdadera democracia. Y ojo, ¿eh?, no todo es dinero; de hecho, para nosotros son más importantes las propuestas, y apostaremos a que por estas saldrán a votar los ciudadanos. Estamos hablando de un México donde la ciudadanía se involucra, lee, argumenta, escucha; ya no es como antes, ahora, la gente razona y toma sus propias decisiones con absoluta libertad y conocimiento...

Mario, quien estaba detrás del senador con licencia junto al resto del equipo, miraba a su jefe con ojos de admiración, exhibiendo una cálida sonrisa. Ponía su mano derecha en el corazón, como si estuviese frente a un ministro de algún culto religioso y después aplaudía avalando sus dichos. El resto del personal hacía lo mismo, muy similar el formato al de las campañas estadounidenses. La agencia de imagen de aquel país cobraba caro, pero el Partido estaba dispuesto a invertir en los mejores; hasta el más mínimo detalle debía ser cuidado.

—¿Cuáles serán sus principales propuestas?

—Bienvenida la pregunta, la agradezco. En materia de infraestructura, lo primero que haré es echar abajo Monterrey VI —dijo Gabriel, pues el Gobernador de Nuevo León no mostraba disponibilidad para mantener un encuentro; lo tenía que seguir presionando. Hasta Gregorio Sotomayor había cedido—. Lo he revisado y lo que se propone es innecesariamente costoso; en cambio, construiré una nueva presa, a unos cien kilómetros al sur de Monterrey, que costará una tercera parte. También ampliaremos el actual aeropuerto, convirtiéndolo en uno de los *hubs* aeroportuarios más importantes del... —profundizó—. Expandiremos la red de transporte público, eliminando los trenes que aún circulan al interior de la ciudad y utilizando ese espacio para el Metro u otros medios de transporte público. Construiremos un gran anillo periférico ferroviario que fortalecerá a las empresas, al mover sus mercancías a bajos costos hasta las aduanas y puertos...